



Lady Susan / Los Watson

Jane Austen



Este volumen reúne dos piezas de Jane Austen no publicadas durante su vida, *Lady Susan* y *Los Watson*, que no solo confirman sus cualidades como novelista, sino que constituyen una lectura deliciosa por derecho propio.

En *Lady Susan* (escrita probablemente hacia 1793-1794), una viuda inteligente y bella, pero con pocos escrúpulos, pretende que su hija se case con un hombre al que detesta. Ella, por su parte, quiere a un tiempo atraer los favores del hermano de su cuñada y conservar a su antiguo amante. En *Los Watson* (1804), primera parte de una novela incompleta, la protagonista, una joven llamada a recibir una sustanciosa herencia pero despojada de ella, se debate entre un rico pretendiente y otro con menos medios económicos.

Todos los aficionados a las novelas de Jane Austen podrán apreciar en estas breves piezas la vitalidad y el ingenio característicos de la autora.



Jane Austen

Lady Susan / Los Watson

ePub r1.0
Titivillus 24.09.15

Título original: *Lady Susan / The Watsons*

Jane Austen, 1871

Traducción: Marta Salís

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



NOTA AL TEXTO

Hemos basado nuestra traducción de *Lady Susan* y *Los Watson* en las ediciones de Margaret Drabble, basadas a su vez en las de R. W. Chapman (de 1923 y 1927), quien siguió fielmente los manuscritos de la misma autora.

Jane Austen realizó una copia muy cuidada de *Lady Susan* en 1805, aunque es probable que hubiera escrito el libro unos años antes. Es lógico, pues, pensar que esa era la versión que deseaba hacer llegar a sus lectores.

Por el contrario, jamás hizo una copia de *Los Watson*, manuscrito que presentó muchos más problemas a R. W. Chapman; este prefirió respetar los defectos de una obra inacabada. Margaret Drabble, sin embargo, introdujo algunas modificaciones para hacer la obra más comprensible.

LADY SUSAN

CARTA 1

Lady Susan Vernon al señor Vernon

Langford, diciembre

Mi querido hermano:

No renunciaré por más tiempo al placer de aceptar la amable invitación que me hicisteis la última vez que nos vimos para pasar unas semanas en Churchill, por lo que, si no resulta un trastorno para vos y para vuestra esposa el recibirme en estas fechas, espero tener la oportunidad de conocer en breve a una hermana con la que llevo tanto tiempo deseando intimar. A pesar de que mis amables amigos insisten en que prolongue mi estancia entre ellos, su naturaleza hospitalaria y alegre los empuja a llevar una vida social demasiado intensa para mí en las presentes circunstancias. No sabéis con cuánta impaciencia espero el momento de llegar a vuestro hermoso lugar de retiro; deseo que vuestros pequeños me conozcan y aprendan a quererme. No tardaré en precisar de todo mi ánimo, pues estoy a punto de separarme de mi hija. La larga enfermedad de su querido padre me impidió prestarle de lleno la atención a la que tanto el deber como el cariño me obligaban, y tengo poderosas razones para creer que la institutriz que se ocupaba de su cuidado no ha sabido estar a la altura de la tarea que se le había encomendado. Así, pues, he decidido confiar su educación a uno de los mejores colegios privados de la ciudad, donde la dejaré personalmente cuando me dirija a visitaros. Como podéis ver, estoy decidida a ser admitida en Churchill. Me disgustaría enormemente que no pudierais recibirme.

Con todo mi agradecimiento y mi afecto,

SUSAN VERNON

CARTA 2

Lady Susan a la señora Johnson

Langford

Te equivocaste, mi querida Alicia, al suponer que pasaría el resto del invierno en este lugar. Lamento que no hayas estado en lo cierto, pues en raras ocasiones me he divertido más que en estos tres últimos meses. Pero ahora todo son problemas. Las mujeres de la familia se han unido en contra mía. Supiste adivinar lo que iba a ocurrir la primera vez que llegué a Langford, pues lo cierto es que Manwaring es tan

encantador que incluso yo sentí un cierto temor. Recuerdo haber pensado mientras me dirigía a la casa: «Me gusta ese hombre; ¡ojalá no haya de lamentarlo!». Sin embargo, tenía el firme propósito de comportarme con discreción, no olvidar que solo llevaba cuatro meses viuda y vivir lo más tranquilamente posible, tal como creo haber hecho. Mi querida amiga, únicamente he tolerado las atenciones de Manwaring, y no he coqueteado con ningún otro caballero, si exceptuamos a sir James Martin, por el que mostré un cierto interés con el fin de separarle de la señorita Manwaring. Pero el mundo me respetaría más si conociera el motivo que me empujó a actuar de ese modo. A pesar de que no he sido considerada una buena madre, mi conducta fue dictada por el sagrado impulso del amor maternal, pues solo buscaba el bien de mi hija; y si esta no fuera la joven más necia de la tierra, habría visto premiados mis esfuerzos. Sir James me pidió la mano de Frederica, pero ella, que parece haber nacido para convertirse en el tormento de mi vida, se opuso con tanta vehemencia a la unión, que consideré preferible abandonar dicho plan por el momento. En más de una ocasión he lamentado no haberme casado yo misma con él, y si no fuera un hombre tan débil ciertamente lo haría, pero reconozco que mi naturaleza es más bien romántica y la riqueza no sería suficiente para mí. Las consecuencias de todo este asunto han sido de lo más irritantes: sir James se ha marchado, María está indignada conmigo y la señora Manwaring, insoportablemente celosa; tan celosa que no me sorprendería que, llevada por su enojo, decidiera recurrir a su tutor si tuviera libertad para hacerlo. Afortunadamente, tu marido parece estar de mi lado en ese asunto, y creo que la mejor decisión que ha tomado en su vida fue la de romper con ella a raíz de su matrimonio. Tu misión será mantener ese resentimiento. La situación actual es penosa; jamás ha existido un hogar más alterado; la familia entera parece haberme declarado la guerra y Manwaring apenas se atreve a dirigirme la palabra. Creo que ha llegado el momento de marcharme; he decidido, pues, dejar a los Manwaring y confío en poder pasar contigo un día agradable en la ciudad esta misma semana. Si no ha mejorado la opinión del señor Johnson sobre mí, ven a visitarme al n.º 10 de Wigmore Street; mas espero que no sea necesario, pues tu marido, a pesar de sus defectos, es un hombre al que todos consideran «respetable» y, conociendo la amistad que me une a ti, un desaire así resultaría muy embarazoso. Pasaré por la ciudad de camino hacia ese aburrido lugar en el campo, ya que es cierto que me dirijo a Churchill. Te ruego que me perdones, querida, es mi último recurso. Si hubiera algún otro lugar en Inglaterra donde pudiese ir, ten la seguridad de que lo preferiría. Detesto a Charles Vernon y desconfío de su esposa. Sin embargo, me veré obligada a quedarme en Churchill hasta que tenga un plan mejor a la vista. Frederica vendrá conmigo a la ciudad, donde la dejaré al cuidado de la señorita Summers, en Wigmore Street, hasta que se vuelva un poco más razonable. Así tendrá la oportunidad de entablar excelentes relaciones, pues todas las jóvenes que se educan allí pertenecen a las familias más distinguidas. El precio es elevadísimo, mucho más de lo que podría permitirme pagar jamás.

Adiós. Te escribiré unas líneas tan pronto como llegue a la ciudad.
Siempre tuya,

SUSAN VERNON

CARTA 3
La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Lamento profundamente comunicaros que nos resultará imposible mantener la promesa de pasar las Navidades en vuestra compañía; y que la circunstancia que nos impide semejante dicha no va a depararnos la menor satisfacción. Lady Susan, en una carta dirigida a su hermano, ha manifestado la intención de visitarnos casi de inmediato y puesto que con toda probabilidad se trata de un asunto de su conveniencia, resulta imposible calcular el tiempo que se quedará con nosotros. Puedo aseguraros que no estaba preparada en modo alguno para una noticia así, y no acabo de explicarme su conducta. Langford parecía un lugar tan idóneo para ella en todos los sentidos —no solo por el estilo de vida caro y elegante sino también por su especial amistad con la señora Manwaring—, que estaba muy lejos de imaginar tan repentino honor, si bien siempre pensé que, debido a su creciente amistad con nosotros desde la muerte de su marido, nos veríamos obligados a recibirla en el futuro. Creo que el señor Vernon fue demasiado amable con ella durante su estancia en Staffordshire. Su conducta con él, con independencia de su carácter, ha sido tan imperdonablemente malintencionada y egoísta desde que se empezó a hablar de nuestro matrimonio, que solo una persona tan bondadosa y tranquila como mi esposo podría haberla perdonado. A pesar de que, por ser la viuda de su hermano y atravesar serias dificultades, era su deber ofrecerle ayuda económica, considero excesivo que insistiera en invitarla a Churchill. No obstante, dada su tendencia a pensar siempre lo mejor de los demás, la exhibición de dolor de ella, sus muestras de arrepentimiento y los firmes propósitos que hizo de comportarse con prudencia fueron suficientes para ablandar su corazón y hacerle confiar plenamente en su sinceridad. Yo, por el contrario, sigo albergando mis dudas y como podréis imaginar, querida madre, por muy razonable que parezca su petición, continuaré sin saber qué pensar hasta conocer el verdadero motivo de su visita. Lady Susan tendrá la oportunidad de desplegar sus famosos encantos para ganar mi estima, y yo pondré especial cuidado en no caer bajo su influencia. Según afirma, desea ardientemente entablar amistad conmigo y habla

con benevolencia de nuestros pequeños; mas no soy tan inocente como para creer que una mujer que ha descuidado e incluso tratado con crueldad a su propia hija pueda sentir cariño por uno de los míos. Lady Susan dejará a la señorita Vernon en un colegio de la ciudad antes de reunirse con nosotros, lo que no puede sino alegrarme por su bien y por el mío. Será beneficioso para ella separarse de su madre, y no creo que una joven de dieciséis años que ha recibido tan penosa educación resultara una buena compañía en Churchill. Sé que Reginald lleva mucho tiempo deseando conocer a la encantadora lady Susan, y confiamos en que no tarde en reunirse con nosotros. Me alegra saber que mi padre continúa bien de salud. Todo mi amor,

CATHERINE VERNON

CARTA 4

El señor De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida hermana:

Deseo felicitaros a ti y a tu marido por estar a punto de recibir en vuestro hogar a la más consumada coqueta de Inglaterra. Siempre he oído hablar de su poder de seducción, pero últimamente he tenido conocimiento de ciertos detalles sobre su conducta en Langford que parecen probar que no se limita a practicar ese género de coqueteo que casi todo el mundo aprueba, sino que aspira a lograr un placer aún mayor haciendo desgraciada a toda una familia. Su manera de comportarse con el señor Manwaring ocasionó los celos y la desdicha de la mujer de este, y sus atenciones hacia un joven, previamente comprometido con la hermana del señor Manwaring, dejaron a una encantadora muchacha sin pretendiente. He sabido todas estas noticias por un tal señor Smith que vive en los alrededores (he cenado con él en Hurst y en Wilford), tras haber regresado de Langford, donde ha pasado quince días en compañía de lady Susan, lo que sin duda le capacita para hablar de este asunto.

¡Menuda mujer! Estoy deseando conocerla y, naturalmente, aceptaré vuestra amable invitación; así podré hacerme una idea de cuáles son esos poderes, capaces de hechizar al mismo tiempo y en el mismo lugar a dos hombres cuyos corazones ni siquiera eran libres, y además careciendo su dueña del encanto de la juventud. Me alegra saber que la señorita Vernon no acompañará a su madre a Churchill, ya que sus modales dejan mucho que desear, y según el señor Smith es tan orgullosa como necia. Cuando ambos defectos van unidos, resultan imposibles de disimular, y la señorita Vernon se verá abocada al más implacable de los desprecios; sin embargo, por lo que

he podido averiguar, lady Susan posee una fascinante capacidad de engaño que sin duda resultará divertido descubrir y analizar. No tardaré en reunirme con vosotros.

Tu afectuoso hermano,

REGINALD DE COURCY

CARTA 5

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Recibí tu nota, mi querida Alicia, justo antes de marcharme de la ciudad, y no sabes cuánto me alegró saber que el señor Johnson no había sospechado nada de tu cita de la noche anterior. No hay duda de que es mejor que no le digas la verdad; puesto que no entrará en razón, debemos engañarle. Llegué aquí sana y salva, y no puedo quejarme del recibimiento que me ha dispensado el señor Vernon; sin embargo, no puedo decir lo mismo del comportamiento de su esposa. No hay duda de que es una mujer elegante y de educación esmerada, pero su conducta no parece demostrar que esté demasiado predispuesta a mi favor. Deseaba agradarla cuando me conociera y te aseguro que no pude mostrarme más amable cuando fuimos presentadas; mas todo resultó en vano: sencillamente, no le gusto. Claro que si tenemos en cuenta lo que hice para impedir su boda con mi cuñado, esta falta de cordialidad no debería sorprenderme; pero el hecho de que aún no haya sido capaz de perdonar un plan que urdí hace seis años y que resultó un completo fracaso demuestra que su naturaleza es intolerante y vengativa. A veces me siento algo arrepentida de no haber permitido a Charles comprar el Castillo de Vernon cuando mi marido y yo nos vimos obligados a venderlo, pero fue una situación muy complicada, especialmente porque la venta coincidió con la celebración de su matrimonio. La gente debería comprender y respetar la delicadeza de mis sentimientos, pues yo no podía soportar que la dignidad de mi marido sufriera el menoscabo de ver cómo su hermano menor se apoderaba de la propiedad familiar. Si hubiera podido encontrarse una solución para no tener que abandonar el castillo, si hubiéramos podido vivir allí con Charles y convencerle de que se quedara soltero, yo nunca habría persuadido a mi esposo de que se lo vendiera a otra persona; pero en aquellos momentos Charles estaba a punto de casarse con la señorita De Courcy, y eso justificó mi decisión. Han tenido muchos hijos, y ¿qué beneficio hubiese obtenido yo si él hubiera comprado Vernon? Es posible que al impedirle hacerlo su mujer se llevara una impresión desfavorable de mí, pero cuando alguien tiene inclinación a sentir antipatía hacia otra persona, siempre encuentra

motivos para hacerlo. En cuanto a mis asuntos económicos, Charles Vernon continúa siendo una gran ayuda para mí. Sin duda es un hombre al que estimo, ¡resulta tan fácil convencerle de cualquier cosa!

La casa es hermosa, los muebles elegantes, y todo evidencia riqueza y buen gusto. Estoy segura de que Charles es muy rico; cuando un hombre se gana el respeto de un banco, su dinero parece aumentar solo. Sin embargo, no saben qué hacer con su fortuna, pues apenas llevan vida social y solo van a la ciudad por asuntos de negocios. Trataré de ganarme el cariño de la señora Vernon a través de sus hijos; ya conozco todos sus nombres y me dispongo a mostrar especial predilección por el pequeño Frederic, al que siento en mi regazo mientras suspiro recordando a su querido tío.

¡Pobre Manwaring! No es necesario que te cuente lo mucho que le echo de menos. Siempre está en mi pensamiento. Nada más llegar a Churchill encontré una carta suya, quejándose de su mujer y de su hermana y lamentando su cruel destino. Expliqué a los Vernon que se trataba de una carta de su esposa; fingiré escribirte cada vez que le responda.

Siempre tuya,

S. V.

CARTA 6

La señora Vernon al señor De Courcy

Churchill

Pues bien, mi querido Reginald, ya he conocido a esa peligrosa criatura, de modo que te la describiré, aunque espero que muy pronto puedas formarte tu propia opinión sobre ella. Es cierto que es increíblemente hermosa. Por mucho que dudes de los encantos de una dama que ha dejado de ser joven, he de reconocer que en raras ocasiones he visto a una mujer tan atractiva como lady Susan. Posee una delicada belleza, bonitos ojos grises, largas y oscuras pestañas; al contemplarla, nadie pensaría que tiene más de veinticinco años, a pesar de que debe de ser diez años mayor. Te aseguro que no estaba nada predispuesta a sentir admiración por ella, aunque siempre había oído decir que era muy hermosa, pero no puedo evitar percibir su asombrosa combinación de simetría, luminosidad y gracia. Se ha dirigido a mí con tanta amabilidad, franqueza e incluso cariño, que si no supiera cuánto me detesta por haberme casado con el señor Vernon, y no hubiera sido la primera vez que nos veíamos, habría podido creer que se trataba de una de mis mejores amigas. En mi

opinión, tenemos tendencia a asociar la coquetería con unos ademanes desenvueltos y damos por supuesto que unos modales descarados son el reflejo de una naturaleza insolente —al menos yo esperaba encontrar en lady Susan una exagerada confianza en sí misma—, y, sin embargo, su expresión no puede ser más dulce y su voz y sus modales, más suaves. Siento que sea así, pues ¿qué es todo ello sino un engaño? Desgraciadamente, la conocemos demasiado bien. No hay duda de que es inteligente y simpática, domina el arte de la conversación y muestra tal destreza con el lenguaje que logra hacer parecer blanco lo que es negro. Casi ha logrado persuadirme de que siente un profundo amor por su hija, a pesar de que llevo mucho tiempo convencida de lo contrario. Habla de ella con tanta ternura e interés, y lamenta tan amargamente su descuidada educación, insistiendo en que ha sido inevitable, que para no creer en sus mentiras me veo obligada a recordar sus estancias continuas en la ciudad mientras la pequeña se quedaba en Staffordshire al cuidado de los criados o de una institutriz apenas mejor preparada que ellos.

Si logra ejercer una influencia así en un corazón resentido como el mío, te resultará fácil imaginar su efecto sobre una naturaleza generosa como la del señor Vernon. Me gustaría estar tan convencida como él de que lady Susan eligió libremente marcharse de Langford para venir a Churchill. Si no hubiera necesitado tres meses para descubrir que el estilo de vida de sus amigos no se ajustaba a su situación o a sus sentimientos, hubiera podido creer que el dolor por la pérdida de un marido como el señor Vernon —con el que se comportó de modo muy poco ejemplar— le hacía desear una vida más tranquila. Pero no puedo olvidar su larga estancia entre los Manwaring, y cuando pienso en lo diferente que era su vida allí, se me ocurre que tal vez el anhelo de mejorar su reputación, siguiendo —aunque demasiado tarde— el camino del decoro, haya sido el único motivo para alejarse de una familia en la que debía de haberse sentido especialmente dichosa. Es posible que el relato de tu amigo el señor Smith no sea del todo cierto, pues ella continúa escribiéndose regularmente con la señora Manwaring; en cualquier caso debe de haber exagerado. No parece posible que haya podido engañar a dos hombres al mismo tiempo.

Siempre tuya,

CATHERINE VERNON

CARTA 7

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Mi querida Alicia:

Eres muy amable al preocuparte por Frederica, y no sabes cuánto agradezco esa prueba de tu afecto; sin embargo, convencida del calor de tu amistad, estoy muy lejos de exigirte semejante sacrificio. Mi hija es una muchacha verdaderamente necia, y no hay nada en ella de lo que pueda sentirme orgullosa. Por esa razón, no desearía que perdieras ni un minuto de tu precioso tiempo invitándola a Edward Street, especialmente porque cada una de esas visitas interrumpe durante unas horas su educación, asunto al que concedo gran importancia, pues deseo que aproveche bien el tiempo que permanece con la señorita Summers. Aspiro a que toque el piano y cante con buen gusto, además de con cierto aplomo, pues ha heredado *mis* aptitudes para la música y su voz es aceptable. Me mimaron tanto cuando era niña, que jamás fui obligada a hacer nada en contra de mi voluntad; como consecuencia de ello, tengo una serie de carencias que considero imperdonables en la formación de una mujer hermosa. Eso no significa que sea partidaria de la moda imperante en nuestros días de adquirir un perfecto conocimiento de todas las lenguas, las artes y las ciencias; lo considero una pérdida de tiempo. Dominar el francés, el italiano, el alemán, el lenguaje musical, el canto, el dibujo, etc. ayudará a una mujer a ganar la aprobación de algunos, pero no añadirá un solo enamorado a su lista. Después de todo, lo más importante son la elegancia y los modales. Quiero decir con ello que los conocimientos de Frederica no deberían ser más que superficiales, y me alegro de que no se quede en el colegio el tiempo suficiente para profundizar en el estudio de alguna materia. Espero verla convertida en la mujer de sir James dentro de doce meses. Ya sabes en qué baso mis esperanzas, y creo que no voy descaminada, pues el colegio debe de ser verdaderamente humillante para una joven de la edad de Frederica. Entretanto, por esa misma razón, será mejor que dejes de invitarla, ya que deseo que encuentre su situación lo más desagradable posible. Tengo absoluta confianza en sir James y sé que podría hacerle renovar su petición con unas simples líneas. Mientras llega ese momento, te ruego que hagas cuanto esté en tu mano por impedir que entable una nueva relación cuando llegue a la ciudad; invítale a tu casa de vez en cuando para hablar de Frederica, con el fin de que no la olvide.

Creo que mi conducta en este asunto es digna de alabanza, y la considero una feliz combinación de prudencia y ternura. Algunas madres hubieran insistido en que sus hijas aceptaran tan magnífica oferta en un principio, pero yo no tenía fuerzas para obligar a Frederica a contraer un matrimonio contra el que su corazón se rebelaba; por ese motivo, en lugar de adoptar tan tiránica medida, me propongo simplemente hacerle la vida imposible hasta que, de forma voluntaria, se decida a aceptarlo. Pero ya hemos hablado bastante de tan molesta criatura.

Te preguntarás cómo logro distraerme en este lugar, y lo cierto es que la primera semana fue insoportablemente aburrida. Ahora, sin embargo, las cosas comienzan a mejorar; se ha unido a nuestro grupo el hermano de la señora Vernon, un apuesto joven que sin duda se convertirá en una fuente de diversión para mí. Hay algo en él

que me resulta interesante, una especie de descarado, o de familiaridad que le enseñaré a corregir. Es alegre y parece inteligente, y cuando logre hacerle olvidar las ideas que su hermana le ha inculcado sobre mí, será agradable flirtear con él. Resulta un placer exquisito dominar un espíritu insolente, hacer que reconozca tu superioridad un individuo predispuesto en contra tuya. Creo haberle desconcertado con mi fría reserva; pondré todo mi empeño en rebajar el orgullo de estos engreídos De Courcy, con el fin de convencer a la señora Vernon de la inutilidad de sus fraternales advertencias, y de persuadir a Reginald de lo escandalosamente injusta que ha sido su hermana conmigo. Al menos este plan me servirá de distracción e impedirá que sienta tanto dolor ante esta terrible separación de ti y de todo lo que amo. Adiós.

Siempre tuya,

S. VERNON

CARTA 8

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

No debéis esperar que Reginald regrese durante una temporada. Me ruega comunicaros que el buen tiempo le ha animado a aceptar la invitación del señor Vernon para prolongar su estancia en Sussex con el fin de cazar juntos. Se propone enviar a recoger sus caballos inmediatamente, y es imposible saber cuándo podréis verle nuevamente en Kent. No intentaré engañaros sobre cuáles son mis sentimientos al respecto, aunque creo que será mejor que no se los transmitáis a mi padre, cuya excesiva preocupación por Reginald podría afectar seriamente a su salud y a su estado de ánimo. Lady Susan ha conseguido conquistar a mi hermano en quince días. En pocas palabras, tengo el convencimiento de que su decisión de continuar entre nosotros más tiempo del inicialmente previsto se debe no solo a su deseo de cazar con el señor Vernon, sino también a la fascinación que siente por ella, de modo que no puedo alegrarme de que prolongue su estancia en Churchill como hubiera sido normal en otras circunstancias. Me siento verdaderamente indignada ante las estrategias utilizadas por esta mujer sin escrúpulos. ¿Qué mayor prueba puede existir de su malvado poder que el cambio experimentado por Reginald? Su opinión estaba decididamente en contra de ella al llegar a nuestra casa. En su última carta me comentó algunos detalles sobre la conducta de lady Susan en Langford, tal como se los había relatado un caballero muy familiarizado con ella a quien Reginald no

dudaba en creer, y que de ser ciertos solo podrían despertar un intenso odio hacia su persona. Estoy convencida de que el concepto que tenía de ella no podía ser peor, y cuando se reunió con nosotros resultó evidente que no la consideraba digna de respeto y que sabía que estaría encantada de recibir las atenciones de cualquier hombre que deseara coquetear con ella.

Reconozco que lady Susan ha sabido cómo comportarse para hacernos cambiar de parecer; no he podido detectar la menor impropiedad en su conducta: ni vanidad, ni afectación, ni ligereza. Lo cierto es que es una mujer tan atractiva que la fascinación de mi hermano por ella no me habría sorprendido si no hubiera conocido su pasado antes de que se la presentaran; pero en contra de la razón, en contra de sus propias convicciones, verle sentir tanta admiración no puede sino llenarme de asombro. Al principio, me pareció natural que quedara deslumbrado por su belleza; no me extrañó que le sedujeran tanto su amabilidad como la delicadeza de sus modales; pero cuando habla de ella últimamente se deshace en los halagos más extraordinarios, y ayer mismo llegó a afirmar que no le sorprendía que una mujer tan hermosa y con tantas cualidades impresionara vivamente el corazón de cualquier hombre. Cuando yo le respondí lamentando su maldad, señaló que cualesquiera que hubieran sido sus errores solo debía culparse de ellos a su descuidada educación y a su temprano matrimonio, y que era una mujer maravillosa.

Esta inclinación a excusar su conducta, o a olvidarla llevado por el entusiasmo, me irrita sobremanera; y si no supiera que Reginald no necesita ninguna invitación para prolongar su visita en Churchill, sentiría que el señor Vernon hubiera insistido en ello.

La única intención de lady Susan es coquetear o buscar la admiración universal. No puedo imaginar que tenga nada más serio en mente, y me duele ver cómo ha logrado embaucar a un joven tan juicioso como Reginald.

Afectuosamente,

CATHERINE VERNON

CARTA 9

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Queridísima amiga:

Además de felicitarte por la llegada del señor De Courcy, te aconsejo encarecidamente que contraigas matrimonio con él; las propiedades de su padre son

considerables y nada podrá impedir que sea su heredero cuando este muera. Sir Reginald está lleno de achaques, y no creo que se interponga mucho tiempo en tu camino. He oído hablar muy bien del joven, y aunque nadie sea digno de ti, mi querida Susan, el señor De Courcy puede ser un buen partido. No hay duda de que el señor Manwaring se pondrá furioso, pero no tardarás en apaciguarle. Además, ni el honor más escrupuloso podría exigirte esperar hasta *su* emancipación. He visto a sir James; la semana pasada vino unos días a la ciudad y acudió varias veces a visitarnos a Edward Street. Le hablé de ti y de Frederica, y no puede estar más lejos de haberos olvidado; estoy segura de que se casaría con cualquiera de las dos con verdadero placer. Le di esperanzas de que tu hija terminaría por aceptar su propuesta y le hablé detenidamente de sus progresos. Asimismo, le regañé por haber cortejado a María Manwaring; protestó diciendo que solo se había tratado de una broma, y ambos nos reímos a carcajadas de su decepción. Lo cierto es que pasamos un rato muy agradable. Sigue tan estúpido como siempre.

Mis más cordiales saludos,

ALICIA

CARTA 10

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

No sabes cuánto agradezco, querida amiga, tu consejo sobre el señor De Courcy, pues sé que estás persuadida de su conveniencia, aunque confieso que no estoy decidida a seguirlo. No es fácil para mí tomar una decisión tan seria como la de contraer matrimonio, sobre todo ahora que no necesito dinero, y cuando es muy posible que esa boda no me reportara el menor beneficio hasta la muerte de su padre. Es cierto que soy lo suficientemente vanidosa para creer que no tendría la menor dificultad en conseguirlo. El señor De Courcy se ha rendido a mis encantos, y disfruto del placer de haber triunfado sobre un espíritu predispuesto a odiarme por mi pasada conducta. Espero que también la señora Vernon se haya convencido de lo inútil que resulta hacer afirmaciones poco generosas sobre alguien, cuando debe enfrentarse directamente al poder de su intelecto y de su conducta. Es evidente que le llena de inquietud ver cómo mejora la opinión de su hermano sobre mí, y sé que hará todo cuanto esté en sus manos por contrarrestar mi influencia; sin embargo, una vez que consiga hacer dudar al señor De Courcy de la imparcialidad de su juicio, creo que podré desafiarla.

Ha sido una satisfacción para mí observar cómo Reginald buscaba cada vez mayor intimidad y, sobre todo, cuánto le contrariaba la digna frialdad de mi conducta cada vez que se dirigía a mí con insolente familiaridad. Me he comportado en todo momento con cautela, y puedo asegurarte que, aunque quizá nunca había deseado tanto seducir a alguien, jamás había actuado con menos coquetería. Le he conquistado mostrándome juiciosa y conversando seriamente con él; incluso me atrevería a afirmar que está *medio* enamorado de mí, sin que haya existido entre nosotros el menor flirteo. La señora Vernon, consciente de que deseo vengarme de ella por los trastornos que me ha causado, es la única que parece darse cuenta de que solo estoy fingiendo al actuar con tanta amabilidad y modestia. Pero dejemos que piense y se comporte como quiera; jamás he visto que el consejo de una hermana impida a un joven enamorarse si así lo desea. Nuestra intimidad es cada vez mayor y no creo que tardemos mucho en alcanzar una especie de amistad platónica. Puedes estar segura de que, por *mi* parte, la relación nunca irá más lejos, pues aunque en estos momentos no sintiera todo el cariño que soy capaz de sentir por otro hombre, jamás entregaría mi amor a alguien que hubiera osado tener tan mal concepto de mí.

Reginald es un joven apuesto, y no creo que sean exagerados los elogios que has escuchado sobre él; pero no está a la altura de nuestro amigo de Langford. Es menos refinado, menos provocativo que Manwaring, y carece de su habilidad para decir esas galanterías que hacen que toda mujer se sienta dichosa consigo misma y con el mundo. A pesar de todo, resulta divertido estar con él, y las horas transcurren mucho más agradablemente en su compañía que tratando de ganar la confianza de mi cuñada y escuchando la aburrida charla de su marido.

Tus noticias de sir James son de lo más satisfactorias; no tardaré en contarle mis planes a Frederica.

Siempre tuya,

S. VERNON

CARTA 11

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

No puedo sino estar cada vez más preocupada por Reginald, querida madre, al presenciar cómo va en aumento la influencia que lady Susan ejerce sobre él. Se han convertido en grandes amigos, con frecuencia mantienen largas conversaciones, y ella ha conseguido con sus artimañas que él se pliegue a su voluntad. Es imposible no

alarmarse ante una intimidad alcanzada en tan poco tiempo, aunque no creo que los planes de lady Susan contemplen el matrimonio. Desearía que convencierais a Reginald de volver a casa, utilizando un pretexto que resulte creíble. No parece dispuesto a abandonarnos, aunque le he hablado del precario estado de salud de nuestro padre tantas veces como mi prudencia me lo ha permitido. El dominio de lady Susan sobre él parece no tener límites, pues ha logrado eliminar todos sus recelos, y no solo le ha hecho olvidar su anterior conducta, sino que parece justificarla. Ahora está persuadido de que el relato del señor Smith sobre su comportamiento en Langford, en el que era considerada la única culpable de que el señor Manwaring y el joven pretendiente de la señorita Manwaring se hubieran enamorado apasionadamente de ella, y que Reginald consideraba cierto a su llegada a Churchill, no es más que una escandalosa mentira. Y me lo ha explicado con una vehemencia que demuestra su pesar por haber creído en algún momento lo contrario.

¡Cuánto lamento la llegada de lady Susan a esta casa! Siempre me inquietó su venida, pero estaba muy lejos de imaginar que la causa de mi preocupación pudiera ser Reginald. Pensaba que tendría que soportar su desagradable compañía, pero jamás se me ocurrió que mi hermano corriera el peligro de caer bajo el hechizo de una mujer cuya falta de principios tan bien conocía y cuyo carácter despreciaba profundamente. Sería muy aconsejable que pudierais alejarlo de aquí.

Afectuosamente,

CATHERINE VERNON

CARTA 12

Sir Reginald De Courcy a su hijo

Parklands

Soy consciente de que los jóvenes, en general, consideran indiscreta cualquier pregunta relacionada con sus asuntos amorosos, aunque provenga de uno de sus familiares más cercanos; sin embargo, mi querido Reginald, confío en que estés por encima de aquellos que prefieren ignorar las inquietudes de su progenitor y creen tener el privilegio de negarle su confianza y despreciar su consejo. Debes comprender que como único hijo varón y representante de una antigua familia, tu conducta en la vida es de suma importancia para tus allegados. En un asunto tan serio como el matrimonio, especialmente, todo está en juego: tu felicidad, la de tus padres y el honor de un apellido. No es que suponga que podrías formalizar un compromiso de esa naturaleza sin comunicárnoslo a tu madre y a mí, o al menos sin tener el

convencimiento de que aprobaríamos la elección; pero no puedo evitar tener miedo de que la dama a la que últimamente te sientes tan unido pueda arrastrarte a un matrimonio que toda tu familia, tanto próxima como lejana, reprobaría enérgicamente.

La edad de lady Susan es en sí una importante objeción, pero la más grave de todas es su falta de principios, que convierte esos doce años de diferencia en algo secundario. Si no estuvieras cegado por una especie de fascinación, sería absurdo por mi parte repetir las historias sobre su mala conducta que todos conocen. El abandono de su esposo, su modo de coquetear con otros hombres, su extravagancia y libertinaje fueron tan grandes y notorios, que no pasaron desapercibidos para nadie ni podrán ser olvidados fácilmente. La benevolencia del señor Charles Vernon ha disculpado siempre su comportamiento ante nuestra familia; y, sin embargo, a pesar de sus generosos intentos por justificarla, sabemos que, empujada por los motivos más egoístas, hizo cuanto estuvo en su mano para impedir que se casara con Catherine.

Tanto mi edad como mis crecientes achaques, querido Reginald, me llevan a desear verte bien asentado en la vida. No puedo sino sentir indiferencia ante la fortuna de tu mujer, pero su familia y su carácter deben ser intachables. Cuando tomes tan importante decisión y no existan objeciones de ese tipo, te prometo nuestro rápido y alegre consentimiento. No obstante, es mi deber oponerme a un matrimonio que solo las más arteras maniobras harían posible y en el que sin duda serías muy desgraciado.

Podría ser que el único motivo de la conducta de Lady Susan fuera la vanidad, o el deseo de ganar la admiración de un hombre a quien imaginó predispuesto en su contra; pero lo más probable es que quiera llegar más lejos. Lady Susan es pobre, y no sería extraño que buscara una alianza ventajosa para ella. Conoces bien tus derechos y sabes que no puedo impedir que heredes la propiedad familiar. Tomar medidas para castigar tu desobediencia en el tiempo que me queda de vida constituiría una venganza a la que no pienso rebajarme. Solo deseo transmitirme con franqueza mis sentimientos y mis intenciones. No recurriré a las amenazas; me limitaré a apelar a tu sensatez y buen corazón. Saberte casado con lady Susan Vernon destrozaría mi vida. El sincero orgullo que hasta ahora he sentido por mi hijo se apagaría, y me avergonzaría al verle, al escuchar algo sobre él, al recordar su existencia.

Quizá no consiga nada con esta carta, excepto tranquilizar mi conciencia; pero considero mi deber decirte que tu interés por lady Susan no es ningún secreto e intento prevenirte contra ella. Me alegrará conocer las razones por las que no crees en el relato del señor Smith; recuerda que hace un mes no dudabas de su autenticidad.

Si pudieras prometerme que tu única intención es disfrutar de la conversación de una mujer inteligente durante unos días, así como admirar su belleza y demás cualidades, sin permitir que estas te hagan olvidar sus defectos, devolverías la tranquilidad a mi espíritu; de lo contrario, te ruego que al menos me expliques qué ha

hecho cambiar tan radicalmente tu opinión sobre ella.

Tu padre,

REGINALD DE COURCY

CARTA 13

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida Catherine:

Desgraciadamente, tu última carta llegó mientras estaba confinada en mi habitación con un fuerte resfriado, y tenía los ojos tan irritados, que cuando tu padre se ofreció a leerla para mí no pude negarme; no sabes cuánto lamento que eso le haya hecho conocer todos tus temores en relación con Reginald. Quería haberle escrito personalmente, tan pronto como mis ojos se recuperaran, con el fin de hacerle comprender el peligro que supone para un joven de su edad y de sus expectativas entablar una estrecha amistad con una intrigante como lady Susan. Asimismo, le hubiera recordado lo solos que estamos y lo mucho que le necesitamos para alegrar las largas veladas invernales. Pero jamás sabré si habría servido de algo. Me apena profundamente que sir Reginald se haya enterado de un asunto que sabíamos iba a llenarle de inquietud. En cuanto terminó de leer la carta, se contagió de todos tus temores, y tengo el convencimiento de que no ha logrado pensar en otra cosa desde entonces. Aproveché el mismo correo para mandarle una larga carta a tu hermano, insistiendo en que le explicara qué podía haber escuchado de labios de lady Susan que desmintiera las últimas y sorprendentes noticias. Adjunto te envió la respuesta de Reginald, que ha llegado esta misma mañana, pues sé que te gustará conocerla; ojalá resultara más satisfactoria, pero parece haberla escrito tan decidido a no dudar de lady Susan, que todas sus promesas con respecto al matrimonio, etc. no han logrado tranquilizarme. Sin embargo, trato de animar a tu padre, que parece menos inquieto desde que ha recibido su contestación. Cuán irritante resulta, mi querida Catherine, que tu desagradable invitada no solo nos impida pasar las Navidades juntos, sino que también sea la causa de tantos problemas y contrariedades. Besa a los niños de mi parte.

Afectuosamente,

C. DE COURCY

CARTA 14
El señor De Courcy a sir Reginald

Churchill

Querido padre:

Acabo de recibir vuestra carta, que me ha causado más asombro del que haya podido sentir jamás. Supongo que debo agradecer a mi hermana el haberme presentado bajo una luz tan poco favorable, al tiempo que os llenaba de inquietud. No comprendo cómo ha podido preocuparse de ese modo y sembrar la alarma en el resto de la familia por algo que solo ella podría haber creído posible. Acusar a lady Susan de semejante propósito sería despojarla de esa brillante inteligencia que ven en ella hasta sus más acérrimos enemigos; y tampoco podría ser muy grande mi sensatez si alguien cree adivinar en mi conducta el deseo de casarme con ella. No hay duda de que nuestra diferencia de edad es un impedimento insalvable, y por ello os ruego, querido padre, que tranquilicéis vuestro ánimo y no sigáis albergando una sospecha que perjudica la paz de vuestro espíritu y ofende nuestra inteligencia.

Mi único propósito al quedarme junto a lady Susan es disfrutar por una breve temporada (como habéis afirmado vos) de la conversación de una mujer de brillante intelecto. Si la señora Vernon fuera capaz de reconocer que otro de los motivos que me han animado a prolongar mi estancia es el cariño que siento por ella y su marido, sería más justa con todos nosotros; pero mi hermana está desgraciadamente llena de prejuicios contra lady Susan, y resulta imposible convencerla de lo contrario. El amor que siente por su esposo, y que dice mucho a su favor, le ha hecho imposible olvidar los intentos de lady Susan por impedir su matrimonio, y que siempre fueron atribuidos a su egoísmo. Sin embargo, en este caso, como en tantos otros, el mundo ha sido injusto con esa dama, al imaginar lo peor cuando los motivos de su conducta eran cuestionables.

Lady Susan había escuchado unos comentarios tan desagradables sobre mi hermana, que creyó que la felicidad del señor Vernon, por quien siempre ha sentido gran afecto, correría un grave peligro si aquel matrimonio se celebraba. Y esta circunstancia, al tiempo que explica su proceder y demuestra su inocencia, puede servir para convencernos de lo poco que debemos fiarnos de las historias que se cuentan sobre los demás, ya que ningún carácter, por elevado que sea, puede escapar a la calumnia. Si mi hermana, llevando una vida retirada y con tan poca oportunidad como inclinación para hacer el mal, no pudo escapar a la censura, no creo que debamos apresurarnos a condenar a aquellos que, viviendo en medio del mundo y rodeados de toda clase de tentaciones, son acusados de errores que sabemos pueden cometer.

Me siento culpable por no haber dudado de las escandalosas historias inventadas por Charles Smith en perjuicio de lady Susan, pues estoy convencido de que solo

buscaban difamar su nombre. Los celos de la señora Manwaring jamás existieron, y el relato sobre el modo en que lady Susan logró seducir al pretendiente de la señorita Manwaring apenas si tenía mayor fundamento. Sir James Martin se había sentido obligado a llenar de atenciones a la joven y, tratándose de un hombre de gran fortuna, es evidente que ella aspiraba a casarse con él. Nadie ignora que la señorita Manwaring está intentando cazar a un marido, así que muy pocos la compadecerán porque una mujer más atractiva le haya hecho perder la oportunidad de hacer desgraciado a un hombre respetable. Lady Susan estaba muy lejos de desear semejante conquista y en cuanto se percató de lo afectada que se hallaba la señorita Manwaring por la pérdida de sir James, tomó la decisión de marcharse de Langford, en contra de la voluntad del señor y de la señora Manwaring, quienes le rogaron encarecidamente que se quedara con ellos. Tengo serias razones para creer que el señor Martin le hizo una proposición de matrimonio, pero el hecho de que abandonara la casa de sus amigos inmediatamente después de descubrir que aquel la amaba, la exime de toda culpa. Tengo el convencimiento, querido padre, de que creeréis en la verdad de mi explicación y de que haréis justicia a una mujer que ha sido vilmente calumniada.

Puedo aseguraros que lady Susan vino a Churchill con las mejores intenciones. Su prudencia y economía son ejemplares; su estima por el señor Vernon resulta equiparable a la bondad de este, y su deseo de ganar la aprobación de mi hermana no ha obtenido la respuesta que merece. Su conducta como madre resulta intachable. Así lo demuestra el hecho de que haya preferido dejar a su hija en unas manos que se ocupen debidamente de su educación. Algunos la han acusado de no ser una buena madre por no mostrar la ciega y débil parcialidad de la mayoría de las mujeres hacia sus hijos. Sin embargo, cualquier persona inteligente sabrá apreciar un cariño tan sabiamente encauzado y estará de acuerdo conmigo en desear que Frederica Vernon resulte en el futuro más digna de los tiernos cuidados de lady Susan.

He querido describiros, señor, mis verdaderos sentimientos hacia Susan Vernon. Sabéis por mi carta cuánto admiro sus cualidades y aprecio su carácter; mas si no logro convenceros de lo infundados que son vuestros temores, me sentiré profundamente mortificado y afligido.

Vuestro hijo,

R. DE COURCY

CARTA 15

La señora Vernon a lady De Courcy

Mi querida madre:

Os devuelvo la carta de Reginald, y me alegra enormemente saber que mi padre se ha tranquilizado con ella. Decídselo de mi parte y felicítadle por las buenas noticias. Sin embargo, entre nosotras, debo reconocer que sus palabras solo han podido convencerme de que *en estos momentos* mi hermano no tiene intención de casarse con lady Susan, no de que no corra el peligro de hacerlo dentro de tres meses. No hay duda de que explica de un modo bastante convincente lo ocurrido en Langford y ¡ojalá todo lo que cuenta fuera cierto! Pero me temo que solo es la versión de lady Susan, y me siento menos inclinada a creerla que a lamentar el grado de intimidad que existe entre Reginald y ella, tal como sugiere el hecho de que hayan tratado semejante tema.

Siento mucho haberle enojado, pero no puedo esperar otra cosa de él mientras continúe empeñado en justificar a esa dama. En su carta me trata con dureza y, sin embargo, confío en no haberme precipitado al juzgar a lady Susan. ¡Pobrecilla! A pesar de que no me faltan motivos para detestarla, en estos momentos no puedo sino sentir lástima por ella, pues es evidente que tiene razones para sentirse muy desgraciada. Esta misma mañana ha recibido una carta de la dama a quien ha confiado la educación de su hija, rogándole que se llevara inmediatamente de su internado a la señorita Vernon, quien ha sido descubierta cuando intentaba huir de allí. Por qué o adónde pretendía dirigirse es algo que aún se desconoce, pero tratándose de un lugar tan apropiado para la joven, la noticia ha sido un duro golpe para lady Susan.

Frederica debe de haber cumplido dieciséis años, edad en la que ya no se hacen esas tonterías; pero me temo que es una muchacha muy rebelde, como asegura su madre. Sin embargo, me entristece pensar el poco cariño con el que ha crecido, y lady Susan debería recordarlo.

El señor Vernon salió para la ciudad tan pronto como ella hubo tomado una decisión al respecto. Intentará convencer a la señorita Summers de que Frederica siga allí; si fracasa, la traerá a Churchill hasta que encontremos otro lugar donde enviarla. Lady Susan trata de consolarse paseando por los jardines con Reginald, e imagino que en unos momentos así no dudará en apelar a sus más tiernos sentimientos. Ha hablado conmigo largo y tendido del asunto, y reconozco que posee una gran facilidad de palabra; si no temiera ser poco generosa, diría que su conversación es excesivamente brillante para estar tan afectada como asegura. Pero no sacaré a relucir sus defectos. Es posible que se convierta en la mujer de Reginald. ¡No lo permita el cielo! Pero ¿por qué adelantarme a los acontecimientos? El señor Vernon asegura no haber visto a nadie tan desconsolado como ella al recibir la carta... ¿Acaso no es capaz de comprender como yo la situación?

Lady Susan no tenía el menor deseo de que Frederica viniera a Churchill, y no le

falta razón, pues es como si premiáramos su comportamiento cuando lo único que merece es un castigo. Pero no había ningún otro lugar donde enviarla, y no creo que se quede mucho tiempo entre nosotros.

«Es absolutamente necesario —afirmó—, y espero que te parezca razonable, querida hermana, que tratemos a mi hija con cierta severidad durante su estancia en Churchill. Es algo doloroso, sin duda, pero me esforzaré en ello. Me temo que a menudo he sido demasiado indulgente, pero a Frederica nunca le ha gustado que le lleven la contraria. Debéis respaldarme y animarme a seguir en esa línea. Espero que insistáis en la necesidad de una reprimenda si me muestro demasiado blanda con ella».

Todo esto resulta lógico. ¡Y Reginald está tan furioso con esa pobre y estúpida niña! No le hace ningún favor a lady Susan al mostrar tanta indignación contra su hija; sin duda la imagen que tiene de Frederica corresponde a la descripción hecha por su madre.

En cualquier caso, sea cual sea el destino de Reginald, tenemos la satisfacción de saber que hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos por salvarle. Dejemos el asunto en manos del Señor.

Siempre tuya,

CATHERINE VERNON

CARTA 16

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Jamás me había sentido tan irritada, querida Alicia, como esta mañana al recibir una nota de la señorita Summers. Esa horrible hija mía ha estado intentando escapar del internado. No tenía la menor idea de que pudiera convertirse en un pequeño demonio —siempre pensé que había heredado el carácter apacible de los Vernon—, pero después de leer la carta en la que le comunicaba mis intenciones en relación con sir James, trató de fugarse. Lo cierto es que no puedo explicarme su conducta. Supongo que pretendía ir a casa de los Clark, en Staffordshire, pues no conoce a nadie más. Pero la castigaré y no tendrá más remedio que casarse con él. He enviado a Charles a la ciudad para que intente arreglar el asunto, ya que no quisiera de ningún modo verla aquí. Si la señorita Summers decide expulsarla, deberás ayudarme a encontrar otro colegio, a menos que logremos acelerar su boda. La señorita Summers asegura no haber podido averiguar la causa de tan extraordinaria conducta, lo que confirma mi

teoría sobre el asunto.

Frederica es demasiado tímida y tiene demasiado miedo de mí para andar con cuentos; a pesar de todo, si la bondad de su tío la animara a relatarle lo ocurrido, no correré el menor peligro. Confío en poder inventar una historia tan creíble como la suya. Si puedo presumir de algo es de elocuencia. De igual modo que la belleza despierta admiración, el dominio del lenguaje va seguido de consideración y estima. Y esta será una buena ocasión para poner a prueba mi talento, ya que paso la mayor parte de mi vida conversando. Reginald únicamente se siente a gusto si estamos solos y cuando el tiempo lo permite paseamos durante horas por los jardines. Debo admitir que me gusta, es inteligente y muy entretenido, pero a veces se pone impertinente y difícil de manejar. Observo en él cierta absurda sensibilidad, pues necesita que le explique minuciosamente cualquier cosa que haya oído en mi contra; y te aseguro que jamás se da por satisfecho hasta que no cree haber atado bien todos los cabos.

Sin duda se trata de amor, pero confieso que no va con mi personalidad. Indudablemente prefiero el espíritu tierno y liberal de Manwaring, tan seguro de sus virtudes que considera correcto todo cuanto hago; y contemplo con un cierto desprecio los pensamientos inquisitivos y llenos de incertidumbre de un hombre que parece cuestionar siempre la sensatez de sus emociones. Es indudable que Manwaring es muy superior a Reginald en todos los sentidos —excepto quizá en la capacidad de estar a mi lado—. El pobre está loco de celos; y no lo lamento, pues son el mejor soporte para el amor. Ha estado atormentándose para que le dejara venir a esta región y alojarse de incógnito en algún lugar cercano, pero mi prohibición ha sido tajante. No tienen excusa esas mujeres incapaces de respetarse a sí mismas y de tomar en consideración la opinión de los demás.

S. VERNON

CARTA 17

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

El señor Vernon regresó el jueves por la noche acompañado de su sobrina. Lady Susan había recibido ese mismo día una nota suya informándole de que la señorita Summers se había negado a permitir que Frederica continuara en su internado. Estábamos, pues, preparados para su venida y los esperamos con impaciencia durante toda la tarde. Llegaron mientras tomábamos el té, y puedo asegurarte que jamás he

visto a una criatura tan asustada como Frederica cuando entró en el salón.

Lady Susan, que había estado llorando y dando muestras de gran agitación ante el encuentro, la recibió con total entereza, sin que la traicionara el menor sentimiento de ternura. Apenas le dirigió la palabra y, cuando Frederica estalló en sollozos al sentarnos, la obligó a salir de la estancia con ella y no regresó hasta pasado algún tiempo; tenía los ojos enrojecidos y estaba tan afectada como antes. No volvimos a ver a su hija.

No podéis imaginaros lo preocupado que estaba el pobre Reginald al ver el disgusto de su querida amiga y lo tierno y solícito que se mostró con ella. He de reconocer que estuve a punto de perder la paciencia cuando observé casualmente cómo lady Susan, exultante, contemplaba su rostro. Esa patética representación duró toda la velada, y su exhibición de dolor fue tan ostentosa y falsa, que terminé convencida de que solo estaba fingiendo y, en realidad, no sentía nada.

Estoy más indignada con ella que nunca desde que conozco a su hija. La pobre niña parece tan infeliz que se me parte el corazón cada vez que la miro. Es obvio que lady Susan es demasiado estricta con ella, pues Frederica no parece tener una naturaleza que necesite ser corregida con severidad. Tiene un aire tímido, triste y compungido.

Es muy hermosa, aunque no tanto como su madre, y lo cierto es que no se parece en nada a ella. Su aspecto es delicado, pero su belleza es menos deslumbrante que la de lady Susan. Se asemeja más a los Vernon, con su rostro ovalado y sus ojos oscuros llenos de dulzura; tiene un encanto muy especial cuando habla con su tío o conmigo, pues no sabe cómo agradecer la amabilidad de nuestro trato. Su madre ha querido darnos a entender que tiene un carácter muy difícil, pero jamás he visto un semblante que refleje más bondad e inocencia que el suyo. Cuando observo la relación existente entre ambas —la inalterable severidad de lady Susan, el silencioso abatimiento de Frederica—, no puedo evitar pensar, como lo he hecho siempre, que la primera no siente verdadero afecto por su hija y que nunca ha sido capaz de hacerle justicia ni de tratarla con cariño.

Aún no he tenido ocasión de conversar con mi sobrina; es muy tímida, y he creído advertir algunas maniobras de lady Susan para impedir que pase mucho tiempo conmigo. Continuamos sin saber por qué decidió escaparse. Su tío tiene tan buen corazón que, temeroso de disgustarla, prefirió no hacerle demasiadas preguntas durante el viaje. Ojalá hubiera podido recogerla yo en su lugar; creo que habría descubierto la verdad en los cincuenta kilómetros de recorrido.

A petición de lady Susan, el pequeño piano se ha trasladado a su vestidor, y Frederica pasa allí la mayor parte del día. A eso le llaman *practicar*, pero rara vez escucho el menor sonido cuando estoy cerca. Ignoro qué puede hacer todas esas horas; es cierto que hay muchos libros en la estancia, pero no todas las muchachas que han vivido en estado salvaje los primeros quince años de su vida saben leer o sienten deseos de hacerlo. ¡Pobre criatura! La vista desde su ventana no resulta nada

edificante: se trata del césped que hay junto a los arbustos, donde puede ver pasear a su madre mientras conversa animadamente con Reginald. Una joven de la edad de Frederica debe de ser muy infantil para no sentirse herida por semejante conducta. ¿Acaso no resulta imperdonable el ejemplo que está dando esa mujer a su hija? Pues, a pesar de todo, ¡Reginald sigue pensando que lady Susan es la mejor de las madres y Frederica, una muchacha despreciable! Está convencido de que no tenía ningún motivo para querer escapar del internado. Yo no podría asegurar lo contrario, pero la señorita Summers afirma que durante su estancia en Wigmore Street la joven nunca había dado la menor muestra de maldad u obstinación hasta que descubrieron su plan. Por ello, al contrario que mi hermano, me resisto a creer en la versión de lady Susan: que Frederica decidió fugarse del internado porque estaba cansada de tantas restricciones y deseaba huir de las enseñanzas de sus maestros. ¡Oh, Reginald, esa mujer ha logrado trastornarte el juicio! Ni siquiera se atreve a reconocer la hermosura de Frederica, y cuando le hablo de su belleza solo me responde que a sus ojos le falta viveza.

Unas veces piensa que es poco inteligente y otras, que el único defecto es su mal genio. En pocas palabras, cuando una persona vive engañando a los demás, es imposible que todas sus ideas y opiniones resulten consecuentes. Lady Susan considera necesario culpar a su hija para poder justificarse, y es probable que en unas ocasiones le convenga sacar a relucir su maldad y en otras, lamentar su falta de agudeza. Reginald se limita a repetir lo que ella dice.

Afectuosamente,

CATHERINE VERNON

CARTA 18

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida señora:

Me alegra saber que la descripción de Frederica Vernon ha logrado interesaros, pues creo sinceramente que merece vuestra estima, y sé que cuando os comunique lo que he descubierto, mejorará la opinión que tenéis sobre ella. No puedo evitar darme cuenta de que está empezando a interesarse por mi hermano, ¡veo con tanta frecuencia cómo le contempla con admiración! Reginald es sin duda muy apuesto, pero es sobre todo su cordialidad lo que le convierte en un joven tan atractivo; estoy segura de que así lo cree Frederica. A pesar de que su rostro se halla normalmente

triste y pensativo, se ilumina con una sonrisa cuando Reginald dice algo gracioso; y por muy serio que sea el asunto del que hable, no creo que se le escape una sola de sus palabras.

Me agradecería que él se percatara de todo esto, pues ya conocemos la capacidad de gratitud de un espíritu como el suyo; y si el inocente cariño de Frederica consiguiera separarle de su madre, no podríamos sino bendecir el día de su llegada a Churchill. Pienso, querida madre, que no os disgustaría como hija. Es cierto que es sumamente joven, que ha tenido una descuidada educación y que ha crecido con el terrible ejemplo de la frivolidad de su madre; sin embargo, puedo aseguraros que su disposición es excelente y sus cualidades naturales, admirables.

A pesar de que nadie le ha enseñado lo que una joven de su edad debe saber, resulta mucho menos ignorante de lo que podría esperarse, pues es muy aficionada a los libros y ocupa la mayor parte del día leyendo. Su madre no la tiene tan vigilada como antes, y pasa en mi compañía el mayor tiempo posible; he hecho un gran esfuerzo para que supere su timidez. Somos muy buenas amigas y, aunque jamás abre los labios delante de su madre, le gusta conversar cuando está a solas conmigo; ello demuestra que si lady Susan la tratara como es debido, resultaría una joven sumamente encantadora. No puede existir un espíritu más amable y cariñoso o unos modales más respetuosos, cuando se comporta sin estar cohibida. Sus pequeños primos la adoran.

Afectuosamente,

CATHERINE VERNON

CARTA 19

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Sé que estarás impaciente por saber algo más de Frederica, y quizá consideres un descuido por mi parte el no haberte escrito antes. Llegó con su tío a Churchill hace quince días y, en cuanto estuvimos a solas, me apresuré a preguntarle el motivo de su conducta; pronto supe que no me había equivocado al imaginar que se trataba de mi carta. Su contenido la asustó de tal modo que, con una mezcla de rebeldía infantil y de locura, sin detenerse a pensar que aunque huyera de Wigmore Street no escaparía a mi autoridad, decidió fugarse del internado y dirigirse directamente a casa de sus amigos los Clark. Afortunadamente, cuando ya había logrado alejarse dos calles, echaron de menos su presencia, salieron en su búsqueda y la encontraron.

Y esa ha sido la primera hazaña digna de mención de la señorita Frederica Vernon; si tenemos en cuenta que ha sido realizada a la tierna edad de dieciséis años, podemos pronosticarle un brillante futuro. No obstante, me siento terriblemente indignada por la lección de moralidad que ha pretendido dar la señorita Summers al expulsar a mi hija; y parece haberlo hecho con tanta sutileza, teniendo en cuenta el círculo social en el que se mueve la familia Vernon, que solo se me ocurre pensar que tenía miedo de quedarse sin cobrar. En cualquier caso, por la razón que sea, Frederica vuelve a estar en mis manos; y como no tiene otra cosa en qué ocupar su tiempo, parece decidida a continuar los románticos planes que iniciamos en Langford. De hecho, se está enamorando de Reginald De Courcy. No solo me desobedece rechazando una propuesta de matrimonio inmejorable, sino que entrega su cariño a otro hombre sin esperar mi aprobación. Nunca he visto a una joven de su edad con más probabilidades de convertirse en el hazmerreír de los demás. Sus sentimientos son bastante evidentes, y es tan adorablemente ingenua demostrándolos, que todo parece indicar que terminará siendo ridiculizada y despreciada por cualquier hombre que se cruce en su camino.

No puede haber ingenuidad en los asuntos del amor y, tanto por su carácter como por su forma de comportarse, Frederica siempre da muestras de una gran simpleza. Todavía no estoy segura de que Reginald se haya dado cuenta, aunque carece de importancia; no siente más que indiferencia por mi hija y creo que la despreciaría si llegara a comprender sus sentimientos. Los Vernon elogian su belleza, pero él parece ignorarla. Lo cierto es que Frederica goza de la estima de su tía, sin duda por ser tan diferente a mí. Resulta la compañía perfecta para la señora Vernon, a la que le gusta destacar en todo, además de monopolizar la conversación; Frederica jamás podrá eclipsarla. Cuando llegó a Churchill puse especial cuidado en que no se vieran demasiado, pero ahora he decidido relajarme, pues creo que mi hija respetará las normas que he establecido sobre lo que debe o no decir.

Pero no creas que tanta amabilidad me ha hecho abandonar el plan de su matrimonio; en absoluto, estoy rotundamente decidida a continuar con él, aunque todavía no haya resuelto cómo. No quisiera plantear el asunto aquí y tener que discutir sobre él con dos personas tan sabias y sensatas como el señor y la señora Vernon; y tampoco puedo permitirme el lujo de ir a la ciudad. La señorita Frederica, por consiguiente, deberá esperar un poco.

Siempre tuya,

S. VERNON

Acabamos de recibir la visita de un huésped inesperado, querida madre. El caballero llegó ayer. Cuando estaba con mis hijos mientras almorzaban, escuché el ruido de un carruaje en la puerta y, suponiendo que no tardarían en requerir mi presencia, me apresuré a abandonar el cuarto de los niños y comencé a bajar. A medio camino vi a Frederica correr escaleras arriba, blanca como el papel, y entrar precipitadamente en su dormitorio. No dudé en ir tras ella y preguntarle qué ocurría. «¡Ay! —sollozó—, ¡ha venido! ¡Sir James ha venido! ¿Qué voy a hacer ahora?». Aquello no era una explicación, así que le pedí que me contara por qué estaba tan atemorizada. Justo en aquel momento nos interrumpió una llamada en la puerta; se trataba de Reginald, al que lady Susan había enviado para que hiciera bajar a la joven. «Es el señor De Courcy —afirmó esta, ruborizándose intensamente—. Mamá le ha enviado a buscarme; debo ir con él».

Nos dirigimos los tres juntos a la sala de estar, y observé cómo mi hermano contemplaba sorprendido el semblante aterrorizado de Frederica. Al abrir la puerta, encontramos a lady Susan acompañada de un joven de aspecto atildado, a quien presentó como sir James Martin; se trataba del mismo caballero que, según dicen, tanto se había esforzado por separar de la señorita Manwaring. Sin embargo, no parece que hubiera destinado dicha conquista para sí misma, o quizá desde entonces había decidido cedérsela a su hija, pues sir James está ahora desesperadamente enamorado de Frederica, y es evidente que cuenta con todo el apoyo de lady Susan. La pobre niña, sin embargo, estoy segura de que le detesta; y a pesar de que tanto la persona del caballero como sus modales son muy correctos, el señor Vernon y yo tenemos la impresión de que se trata de un joven sin carácter.

Frederica parecía tan avergonzada y aturdida cuando entramos en la estancia, que no pude sino compadecerme de ella. Lady Susan se deshacía en atenciones con su visitante y, sin embargo, creí percibir que no sentía el menor placer al verle. Sir James habló sin parar y me pidió disculpas cortésmente por haberse tomado la libertad de venir a Churchill, al tiempo que reía más de lo debido. Repitió una y otra vez las mismas cosas, y le contó en tres ocasiones a lady Susan que unos días antes había visto a la señora Johnson. De vez en cuando se dirigía a Frederica, pero con mucha más frecuencia a su madre. La pobre niña permaneció sentada sin atreverse a abrir los labios, con la mirada baja y mudando de color a cada instante, mientras Reginald observaba lo que ocurría en completo silencio.

Finalmente lady Susan, supongo que cansada de la situación, propuso dar un paseo, y dejamos a los dos caballeros juntos poniéndose sus pellizas.

Mientras subíamos la escalera, lady Susan, que estaba impaciente por hablar conmigo en privado, me rogó que la dejara acudir a mi vestidor. La conduje allí y, tan

pronto como la puerta estuvo cerrada, afirmó: «Jamás me ha sorprendido nada tanto como la llegada de sir James; ha sido algo tan repentino, que debo pedir os disculpas, querida hermana. Reconozco, sin embargo, que como madre resulta de lo más halagüeño. Está tan enamorado de mi hija que no podía seguir viviendo sin tenerla cerca. Sir James es un joven de temperamento afable y excelente carácter; quizá sea demasiado hablador, pero bastarán uno o dos años para que se corrija. En todos los demás aspectos, no hay duda de que es un buen partido para Frederica, por lo que siempre he contemplado con el mayor agrado esa alianza; tengo el convencimiento de que tanto vos como mi hermano daréis vuestra sincera aprobación. Nunca había mencionado a nadie la posibilidad de que ese matrimonio se celebrara, pues pensaba que mientras Frederica continuara en el colegio sería mejor que nadie lo supiera; pero ahora que he comprendido que mi hija ya no tiene edad para vivir encerrada en un internado, y que he empezado a considerar su boda con sir James como algo no muy lejano, me proponía comentar el asunto con vos y con vuestro marido en los próximos días. Estoy segura, mi querida hermana, de que sabréis perdonar mi largo silencio y estaréis de acuerdo conmigo en que, mientras las circunstancias continúan siendo inciertas, nunca está de más la cautela. Cuando dentro de unos años tengáis la felicidad de entregar a vuestra dulce y pequeña Catherine a un caballero, cuya familia y carácter sean intachables, comprenderéis lo que ahora siento; aunque, ¡gracias a Dios!, no tendréis tantos motivos como yo para alegraros: Catherine dispondrá de una fortuna propia, caso que no es el de mi Frederica, quien se verá obligada a hacer una buena boda si desea tener una posición desahogada».

Terminó pidiendo mi enhorabuena. Y se la di, aunque con bastante torpeza; pues la súbita revelación de un asunto de tanta importancia casi me había hecho perder el habla. Lady Susan, sin embargo, agradeció efusivamente el interés que mostraba por el bienestar de ella y de su hija, y continuó diciendo: «No suelo sentirme inclinada a hacer confesiones, mi querida señora Vernon, y jamás he tenido el menor talento para fingir lo que no siento; por esa razón, confío en que me creeréis cuando os digo que, a pesar de los muchos elogios que había escuchado sobre vos antes de conoceros, nunca pensé que llegaría a apreciaros de este modo. También querría que supierais que vuestra amistad me resulta especialmente gratificante, ya que tengo motivos para creer que algunas personas quisieron predisponeros en mi contra. Solo desearía que todos aquellos —quienesquiera que sean— a los que debo agradecer tan amables propósitos pudieran vernos ahora y comprendieran el cariño que nos une. Pero no os entretendré más. ¡Que Dios os bendiga por vuestra bondad conmigo y con mi hija y conserve la felicidad de los vuestros!».

Mi querida madre, ¿qué puede decirse de una mujer así? ¡Aquella seriedad, aquella expresión tan solemne! Y sin embargo, sospecho que no dijo más que falsedades.

En cuanto a Reginald, creo que no sabe qué pensar del asunto. Cuando llegó sir James, pareció sumamente sorprendido y confuso. La estupidez del joven y el

desasosiego de Frederica acapararon toda su atención; y a pesar de que una pequeña charla privada con lady Susan parece haber surtido efecto, estoy segura de que aún se siente dolido por el hecho de que ella permita a un hombre así deshacerse en atenciones con su hija.

Sir James se invitó a sí mismo a pasar unos días en Churchill sin inmutarse. Confío en que no nos pareciera extraño, consciente de su descaro; afirmó haberse tomado las libertades propias de un familiar, antes de concluir deseando entre risas llegar a convertirse muy pronto en uno. Incluso lady Susan pareció algo desconcertada por su atrevimiento; no me extrañaría que en el fondo de su alma estuviera rezando para que se fuera.

Pero debemos ayudar a la pobre Frederica si sus sentimientos son los que su tío y yo creemos. No podemos permitir que sea sacrificada a la ambición ni que viva atemorizada por ello. La joven que ha sabido apreciar de ese modo a Reginald De Courcy, a pesar de que este parece no haberlo advertido, merece mejor suerte que convertirse en la mujer de sir James Martin. Descubriré la verdad en cuanto pueda entrevistarme con ella a solas, aunque tengo la impresión de que está tratando de evitarme. Confío en que no haya nada malo en ello y en no haberme equivocado al juzgarla. Cuando se encuentra junto a sir James se comporta con seriedad y timidez; pero no veo nada en ella cercano a la aprobación.

Adiós, mi querida madre. Siempre vuestra,

CATHERINE VERNON

CARTA 21

La señorita Vernon al señor De Courcy

Señor:

Espero que sepáis perdonarme esta libertad, pues no sabéis cuánto me avergonzaría molestaros si no me obligara a ello el mayor de los sufrimientos. Soy muy desgraciada a causa de sir James Martin, y no se me ocurre otra forma de conseguir ayuda que enviaros estas líneas, ya que tengo terminantemente prohibido hablar de este asunto con mis tíos. Me temo que por ese motivo consideraréis un gran error que acuda a vos, como si solo respetara la letra y no el espíritu de las órdenes de mi madre, pero si no os ponéis de mi parte y la convencéis para que rompa el compromiso, creo que terminará volviéndome loca, porque es un hombre al que no puedo soportar. Sois la única persona en el mundo que podría persuadirla. Si tuvierais la infinita bondad de poneros de mi parte y lograrais que mi madre alejase de mí a sir

James, no tengo palabras para expresar cuán grande sería mi agradecimiento. Me disgustó desde el principio —puedo aseguraros, señor, que mi petición no se debe a un capricho repentino—; siempre lo encontré necio, impertinente y desagradable, pero estos días se está comportando peor que nunca. Preferiría trabajar para ganarme el sustento que casarme con él. No sé cómo pedir os perdón por esta carta; soy consciente de haberme tomado una gran libertad y sé lo mucho que podría enojarse mi madre, pero es un riesgo que debo correr. Siempre a vuestra disposición,

F. S. V.

CARTA 22

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Queridísima amiga:

¡Esto es intolerable! Jamás me había sentido tan furiosa, y te escribo con el fin de desahogarme, pues sé que comprenderás mi disgusto. Sir James Martin tuvo la ocurrencia de presentarse en Churchill el martes pasado. Ya puedes imaginar mi irritación y mi sorpresa; nunca deseé verle en esta casa. ¡Lástima que no conocieras sus intenciones! No contento con venir, se invitó a quedarse unos días. Te aseguro que le hubiera asesinado; sin embargo, decidí salir airosa de la situación y le di mi versión de la historia a la señora Vernon, quien pareció estar conforme conmigo, aunque ignoro sus verdaderos sentimientos. Asimismo, insistí en que Frederica se mostrara cortés con sir James y le hice comprender que estaba firmemente decidida a que contrajera matrimonio con él. Dijo algo sobre lo desgraciada que se sentía, pero eso fue todo. Desde que soy consciente de lo rápidamente que se está encariñando con Reginald, temo que este, al percatarse de ello, sea incapaz de no corresponder a tan tiernos sentimientos; por esa razón, estoy más resuelta que nunca a celebrar su boda con sir James. Por muy despreciable que resultara a mis ojos un amor basado únicamente en la compasión, no puedo tener la seguridad de que esa no fuera a ser la consecuencia. Es cierto que la conducta de Reginald conmigo no se ha enfriado; pero en estos últimos días ha mencionado a Frederica espontánea e innecesariamente a menudo, e incluso en una ocasión ha tenido palabras de elogio para ella.

No pudo sorprenderle más la llegada de mi visitante; al principio, contemplaba a sir James con una atención que, para mi alborozo, no estaba exenta de celos. Pero desgraciadamente no pude hacerle sufrir mucho tiempo, ya que sir James, a pesar de su extremada cortesía conmigo, no tardó en hacer comprender a todos que era a mi

hija a quien había entregado su corazón.

En cuanto nos quedamos a solas, no tuve dificultad en persuadir a De Courcy de la conveniencia de semejante matrimonio y el asunto pareció quedar zanjado. Como era de esperar, todos percibieron que sir James está muy lejos de ser el sabio Salomón, pero he prohibido a Frederica quejarse ante Charles Vernon o su esposa, por lo que no tendrán el menor pretexto para entrometerse, a pesar de que mi impertinente cuñada está deseando tener ocasión de hacerlo.

Todo transcurría con normalidad; y a pesar de que yo contaba las horas que faltaban para la marcha de sir James, no podía quejarme del curso de los acontecimientos. Así que ya podrás imaginar lo que sentí cuando de repente todos mis planes se tambalearon, y además por culpa de la persona que menos hubiera sospechado. Reginald entró esta mañana en mi vestidor con el rostro inusualmente serio y, tras un breve preámbulo, me comunicó su propósito de discutir conmigo sobre la inconveniencia y la crueldad de permitir a sir James Martin hacer la corte a Frederica en contra de *sus* deseos. Me quedé estupefacta. Al darme cuenta de que hablaba en serio, sin perder la calma le pedí una explicación, y quise saber qué le había empujado a actuar así y quién le había encargado reprenderme. Fue entonces cuando me dijo, intercalando inoportunas expresiones de ternura y descarados elogios que es cuché con total indiferencia, que mi hija le había puesto al corriente de unos hechos relacionados con ella, con sir James y conmigo que le habían llenado de inquietud.

Para no extenderme demasiado, descubrí que Frederica le había escrito una carta para pedirle ayuda y que Reginald, tras recibirla, había tenido una larga conversación con ella, con el fin de conocer todos los detalles y asegurarse de cuáles eran sus deseos.

No tengo la menor duda de que mi hija aprovechó esa oportunidad para mostrarle cuánto le quería; estoy convencida de ello por el modo en que me habló de Frederica. ¡Ojalá se le atragante un amor así! Siempre despreciaré al hombre capaz de contentarse con una pasión que nunca deseó inspirar, y cuya declaración jamás solicitó. Siempre odiaré a ambos. De haber sentido verdadero afecto por mí, Reginald no la habría escuchado. Y Frederica, con mezquina rebeldía y falta de decoro... ¡pedir protección a un joven con el que apenas había intercambiado dos palabras! Me siento tan confundida por el atrevimiento de ella como por la ingenuidad de él. ¿Cómo ha tenido la osadía de creer lo que mi hija ha dicho contra mí? ¿Acaso no se le ha ocurrido pensar que yo tenía mis motivos para actuar así? ¿Y su confianza en mi buen juicio y en mi bondad? Me pregunto dónde está el odio que el verdadero amor debía haberle hecho sentir contra una niña, sin talento ni educación, que me estaba calumniando y que yo le había enseñado a despreciar.

Al principio permanecí impasible, pero toda paciencia tiene un límite; espero haber sido lo suficientemente mordaz con él. Lo cierto es que hizo cuanto pudo por mitigar mi resentimiento, pero solo una necia aceptaría los cumplidos de un hombre

que la estuviera insultando con sus acusaciones. Finalmente, se marchó tan irritado como yo, aunque diera mayores muestras de enojo. Supe mantener la calma, mientras en él afloraba la más violenta indignación. Pero no creo que tarde mucho en tranquilizarse, y es posible que su enfado se haya desvanecido para siempre cuando el mío continúe aún fresco e implacable.

Ahora se encuentra encerrado en su dormitorio, hacia donde le oí dirigirse después de abandonar el mío. ¡Y cuán desagradables deben de ser sus reflexiones! Mas algunas personas tienen sentimientos difíciles de comprender. Todavía no me he serenado lo suficiente para ver a Frederica, pero te aseguro que tardará mucho en olvidar los acontecimientos de este día. Descubrirá que ha mostrado su tierno amor en vano y que ha ganado para siempre el desprecio del mundo y el odio más intenso de su ofendida madre.

Afectuosamente tuya,

S. VERNON

CARTA 23

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Quisiera daros la enhorabuena, querida madre. El asunto que tanto nos ha inquietado parece estar cada vez más cerca de un feliz desenlace. Nuestras perspectivas son excelentes; puesto que los acontecimientos han tomado un cariz tan favorable, lamento haberos comunicado mis temores; pues la alegría de saber que el peligro ha terminado se ha pagado quizá con el elevado precio de vuestro sufrimiento.

La dicha me tiene tan trastornada que apenas puedo sostener la pluma, pero estoy decidida a enviaros unas líneas con James, con el fin de explicaros algo que os llenará de sorpresa: Reginald vuelve a Parklands.

Hace media hora me encontraba sentada con sir James en la sala de estar cuando mi hermano me invitó a salir de la estancia. En seguida supe que ocurría algo grave: se hallaba muy sonrojado y me habló dando muestras de una profunda agitación. Ya conocéis su impetuosidad, querida madre, cuando se ve afectado por algo.

—Catherine —afirmó—, he decidido regresar hoy mismo a casa. Siento dejarte, pero creo que es mi deber hacerlo; hace mucho tiempo que no veo a mis padres. Enviaré a James por delante con mis caballos, de modo que si tienes alguna carta, él se encargará de llevarla. No llegaré a Parklands hasta el miércoles o el jueves, ya que pasaré por Londres donde tengo que atender algunos asuntos. Sin embargo, antes de

marcharme —continuó diciendo aún con mayor firmeza, si bien bajando el tono de voz— debo ponerte sobre aviso. No dejes que Martin convierta a Frederica Vernon en una desgraciada. Pretende casarse con ella, animado por lady Susan, pero tu sobrina no puede soportar la idea. Ten la seguridad de que todo cuanto digo es cierto. Sé que Frederica se siente muy desdichada por la visita de sir James. Es una joven de gran dulzura, y creo que merece mejor suerte. Tienes que echarle inmediatamente de aquí. ¡No es más que un estúpido! ¡Y solo Dios sabe las intenciones que esconde lady Susan! ¡Adiós! —añadió, estrechando mi mano con gravedad—. No sé cuándo volveré a verte. Pero no olvides lo que te he contado de Frederica; debes ocuparte de que se le haga justicia. Es una joven afectuosa y su inteligencia es mayor de la que suponíamos.

Salió entonces corriendo escaleras arriba. No intenté detenerle, pues sabía cuáles eran sus sentimientos; no creo necesario describiros los míos mientras escuchaba sus palabras. Permanecí inmóvil durante unos segundos, paralizada por el asombro. Era una sensación muy agradable; y, sin embargo, necesité algún tiempo para controlar mi alegría.

Aproximadamente diez minutos después de volver a la sala de estar, lady Susan hizo su aparición. Comprendí que había estado discutiendo con Reginald y busqué con impaciente curiosidad alguna señal en su rostro que confirmara mis sospechas. Maestra del engaño, sin embargo, no vi nada en ella que reflejara la menor preocupación. Después de conversar brevemente sobre algunos asuntos sin trascendencia, se dirigió a mí con estas palabras: «He sabido por Wilson que el señor De Courcy nos abandona. ¿Es cierto que se marcha de Churchill hoy mismo?». Le contesté que así era. «No nos dijo nada ayer por la noche —añadió riendo—, ni tampoco esta mañana en el desayuno. Pero tal vez ni él mismo lo supiera. Los jóvenes suelen precipitarse en sus decisiones, pero no son más rápidos en tomarlas que inconstantes en mantenerlas. No me sorprendería que cambiase de idea y terminara quedándose».

Poco después salió de la estancia. Pero no creo que existan motivos para temer, querida madre, un cambio en los planes de Reginald; las cosas han llegado demasiado lejos. Deben de haber discutido sobre Frederica. La sangre fría de lady Susan es asombrosa. ¡Qué alegría sentiréis al ver nuevamente a mi hermano, mereciendo toda vuestra estima y no siendo más que un motivo de felicidad para vosotros!

La próxima vez que escriba, espero poder deciros que sir James se ha marchado, que lady Susan ha sido vencida y que Frederica ha dejado de sufrir. Tenemos mucho trabajo por delante, pero lo haremos. Estoy impaciente por saber qué ha motivado este sorprendente cambio. Terminó mi carta de igual modo que la comencé, con mi más cordial enhorabuena.

Siempre vuestra,

CATHERINE VERNON

Churchill

¡Poco podía imaginar al enviaros mi última carta, querida madre, que la alegría que en aquellos momentos experimentaba iba a sufrir tan melancólico revés! Nunca podré arrepentirme lo suficiente de haberos escrito aquellas líneas. Pero ¿quién hubiera podido imaginar lo que estaba a punto de ocurrir? Todas mis esperanzas de hace dos horas se han desvanecido: lady Susan y Reginald se han reconciliado y volvemos a estar como antes. Sin embargo, algo hemos ganado: sir James Martin ha sido rechazado. Y, ahora, ¿qué sorpresas nos deparará el futuro? Mi decepción es enorme. Reginald hizo todo menos marcharse; incluso ordenó preparar su caballo, que fue prácticamente llevado hasta la entrada ¿Quién podría haber dudado de su decisión?

Durante media hora estuve esperando su partida. Después de entregar vuestra carta a James, me senté con el señor Vernon en su gabinete para comentar lo ocurrido hasta que decidí salir en busca de Frederica, a quien no había visto desde el desayuno. La encontré llorando en la escalera.

—Mi querida tía —sollozó—, soy la única culpable de la marcha del señor De Courcy. Me temo que os enfadaréis conmigo, pero no tenía la menor idea de que todo terminaría así.

—No es necesario que me pidas perdón por ello, pequeña —respondí—. Me sentiré en deuda con cualquiera que logre enviar a mi hermano de vuelta a casa, pues sé cuánto desean mis padres su compañía. Pero ¿qué has hecho tú para conseguirlo?

Se ruborizó intensamente mientras contestaba:

—Me sentía tan desgraciada a causa de sir James, que no pude evitar... He hecho algo horrible, lo sé; pero no podéis imaginar mi desesperación. Mi madre me había prohibido que os hablara de ello a vos o al tío Charles y...

—Así que decidiste contárselo a mi hermano, para conseguir su ayuda —añadí, deseando ahorrarle la explicación.

—Le escribí una carta. Esta mañana me levanté antes del amanecer y estuve más de dos horas ocupada en su redacción; cuando estuvo terminada, pensé que no tendría valor para dársela. Después del desayuno, sin embargo, me crucé con él en el pasillo al dirigirme a mi dormitorio y, comprendiendo que todo dependía de aquel instante, hice un gran esfuerzo y se la entregué. Tuvo la bondad de cogerla inmediatamente; y sin atreverme a mirarle eché a correr. Estaba tan asustada que apenas podía respirar. ¡No sabéis lo desdichada que he sido, querida tía!

—Frederica —le dije—, debías haberme contado tus problemas. Siempre hubiese estado dispuesta a ayudarte. ¿Acaso no crees que el tío Charles hubiera apoyado tu causa con tanta energía como mi hermano?

—Nunca dudé de vuestra bondad —afirmó, ruborizándose de nuevo—, pero

pensé que el señor De Courcy podría convencer a mi madre; sin embargo, estaba muy equivocada. Tuvieron una terrible pelea por mi culpa, y él ha decidido marcharse. Mamá no me perdonará jamás y seré aún más desdichada que antes.

—No lo permitiremos en modo alguno —repuse—. Y en un asunto de tanta importancia, no deberías haber obedecido la prohibición de tu madre. No consentiremos que te haga desgraciada, no tiene el menor derecho a ello. Es muy posible, sin embargo, que el hecho de que hayas acudido a Reginald haya resultado beneficioso para todos. Creo que es lo mejor que podía haber pasado. Estoy segura de que no volverás a tener motivos de inquietud.

Cuál no sería mi sorpresa en aquellos momentos al ver salir a mi hermano de la estancia de lady Susan. Tuve un presentimiento súbito. Su confusión al verme fue evidente. Frederica pareció esfumarse.

—¿Te marchas ya? —pregunté—. Encontrarás al señor Vernon en su gabinete.

—No, Catherine —contestó—. He decidido quedarme. ¿Podría hablar un momento contigo?

Nos dirigimos a mi aposento.

—Me temo que he actuado con mi habitual impetuosidad —continuó diciendo mientras su confusión aumentaba por momentos—. He interpretado mal a lady Susan e iba a abandonar vuestra casa con una impresión muy desfavorable de su conducta. Ha habido un malentendido, pero creo que todos estábamos equivocados. Frederica no conoce a su madre; lady Susan solo pretende su bien, pero vuestra sobrina es incapaz de corresponder a su amistad y a su cariño. Por esa razón, tu cuñada no siempre sabe cómo hacer feliz a su hija. Además, no tengo el menor derecho a entrometerme; la señorita Vernon cometió un error al solicitar mi ayuda. Afortunadamente, el asunto está arreglado y lady Susan desea darte una explicación, si tienes un momento libre.

—Por supuesto —repliqué, suspirando hondamente al escuchar una historia tan poco convincente. Mas no hice el menor comentario, pues cualquiera de mis palabras hubiera resultado en vano. Reginald se alegró de poder marcharse y yo me encaminé al dormitorio de mi cuñada; lo cierto es que sentía una gran curiosidad por escuchar su versión de los hechos.

—¿Acaso no os dije que vuestro hermano se quedaría? —dijo, con una sonrisa.

—En efecto, así lo hicisteis —contesté gravemente—. Pero no sabéis cuánto me alegraba pensar que no estaríais en lo cierto.

—No me hubiera atrevido a hacer semejante afirmación —aseguró— de no haber comprendido en aquel instante que la causa de su partida era una conversación que habíamos sostenido por la mañana, en la que habíamos sido incapaces de entendernos. En cuanto me percaté de ello, decidí que una discusión fortuita, de la que yo era tan culpable como él, no podía privaros de la compañía de vuestro hermano. Como recordaréis, salí casi inmediatamente de la sala. Estaba decidida a hacer cuanto estuviera en mis manos por aclarar la situación, que podría resumirse

así: Frederica odiaba la idea de casarse con sir James...

—¿Acaso os asombra que lo hiciera? —exclamé yo con cierta vehemencia—. Frederica es una joven muy inteligente, y sir James no es más que un necio.

—No creáis que lo lamento, querida hermana —afirmó—; por el contrario, me alegra ver una prueba tan evidente del buen juicio de mi hija. No hay duda de que el entendimiento de sir James es muy limitado (y su conducta infantil no hace sino empeorar la situación), y si Frederica hubiera poseído la perspicacia y el talento que hubiese deseado en una hija mía, o yo hubiera conocido sus verdaderas cualidades, nunca habría anhelado ese matrimonio.

—Es extraño que seáis la única persona que ignora la sensatez de Frederica...

—No sabe demostrar su valía. Es una joven tímida e insegura. Además, tiene miedo de mí; no siente el menor afecto por su madre. Mientras su pobre padre vivió fue mimada en demasía; la severidad con la que me he visto obligada a tratarla ha hecho que su cariño se alejara de mí. Tampoco puede decirse que posea esa inteligencia brillante, ese don, esa fortaleza de espíritu que la ayuden a destacar.

—Sería más justo por vuestra parte decir que no ha sido muy afortunada en su educación.

—Soy perfectamente consciente de eso, mi querida señora Vernon; pero quisiera olvidar cualquier circunstancia que pudiera arrojar la menor sombra de culpa sobre un hombre cuyo recuerdo es sagrado para mí.

En ese momento simuló echarse a llorar. Mi paciencia se agotó.

—Pero, lady Susan, ¿no ibais a hablarme de vuestro altercado con mi hermano?

—Frederica fue la causa de todo, lo que demuestra no solo su falta de juicio sino también ese absurdo temor hacia mi persona que acabo de mencionaros. Tuvo la ocurrencia de escribir una carta al señor De Courcy.

—Lo sé. Le habíais prohibido hablar conmigo o con el señor Vernon del motivo de su aflicción. ¿Qué otra cosa podía hacer sino acudir a mi hermano?

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué opinión debéis de tener de mí! ¿Acaso suponéis que yo era consciente de su desdicha? ¿Cómo habéis podido pensar que yo deseaba la infelicidad de mi propia hija, hasta el punto de impedirle mencionaros su boda por miedo a ver interrumpido tan diabólico plan? ¿Me consideraréis una madre desnaturalizada? ¿Podría condenar a una vida de infortunio a una joven cuyo bienestar es el principal objetivo y deber de mi existencia?

—Semejante idea me causa espanto. Pero ¿por qué insistíais en su silencio?

—¿De qué le habría servido, querida Catherine, acudir a vos? ¿Por qué debía permitir que os molestara con unas súplicas a las que yo me negaba a prestar atención? No hubiese sido aconsejable ni para vuestro bien, ni para el de Frederica, ni para el mío. Además, una vez tomada la decisión, no deseaba que nadie se entrometiera. Es cierto que estaba equivocada, pero no olvidéis que creía hacer lo más correcto.

—Pero ¿cuál es ese error al que aludís con tanta frecuencia? ¿Cómo pudisteis

interpretar tan mal los sentimientos de vuestra hija? ¿Acaso no os percatabais de cuánto detestaba a sir James?

—Sabía que no era el hombre de sus sueños, pero estaba convencida de que no se daba cuenta de sus deficiencias. Sin embargo, querida hermana, no debéis interrogarme tan minuciosamente en este punto —continuó lady Susan, cogiéndome cariñosamente de la mano—. Para seros sincera, reconozco que hay algo más en todo esto. Frederica no hace más que darme disgustos. Me siento especialmente dolida por el hecho de que haya solicitado la ayuda del señor De Courcy.

—¿Qué pretendéis decir con tanto misterio? —pregunté—. Si pensáis que vuestra hija está enamorada de Reginald, creo que es un motivo tan válido para rechazar a sir James como el de ser consciente de su estupidez y, sin duda, ambos merecen la misma consideración por vuestra parte. ¿Y por qué habéis discutido con mi hermano, cuando sabéis que sería incapaz de negar su ayuda a cualquiera que recurriera desesperadamente a él?

—Es cierto que su naturaleza es generosa, y quiso reprenderme por mi actitud, compadeciendo con toda su alma a esa pobre muchacha maltratada, a esa heroína en apuros. No logramos entendernos. Reginald creyó que yo era más culpable de lo que realmente había sido; yo consideré su intromisión imperdonable, no percatándome hasta más tarde de mi error. Siento verdadero aprecio por vuestro hermano, y no sabéis cuánto me atormentó la idea de haberme equivocado al entregarle mi afecto. Los dos discutimos acaloradamente. La decisión de abandonar Churchill fue el resultado de su contrariedad; cuando conocí sus intenciones, sin embargo, se me ocurrió que quizá no habíamos sabido comprendernos, y decidí tener una conversación con él antes de que fuera demasiado tarde. Siempre sentiré afecto por los miembros de vuestra familia, y confieso que me hubiera dolido enormemente que mi amistad con el señor De Courcy hubiera terminado de un modo tan lamentable. Solo me queda añadir que estoy convencida de que la aversión de Frederica por sir James es una prueba de su buen juicio, por lo que me apresuraré a comunicar a este caballero que abandone cualquier esperanza de ser aceptado por ella. No puedo sino reprocharme el haber sido la causa, aunque inocente, de su infortunio. Pero intentaré compensarla con creces; si concede a su felicidad la misma importancia que yo, si es juiciosa y se comporta como debe, puede estar tranquila. Os ruego que me disculpéis, querida Catherine, por abusar así de vuestro tiempo, pero creo que debía daros una explicación. Confío en que después de mis palabras no haya disminuido vuestra estima por mí.

Podría haberle contestado: «En absoluto», pero preferí marcharme en silencio, fingiendo una serenidad que no sentía. Si hubiera comenzado a decirle lo que pensaba, nada habría podido detenerme. Su seguridad en sí misma, sus mentiras... pero será mejor que no me extienda en ellas; os impresionarían demasiado. Siento náuseas al recordarlo.

Tan pronto como logré recuperar la calma, regresé al salón. El carruaje de sir

James estaba en la puerta y él, con su habitual alegría, se despidió de nosotros. ¡Con cuánta facilidad lady Susan da esperanzas o rechaza a un pretendiente!

A pesar de que la partida ha sido un gran alivio, Frederica sigue mostrándose apesadumbrada; quizá continúe teniendo miedo de su madre, pero también es probable que, aunque en un principio temiera la marcha de mi hermano, ahora sienta celos de su permanencia. Puedo ver la atención con que le observa cuando está con lady Susan. ¡Pobrecilla! ¡Todo está perdido! No existe la menor posibilidad de que mi hermano corresponda a su amor. Es cierto que su opinión de ella ha mejorado mucho, pero la reconciliación de Reginald con su madre disipa cualquier rayo de esperanza.

Preparaos, querida madre, para lo peor. Cada vez hay más probabilidades de que su matrimonio se celebre. Ahora más que nunca, lady Susan tiene en su poder a Reginald. Cuando tenga lugar ese desgraciado acontecimiento, Frederica deberá quedarse para siempre con nosotros.

Me alegro de que mi carta anterior haya llegado hace escaso tiempo; será mejor que no sintáis una alegría que acabará convertida en decepción.

Siempre vuestra,

CATHERINE VERNON

CARTA 25

Lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Te escribo, querida Alicia, con el fin de que me des la enhorabuena. Vuelvo a ser la misma de siempre, alegre y victoriosa. Es cierto que en mi última carta estaba terriblemente indignada, pero te aseguro que no me faltaban motivos. No sé si debería mostrar esta tranquilidad, pues jamás me había costado tanto esfuerzo arreglar una situación. Reginald es un joven muy orgulloso y tiene un sentido de la rectitud que me resulta especialmente irritante. Puedo asegurarte que tardaré mucho en perdonarle. De hecho, ¡ha estado a punto de marcharse de Churchill! Apenas había terminado de escribirte, cuando Wilson me trajo la noticia. Sentí que debía hacer algo, pues no deseaba quedar a merced de un hombre capaz de mostrar tanto resentimiento, y con pasiones tan violentas. Mi reputación hubiera peligrado si hubiese permitido que se marchara de aquí con una impresión tan desfavorable de mi persona; desde ese punto de vista, era necesario hacer concesiones.

Envié a Wilson para comunicarle que deseaba hablar con él antes de su partida. Vino inmediatamente a mi encuentro. La fuerte indignación que había reflejada en

todas sus facciones al final de nuestra última entrevista parecía haber desaparecido en parte. No hay duda de que estaba sorprendido por mi llamada y daba la impresión de que deseaba, al tiempo que temía, que pudiera convencerle con mis palabras.

Espero que mi semblante no mostrara más que sosiego y dignidad, y que un aire meditabundo pudiera persuadirle de mi tristeza.

—Os ruego que disculpéis la libertad que me he tomado al enviar a buscaros —comencé a decir—; pero acabo de saber que pensáis marcharos hoy mismo, y creo mi deber suplicaros que no acortéis vuestra estancia, ni siquiera una hora, por mi causa. Soy consciente de que después de lo ocurrido entre nosotros será doloroso para ambos permanecer en la misma casa. El fin de una amistad como la nuestra convertirá cualquier relación futura en el más severo de los castigos; y sé que tanto esta situación como vuestro carácter impulsivo os han hecho tomar la decisión de abandonar Churchill. Debéis, sin embargo, comprender que no puedo consentir semejante sacrificio, pues os veríais obligado a abandonar a vuestros familiares, por quienes sentís tanto afecto. Los Vernon se sentirán mucho más complacidos con vuestra compañía que con la mía, y tal vez mi visita se haya prolongado demasiado. Por esa razón, adelantaré mi partida, lo que no supondrá el menor trastorno ya que, de todos modos, esta era inminente. No desearía que una familia bien avenida se viera obligada a separarse por mi causa. Dónde me dirijo es algo que carece de interés para los demás y que apenas tiene importancia para mí; sin embargo, vos tendréis a toda la familia pendiente de vuestros actos.

Y así terminé mi discurso, que confío haya sido de tu agrado. El efecto que produjo en Reginald justifica mi vanidad, pues fue tan favorable como instantáneo. ¡Qué delicioso resultó observar los cambios que experimentaba su semblante al escuchar mis palabras! ¡Y contemplar la lucha entre la ternura que se apoderaba nuevamente de él y la contrariedad que aún sentía! Hay algo muy placentero en los sentimientos tan fáciles de manejar. No quiere esto decir que los envidie; por nada del mundo me gustaría tenerlos, pero resultan muy convenientes cuando lo que se busca es influir en las pasiones de otra persona. Y, sin embargo, este mismo Reginald, a quien unas simples palabras mías llevan a la más completa sumisión y vuelven más atento, leal y devoto que nunca, ¡hubiera sido capaz de abandonarme en el primer arrebato de cólera de su orgulloso corazón, sin hacer el menor esfuerzo por aclarar lo sucedido!

A pesar de lo dócil que se muestra ahora, no puedo perdonar semejante ejemplo de soberbia; y dudo si castigarle rechazando su amistad algún tiempo después de nuestra reconciliación o casándome con él para atormentarle el resto de su vida. Pero estas dos medidas son demasiado drásticas para ser tomadas con precipitación. En estos momentos estoy tramando los planes más diversos. Debo tener en cuenta muchas cosas. He de castigar a Frederica, y con severidad, por haber acudido a Reginald; y vengarme de este no solo por haberse mostrado dispuesto a ayudarla sino también por el resto de su conducta. Asimismo, he de martirizar a mi cuñada por la

triumfante insolencia de su mirada y de sus ademanes desde que sir James fue obligado a marcharse, ya que no tuve más remedio que sacrificar a ese infortunado joven para reconciliarme con Reginald; buscaré el modo de vengar todas las humillaciones que he sufrido en los últimos días. Para conseguirlo tengo preparadas distintas estratagemas. Además de otras muchas cosas, me propongo ir en seguida a la ciudad; pues Londres será siempre el mejor lugar para poner en práctica mis planes, y al menos gozaré de vuestra compañía y de un poco de animación tras la penitencia de diez semanas en Churchill.

Después de todos los esfuerzos que he realizado, considero un deber ineludible para con mi persona celebrar el matrimonio entre Frederica y sir James. Dame tu opinión sobre este asunto. Ya sabes que no tengo el menor deseo de poseer un espíritu flexible, una naturaleza propensa a dejarse influir por los demás; tampoco mi hija tiene derecho a pedir comprensión hacia sus caprichos a costa de mis inclinaciones. Sin duda también es mi deber desaprobado el absurdo romanticismo de su pueril amor por Reginald. Teniendo en cuenta lo que acabo de mencionar, creo que es mi obligación llevarla a la ciudad y casarla inmediatamente con sir James.

Cuando se hayan cumplido mis deseos, en contra de los suyos, conseguiré volver a estar en buenas relaciones con Reginald, lo que actualmente no es posible, pues, aunque lo tengo bajo mi influencia, he tenido que ceder en el asunto que ocasionó nuestra disputa y, en el mejor de los casos, el honor de la victoria aún es dudoso.

Necesito saber qué opinas de todo esto, mi querida Alicia, y avísame si puedes conseguir algún alojamiento que me convenga cerca de tu casa.

Tu queridísima,

S. VERNON

CARTA 26

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

No sabes cuánto me satisface que consultes mi opinión, y aquí tienes mi consejo: que vengas inmediatamente a la ciudad, dejando a Frederica en Churchill. Creo que lograrías una posición mucho más desahogada en sociedad si contrajeras matrimonio con el señor De Courcy que si ocasionas la indignación de él y de su familia obligando a tu hija a casarse con sir James. Deberías pensar más en ti y menos en Frederica. No tiene una personalidad de la que puedas sentirte orgullosa, y parece estar en el lugar que le corresponde: en Churchill con los Vernon. Tú, sin embargo,

tienes aptitudes para la vida social, y es absurdo mantenerte alejada de ella. Así pues, deja que Frederica reciba el castigo que merece por haberte causado tantas molestias y sé indulgente con esa romántica ternura que siempre la hará sentirse desgraciada; ven a la ciudad tan pronto como puedas.

Tengo otro motivo para recomendarte esto tan encarecidamente.

Manwaring llegó a la ciudad la semana pasada, y se las ha ingeniado para verme, a pesar del señor Johnson. Se siente terriblemente desdichado por tu causa y está tan celoso del señor De Courcy, que no sería nada aconsejable que por el momento se encontraran. Si no permites que te vea pronto, no me extrañaría que cometiera alguna grave imprudencia, como por ejemplo ir a Churchill, lo que sería una catástrofe. Por otra parte, si sigues mi consejo y decides casarte con el señor De Courcy, será absolutamente necesario que alejes de tu lado a Manwaring, y sé que solo tú podrás convencerle de que vuelva con su mujer.

Todavía me queda otra razón para tu venida. El señor Johnson se marcha de Londres el próximo martes. Su salud le aconseja dirigirse a Bath, donde si las aguas resultan beneficiosas para su constitución y para mis deseos, se quedará unas semanas cuidando de su gota. Durante su ausencia, gozaremos de libertad para ver a nuestros amigos y podremos divertirnos de verdad. Me gustaría recibirte en Edward Street, pero en una ocasión me obligó a prometerle que jamás te invitaría a mi casa. Si obtuvo algo así con sus amenazas fue porque yo necesitaba dinero desesperadamente. Puedo conseguirte, sin embargo, un agradable apartamento en Upper Seymour Street, y estaremos juntas a todas horas, aquí o allí, pues, en mi opinión, la promesa que hice al señor Johnson solo me obliga (al menos durante su ausencia) a impedir que duermas en casa.

No sabes las historias que me cuenta el pobre Manwaring sobre los celos de su esposa. ¡Qué mujer tan necia! ¿Cómo puede esperar fidelidad de un hombre tan encantador? Pero siempre ha sido una estúpida; pues si no, ¿cómo hubiera podido casarse con él? Ella, heredera de una inmensa fortuna; él, sin un chelín. Debería haber tenido otro título además del de baronesa. Cometió una locura tan grande al comprometerse que, aunque el señor Johnson fuera su tutor y yo no suela compartir sus sentimientos, creo que jamás podré perdonarla.

Adiós, querida,

ALICIA

CARTA 27

La señora Vernon a lady De Courcy

Reginald os entregará personalmente esta carta, querida madre. Su larga estancia entre nosotros parece a punto de terminar, aunque me temo que sea demasiado tarde para poder alegrarnos de su partida. *Ella* se marcha a la ciudad con el fin de reunirse con su gran amiga, la señora Johnson. Al principio, pretendía que su hija la acompañara para visitar a los grandes maestros, mas logramos convencerla de lo contrario. Frederica se sentía muy desdichada por tener que ir a Londres, y yo no soportaba la idea de que pudiera quedar a merced de su madre. Ni todos los grandes maestros de Londres juntos podrían compensar su falta de felicidad y sosiego. Asimismo, me hubiera preocupado enormemente su salud y todo lo referente a su persona, salvo sus principios; pues no creo que lady Susan o sus amigos pudieran llegar a lastimarlos. Sin embargo, se habría visto obligada a mezclarse con ellos (sin duda un grupo poco recomendable) o habría sido abandonada a su soledad, y no sé qué hubiera resultado peor para ella. Además, si viviera con su madre es muy probable que viese con frecuencia a Reginald, y creo que eso la haría aún más infeliz.

Aquí, con el tiempo, recuperaremos la tranquilidad. Confío en que nuestras ocupaciones habituales, nuestros libros y conversaciones, el ejercicio, los niños y los placeres domésticos que podamos procurarle ayudarán a Frederica a olvidar su primer amor. No tendría la menor duda al respecto si la causante de su desdicha no hubiera sido su propia madre.

Ignoro cuánto tiempo se quedará lady Susan en la ciudad, o si pretende regresar con nosotros. Sería incapaz de invitarla con cordialidad, pero si decide venir, no dejará de hacerlo por mi falta de cortesía.

No pude evitar preguntar a Reginald si pensaba quedarse este invierno en la ciudad, en cuanto supe que era allí donde se dirigirían los pasos de lady Susan; y a pesar de que manifestó no haberlo decidido todavía, tanto su mirada como su voz traicionaban sus palabras. Pero basta ya de lamentaciones. Creo que el asunto está decidido y, desesperada, me resigno a ello. Si os abandona en seguida para ir a Londres, todo habrá terminado.

Afectuosamente,

S. VERNON

CARTA 28

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Queridísima amiga:

Te escribo profundamente apenada; ha ocurrido la mayor de las desgracias. El señor Johnson ha ideado la mejor manera de fastidiarnos. Supongo que debió de oír que pronto llegarías a Londres e inmediatamente decidió tener un ataque de gota que, de momento, retrasará su viaje a Bath, aunque es posible que le obligue a anularlo por completo. Estoy convencida de que la gota aparece y desaparece a su antojo; lo mismo sucedió cuando quise reunirme con los Hamilton en Los Lagos; sin embargo, hace tres años, después de comunicarle mi deseo de ir a Bath, no hubo manera de persuadirle de que mostrara algún síntoma de la enfermedad.

He recibido tu carta, así que ya tienes el alojamiento reservado. Me alegra ver que sigues mis consejos y que el señor De Courcy es decididamente tuyo. No dejes de ponerte en contacto conmigo en cuanto llegues y, sobre todo, cuéntame qué planes tienes con Manwaring. Ignoro cuándo tendré ocasión de verte. Mi encierro será largo. Es tan penoso que haya tramado semejante estratagema para estar enfermo en casa, en lugar de hacerlo en Bath, que apenas puedo dominar mi rabia. Allí le hubieran cuidado sus ancianas tías, pero en Londres todo recae sobre mí; y lo cierto es que soporta el dolor con tanta paciencia, que ni siquiera tengo excusa para enojarme.

Siempre tuya,

ALICIA

CARTA 29

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida Alicia:

No era necesario este último ataque de gota para hacerme detestar al señor Johnson; sin embargo, ahora mi aversión no tiene límites. Tenerte de enfermera, ¡todo el día confinada en su dormitorio! Mi querida Alicia, ¡qué error cometiste al contraer matrimonio con un hombre de su edad! Suficientemente viejo para ser aburrido, ingobernable y padecer gota; demasiado viejo para ser complaciente, demasiado joven para morir.

Llegué ayer hacia las cinco de la tarde y apenas había terminado de cenar cuando apareció Manwaring. No negaré que para mí ha sido un verdadero placer el verle; y he podido apreciar el fuerte contraste existente entre él y Reginald para infinita desventaja de este último. Durante un par de horas he estado a punto de echar por

tierra mi resolución de casarme con él; y a pesar de que era una idea demasiado absurda para no ser pronto desechada, lo cierto es que no siento la menor ilusión por ese matrimonio, ni espero con impaciencia el momento de reunirme con Reginald en la ciudad, tal como habíamos acordado. Lo más probable es que utilice cualquier pretexto para retrasar su llegada. No debe venir mientras Manwaring continúe en Londres.

A veces dudo sobre la conveniencia de ese matrimonio. No vacilaría si el anciano señor De Courcy falleciera; pero sería muy desagradable para un espíritu tan libre como el mío depender de los caprichos de sir Reginald. En cualquier caso, si decido esperar hasta que abandone este mundo, sin duda me servirá de excusa llevar tan solo diez meses viuda.

Manwaring desconoce mis intenciones, y le he hecho creer que mi amistad con Reginald no es más que un flirteo sin importancia; parece haberse apaciguado. Adiós, hasta que podamos vernos. Estoy encantada con mi alojamiento.

Siempre tuya,

S. VERNON

CARTA 30

Lady Susan al señor De Courcy

Upper Seymour Street

Acabo de recibir vuestra carta; y aunque no negaré que vuestra impaciencia por reuniros conmigo me llena de satisfacción, las circunstancias me obligan a retrasar dicho momento. No penséis que es una crueldad por mi parte, ni me acuséis de inconstancia hasta conocer mis razones. Durante mi viaje desde Churchill, dispuse de suficiente tiempo para reflexionar sobre nuestra relación, y comprendí que debemos mostrarnos mucho más cautelosos y prudentes de lo que lo hemos hecho hasta ahora. Nuestros sentimientos nos han hecho precipitarnos hasta el punto de ignorar los ruegos de nuestros seres queridos, o la opinión del mundo. Hemos sido unos insensatos al comprometernos con tanta premura, pero no debemos cometer la imprudencia de darlo a conocer, pues existen motivos más que suficientes para temer que aquellos de quienes dependéis se opongan a nuestro enlace.

No debemos culpar a vuestro padre porque ambicione un matrimonio más ventajoso para vos. Cuando se posee una fortuna tan grande como la de vuestra familia, el deseo de aumentarla, sin ser exactamente razonable, es demasiado habitual para provocar sorpresa o resentimiento. Tiene derecho a exigir que su nuera sea una

mujer adinerada, y lo cierto es que a veces me reprocho a mí misma el empujaros a una boda tan imprudente; pero, a menudo, los que sienten con tanta intensidad como yo atienden demasiado tarde al peso de la razón.

Solo llevo unos meses viuda; y aunque apenas me siento en deuda con la memoria de mi marido, que no supo hacerme feliz, soy incapaz de olvidar que si cometiera la indelicadeza de contraer tan pronto un segundo matrimonio, me vería expuesta a la censura de toda la sociedad e incurriría en algo aún más insoportable para mí: el disgusto del señor Vernon. Quizá pudiera, con el tiempo, acostumbrarme a la injusticia de haber sido condenada por los demás, pero, como bien sabéis, jamás soportaría perder su valiosa estima. Y además de todo eso ¿me sentiría tan culpable por haberos enemistado con vuestra familia! ¿Cómo creéis que podría sobrellevar tanto sufrimiento? Dada la violencia de mis emociones, la convicción de haber separado al hijo de sus padres me convertiría, aun estando con vos, en la más desgraciada de las mujeres.

Así pues, no hay duda de que será aconsejable demorar nuestro encuentro hasta que las circunstancias estén más a nuestro favor. Para ayudarnos a tomar semejante decisión será mejor que continuemos separados. No debemos reunirnos. Por muy cruel que os parezca mi resolución, sé que comprenderéis las razones que me impulsan a adoptarla —y os aseguro que es lo único que me reconcilia conmigo misma— cuando seáis capaz de analizar la situación del mismo modo que me he visto forzada a hacerlo yo. Tened la certeza de que solo un fuerte sentido del deber podría inducirme a herir mis propios sentimientos prolongando nuestra separación; y sé que no me acusaréis de ser insensible a los vuestros. Así, pues, insisto en que no debemos vernos todavía. Si permanecemos alejados el uno del otro durante algunos meses, se tranquilizará vuestra hermana, la señora Vernon, quien, habituada a la riqueza, considera el dinero imprescindible y cuyos sentimientos son incapaces de comprender los nuestros.

Enviadme noticias vuestras pronto, muy pronto. Deseo saber si mis argumentos os han convencido y si no tenéis nada que reprocharme. No soportaría que me reprendieseis. Me siento demasiado desmoralizada para ello. Entretanto, buscaré la mejor forma de entretenerme; afortunadamente, muchos de mis amigos están en la ciudad, entre ellos los Manwaring. Ya sabéis cuánto aprecio a ambos.

Afectuosamente,

S. VERNON

CARTA 31

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida amiga:

Reginald, esa irritante criatura, está en Londres. La carta que le escribí para que se quedará en el campo parece haberle animado a venir a la ciudad. Lo cierto es que por mucho que desee tenerlo lejos, no puedo evitar sentir una gran satisfacción al ver una prueba semejante de su afecto. Me quiere apasionadamente, con toda su alma, con todo su corazón. Se encargará de llevarte personalmente esta nota, que le servirá de presentación, pues está deseando conocerte. Invítale a pasar la velada contigo y así no correré el peligro de que vuelva por aquí. Le he dicho que no me encuentro demasiado bien y prefiero estar sola. Si volviese a aparecer en esta casa, temo que pudiera crearse algún conflicto, pues ya sabes que no se puede confiar en los criados. Así pues, te ruego que le distraigas en Edward Street. No te resultará una compañía aburrida, y tienes mi permiso para flirtear con él cuanto quieras. Pero no olvides lo que verdaderamente me interesa; debes intentar convencerle de lo desgraciada que seré si insiste en quedarse en la ciudad. Ya conoces mis razones: el decoro, etc. Seguiría hablándole de ellas, pero estoy impaciente por librarme de él pues Manwaring llegará dentro de media hora. Adiós,

S. VERNON

CARTA 32

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Mi querida criatura:

Estoy sufriendo el mayor de los tormentos, y no sé ni lo que haré yo ni lo que podrás hacer *tú*. El señor De Courcy no pudo aparecer en un momento peor. La señora Manwaring acababa de llegar y ordenó que la condujeran ante su tutor, aunque no tuve conocimiento de ello hasta más tarde, ya que no me encontraba en casa cuando ella y Reginald llegaron; de otro modo me hubiera deshecho rápidamente de él. Así que *ella* permaneció encerrada con el señor Johnson mientras *él* me esperaba en el salón. La señora Manwaring vino ayer a Londres en busca de su esposo; aunque es posible que ya sepas esto por él. Decidió presentarse en Edward Street para pedir ayuda a mi marido y, antes de que yo pudiera hacer algo para evitarlo, le contó todo lo que tanto deseabas esconder; desgraciadamente, había logrado sonsacar al criado

de Manwaring que este te había visitado todos los días desde tu llegada a la ciudad y ¡ella misma acababa de verle en la puerta de tu casa! ¿Qué podía hacer yo? ¡Los hechos son algo tan horrible! A estas alturas, el señor De Courcy debe de haberse enterado de todo, pues está reunido a solas con el señor Johnson. No intentes culparme, ha sido una situación imposible de evitar. El señor Johnson lleva algún tiempo sospechando que el señor De Courcy pretende casarse contigo y mostró su deseo de hablar con él en cuanto conoció su visita.

Esa detestable señora Manwaring, que si te sirve de consuelo está más delgada y fea que nunca, se encuentra aún aquí y ha estado hablando con ellos. ¿Qué puede hacerse? Si Manwaring continúa en tu casa, será mejor que la abandone. En cualquier caso, espero que le amargue la vida a su mujer. Con mis mejores deseos y llena de inquietud.

Sinceramente tuya,

ALICIA

CARTA 33

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Este *éclaircissement*^[1] resulta bastante fastidioso. ¡Qué mala suerte que no estuvieras en casa! Tenía el convencimiento de que volverías antes de las siete. Sin embargo, no pienso desanimarme. Y no te atormentes por mi causa. Confía en mí, le contaré a Reginald lo que más me convenga. Manwaring acaba de marcharse; me dio la noticia de la llegada de su esposa. ¡Qué mujer tan necia! ¿Qué piensa conseguir con tan arteras maniobras? Con todo, me gustaría que se hubiera quedado tranquilamente en Langford.

Reginald estará algo furioso al principio, pero mañana a la hora del almuerzo todo habrá vuelto a la normalidad.

Adiós,

S. VERNON

CARTA 34

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

Solo os escribo para deciros adiós. El hechizo se ha roto. Por fin puedo veros tal como sois. Después de despedirnos ayer, he tenido conocimiento, a través de una autoridad indiscutible, de una historia sobre vos que no ha hecho sino convencerme de que he sufrido el mayor de los engaños, y que me ha llevado a comprender la absoluta necesidad de separarme inmediatamente y para siempre de vos. Tengo la certeza de que sabéis a qué me refiero; la palabra Langford resultará suficiente. Fue la misma señora Manwaring quien me informó de todo, en casa del señor Johnson.

Ya sabéis cuánto os he amado, así que no os resultará difícil imaginar cuáles son mis sentimientos; mas no me rebajaré a hablar de ellos a una mujer cuyo amor jamás habrían sido capaces de conseguir y que se alegraría de haber sido la causa de su sufrimiento.

R. DE COURCY

CARTA 35

Lady Susan al señor De Courcy

Upper Seymour Street

No trataré de describir mi asombro al leer la carta que acabo de recibir de vos. Mis esfuerzos por adivinar qué ha podido deciros la señora Manwaring para cambiar de forma tan extraordinaria vuestros sentimientos no logran hacerme salir de mi estupor. ¿Acaso no os he explicado todos los detalles sobre mi conducta susceptibles de ser erróneamente interpretados, y que la maldad de los hombres se apresuró a condenar? ¿Qué habéis podido escuchar *ahora* para retirarme vuestro cariño? ¿Os he ocultado algo en alguna ocasión? Reginald, no sabéis cuánto me desasosiega vuestra actitud. No puedo creer que la vieja historia de los celos de la señora Manwaring haya vuelto a salir a la luz, ni siquiera que vos seáis capaz de *escucharla*. Reuníos conmigo en seguida y explicadme lo que ahora me resulta absolutamente incomprensible. Podéis creerme, la palabra Langford no es suficiente para mí; necesito que me aclaréis todo este asunto. Si debemos separarnos, lo correcto sería que os despidierais personalmente. Mas no siento el menor deseo de hablar por hablar; lo cierto es que estoy muy disgustada, ya que perder vuestra estima, aun que solo sea durante una

hora, es una humillación a la que no puedo resignarme. Esperaré impaciente vuestra llegada.

S. VERNON

CARTA 36

El señor De Courcy a lady Susan

Hotel

¿Por qué razón me escribís? ¿Para qué necesitáis más detalles? Sin embargo, puesto que insistís en ello, me veo en la obligación de deciros que todos los relatos de vuestra ruin conducta antes y después de la muerte del señor Vernon que habían llegado a mis oídos, así como a los del resto de la sociedad, y que yo había creído ciertos hasta que vuestras perversas maniobras me convencieron de lo contrario, han sido probados de forma irrefutable. Más aún, tengo el convencimiento de que habéis mantenido y mantenéis una relación que yo jamás había sospechado con el hombre a cuya familia habéis robado el sosiego ¡a cambio de la hospitalidad con la que fuisteis acogida en ella! Sé que os habéis escrito con él desde que abandonasteis Langford... con él, no con su esposa, y que ahora os visita todos los días. ¿Acaso os atrevéis a negarlo? ¡Y todo ello mientras alentabais mi amor y me aceptabais como pretendiente! ¡Qué suerte he tenido al escapar de vos! Solo puedo sentirme agradecido. Lejos de mí, las quejas y las lamentaciones. Ha sido mi propia locura la que me ha puesto en peligro y si me he salvado, ha sido gracias a la bondad y a la honradez de otro hombre. Pero la infortunada señora Manwaring, cuya desesperación mientras relataba los hechos parecía poner en peligro su cordura, ¿dónde encontrará consuelo?

Después de semejante descubrimiento, no creo que pueda extrañaros mi decisión de separarme de vos. Adiós. Finalmente, he recuperado la razón; por ello sé que debo aborrecer con tanta intensidad vuestras arteras maniobras como despreciarme a mí mismo por la debilidad que tanta fuerza les confirió.

R. DE COURCY

CARTA 37

Lady Susan al señor De Courcy

Upper Seymour Street

Vuestras explicaciones han logrado convencerme, y después de estas breves líneas no volveré a importunaros. El compromiso que deseabais formalizar hace quince días es incompatible con vuestras ideas, y me alegra comprobar que el prudente consejo de vuestros padres no ha resultado en vano. Tengo la certeza de que recuperaréis vuestro sosiego tras este acto de obediencia filial, y me congratulo por ello, con la esperanza de salvar mi parte de culpa en este desengaño amoroso.

S. VERNON

CARTA 38

La señora Johnson a lady Susan

Edward Street

Lamento tu ruptura con el señor De Courcy, aunque no pueda sorprenderme por ello; acaba de comunicárselo al señor Johnson por carta. Según afirma, hoy mismo se marchará de Londres. Puedes tener la seguridad de que comparto todos tus sentimientos, y espero que no te enojés conmigo al saber que debemos dar por terminada nuestra relación y dejar incluso de escribirnos. Me siento muy desgraciada por ello, pero el señor Johnson ha jurado que si conservo tu amistad, se instalará para siempre en el campo; ya sabes que es imposible aceptar una medida tan extrema mientras sigan existiendo otras alternativas.

Supongo que ya sabrás que los Manwaring van a separarse; me temo que la señora Manwaring volverá a vivir con nosotros. Pero sigue tan enamorada de su marido y suspira tanto por él, que quizá no viva mucho tiempo.

La señorita Manwaring acaba de instalarse en la ciudad con su tía y, según dicen, afirma que conquistará a sir James Martin antes de abandonar Londres. Si yo estuviera en tu lugar, no dudaría en casarme con él. Mas aún no te he dado mi opinión del señor De Courcy: estoy verdaderamente encantada con él, creo que es tan apuesto como Manwaring y tiene una expresión tan alegre y sincera en su rostro que resulta inevitable quererle desde el primer momento. El señor Johnson y él se han hecho grandes amigos. Adiós, mi querida Susan. Me hubiera gustado que las cosas no terminaran tan mal. ¡De no haber sido por esa fatídica visita a Langford! Pero no me

sorprendería que lo hayas hecho con las mejores intenciones, y lo cierto es que nadie puede escapar a su destino.

Sinceramente tuya,

ALICIA

CARTA 39

Lady Susan a la señora Johnson

Upper Seymour Street

Mi querida Alicia:

No puedo sino comprender la necesidad de nuestra separación. Dadas las circunstancias, no tenías otra opción. Mas ello no debe deteriorar nuestra amistad; y cuando lleguen tiempos mejores, y disfrutes de una independencia como la mía, nuestra intimidad volverá a ser la misma. Esperaré ese momento con impaciencia. Entretanto, puedo asegurar sin temor a equivocarme que nunca me había satisfecho tanto como ahora la marcha de mi vida. Aborrezco a tu marido, desprecio a Reginald y estoy segura de que no volveré a verlos jamás. ¿Acaso no es suficiente motivo para sentirme dichosa? Manwaring nunca había estado tan pendiente de mí; si fuera un hombre libre, dudo que fuera capaz de rechazar su proposición de matrimonio. Quizá puedas hacer algo para adelantar dicho acontecimiento, si su esposa continúa viviendo con vosotros. No te resultará difícil mantener vivas las emociones que la están consumiendo. Ya sabes que confío en tu amistad. Estoy convencida de que jamás me habría decidido a contraer matrimonio con Reginald; y tampoco permitiré que lo haga Frederica. Mañana iré a recogerla a Churchill y ¡que María Manwaring empiece a temblar por las consecuencias! Frederica se casará con sir James antes de abandonar mi casa. Por mucho que *ella* lloriquee y que los Vernon se enfurezcan, seguiré adelante. Estoy cansada de someter mi voluntad a los caprichos de los demás, dejando a un lado mi buen juicio por unas personas a las que no debo nada y por las que no siento el menor respeto. He hecho demasiadas concesiones, me he dejado convencer con excesiva facilidad; sin embargo, Frederica no tardará en darse cuenta de la diferencia.

Adiós, mi amiga más querida. Que el próximo ataque de gota sea menos inoportuno, y que siempre me recuerdes como tu fiel

S. VERNON

CARTA 40

Lady De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida Catherine:

Tengo excelentes noticias, y de no haber enviado mi carta esta mañana te habría ahorrado el disgusto de saber que Reginald estaba en la ciudad; pero ha vuelto, tu hermano ha vuelto, y no para pedir nuestro consentimiento y casarse con lady Susan, sino ¡para comunicarnos que no volverá a verla jamás! Tan solo ha llegado hace una hora y aún no conozco los detalles, pues parece tan alicaído que no he tenido valor para hacerle preguntas; sin embargo, espero que no tardemos en saber lo ocurrido. Es la mayor alegría que nos ha dado desde el día de su nacimiento. Solo echamos de menos tu presencia, y no sabes cuánto deseábamos que te reunieras con nosotros lo antes posible. Nos debes una visita desde hace muchas semanas. Espero que no resulte una molestia para el señor Vernon, y te ruego que traigas contigo a todos mis nietos así como a tu querida sobrina; estoy deseando conocerla. Hemos tenido hasta ahora un duro invierno, con Reginald lejos de casa y ningún visitante de Churchill; jamás había pasado unos meses tan tristes, pero sé que este feliz reencuentro nos rejuvenecerá. Pienso mucho en Frederica, y cuando Reginald recupere su acostumbrado buen humor (como confío hará pronto), intentaremos robar su corazón una vez más; no sabes cuánto me gustaría ver sus manos enlazadas en un futuro no muy lejano.

Afectuosamente,

C. DE COURCY

CARTA 41

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Vuestra carta ha sido una verdadera sorpresa para mí. ¿Es cierto que se han separado, y para siempre? Mi alegría no tendría límites si pudiera confiar en ello, pero después de todo lo sucedido ¿cómo podríamos estar seguros? ¡Y Reginald se encuentra con vosotros! Mi asombro es aún mayor porque el miércoles, el mismo día

de su llegada a Parklands, recibimos la inesperada y desagradable visita de lady Susan, alegre y sonriente; y parecía como si fuera a casarse con mi hermano nada más regresar a la ciudad, no como si acabara de romper con él. Se quedó casi dos horas con nosotros, tan afectuosa y amable como siempre, y no pronunció una sola sílaba, ni dejó escapar el menor indicio de que pudiera existir alguna discrepancia entre ellos. Le pregunté si había visto a Reginald en Londres, y no porque tuviera dudas al respecto, como podéis suponer, sino porque deseaba observar su reacción. Me contestó inmediatamente, y sin mostrar la menor turbación, que mi hermano había tenido la amabilidad de visitarla el lunes, pero que creía que ya había vuelto a Parklands, lo que estuve muy lejos de creer.

Es un placer para nosotros aceptar vuestra amable invitación y llegaremos el próximo jueves con nuestros pequeños. ¡Quiera Dios que Reginald no haya vuelto a la ciudad antes de ese día!

No sabéis cuánto desearía que Frederica nos acompañara, pero lamento tener que comunicaros que el motivo de la visita de lady Susan fue recoger a su hija y llevársela de vuelta a Londres; no pudimos hacer nada para evitarlo, a pesar de la desdicha de la pobre niña. Tanto su tío como yo estábamos decididos a impedir su marcha, y podéis tener el convencimiento de que hicimos cuanto estuvo en nuestras manos por evitarlo. Pero lady Susan afirmó que pensaba instalarse durante unos meses en la ciudad, donde no podría vivir tranquila sin su hija, y habló de los grandes maestros, etc. Se comportó en todo momento con amabilidad y cortesía, y el señor Vernon está convencido de que Frederica será tratada con cariño. ¡Ojalá pudiera pensar lo mismo!

El corazón de la infortunada niña pareció a punto de romperse en el momento de la separación. Le pedí que me escribiera muy a menudo y que no olvidase que podía recurrir a nosotros siempre que estuviera en apuros. Puse especial cuidado en decirle todo esto a solas, y espero haber conseguido animarla un poco. Sin embargo, no podré dormir tranquila hasta que no vaya a la ciudad y juzgue su situación por mí misma.

Desearía que el enlace del que habláis al final de vuestra carta tuviera mejores perspectivas; de momento, no parece muy probable.

Afectuosamente,

CATHERINE VERNON

CONCLUSIÓN

Debido al encuentro de unos y a la separación de otros, esta correspondencia se vio interrumpida, en detrimento de las ganancias de la Oficina de Correos. Poco pudo beneficiarse el Estado de las cartas entre la señora Vernon y su sobrina, pues la primera no tardó en adivinar, por el estilo de las misivas de la joven, que lady Susan supervisaba su contenido y, posponiendo sus preguntas hasta llegar personalmente a la ciudad, dejó de escribir con frecuencia.

Entretanto, después de que Reginald le contara con su habitual franqueza los detalles de su relación con lady Susan, haciendo que su opinión sobre ella se degradara aún más, aumentó su deseo de separar a Frederica de una madre así y encargarse de su cuidado; y a pesar de que tenía pocas esperanzas de conseguirlo, decidió hacer cuanto estuviera en sus manos para lograr el consentimiento de lady Susan. La impaciencia la empujó a pedir a su marido adelantar el viaje a Londres; y el señor Vernon, que parecía vivir únicamente para complacer a los demás —tal como ha quedado demostrado a lo largo de la historia—, no tardó en encontrar un asunto del que ocuparse en la ciudad. Obsesionada por su idea, la señora Vernon visitó a lady Susan poco tiempo después de su llegada a Londres, y esta la recibió con tantas muestras de alegría y de cariño, que se vio obligada a hacer un esfuerzo para no apartarse de ella con espanto. Ninguna reminiscencia de Reginald, ningún sentimiento de culpa; su mirada no reflejó el menor embarazo. Se hallaba de un humor excelente y dedicó toda clase de atenciones a sus cuñados, como si estuviera deseosa de mostrar cuánto agradecía su amabilidad y disfrutaba con su compañía.

Frederica tampoco parecía haber cambiado; sus modales apocados, así como la timidez de su mirada en presencia de lady Susan, convencieron a la señora Vernon de que su situación no había mejorado y la animaron a llevar adelante su plan. A pesar de ello, lady Susan se mostró sumamente cariñosa. La persecución a sir James había llegado a su fin, y solo mencionó su nombre para aclarar que no se encontraba en Londres. Durante toda su conversación, pareció únicamente preocupada por la educación y el bienestar de su hija, reconociendo con entusiasmo que Frederica estaba cada día más cerca de convertirse en la joven que cualquier padre soñaría tener.

La señora Vernon no salía de su asombro, al ser ahora perfectamente consciente de la hipocresía de su cuñada, y pensó que no resultaría nada fácil conseguir su objetivo. Cuando lady Susan le preguntó si creía que Frederica presentaba un aspecto tan saludable como en Churchill, ya que a veces temía que Londres no le sentara bien, la señora Vernon pareció recuperar la esperanza.

En lugar de tranquilizar a la madre, se apresuró a proponer que la joven regresara con ellos al campo. Lady Susan no supo cómo agradecer su bondad, pero tenía tantas razones para no separarse de Frederica... y, puesto que todavía no había decidido

cuáles serían sus planes para la temporada, quizá pronto pudiera acompañarla personalmente; así pues, concluyó declinando la amable invitación. La señora Vernon, sin embargo, insistió en su ofrecimiento y, a pesar de que lady Susan se negó una y otra vez a permitir la marcha de su hija, al cabo de unos días su resistencia pareció disminuir.

Afortunadamente, la amenaza de la gripe adelantó lo que inevitablemente terminaría por ocurrir. Los temores maternos de lady Susan despertaron en ella el deseo de apartar a Frederica del riesgo de contagio. Si había algo en este mundo que le diera verdadero pavor era que su hija contrajese esta enfermedad. La joven volvió así a Churchill con sus tíos, y tres semanas después lady Susan les comunicó su matrimonio con sir James Martin.

La señora Vernon se convenció entonces de lo que antes solo se había atrevido a sospechar: que podía haberse ahorrado todas sus súplicas, pues lady Susan había estado decidida desde el principio a que su hija se trasladara a Churchill. En teoría, la visita de Frederica iba a ser de seis semanas, pero su madre, a pesar de enviarle una o dos cartas sumamente cariñosas para invitarla a regresar con ella, se apresuró a complacer a todos consintiendo que prolongara su estancia en el campo; transcurridos dos meses, cesó de lamentar su ausencia y transcurridos cuatro, sus noticias dejaron de llegar.

Así pues, Frederica se quedó a vivir con sus tíos hasta el día en que Reginald De Courcy pudiera ser inducido a amarla; y teniendo en cuenta que el joven debería superar su relación con lady Susan, su promesa de no volver a enamorarse y su odio al sexo femenino, creo que sería razonable esperar un año. Tres meses hubieran sido suficientes para la mayoría de los hombres, pero los sentimientos de Reginald eran tan exaltados como firmes.

Es imposible saber con seguridad si lady Susan fue feliz o no en su segundo matrimonio, pues ¿quién podría creer lo que ella afirmara? El mundo debe juzgarlo en función de sus probabilidades. No tenía nada en contra de ella, excepto a su marido y su conciencia.

Sir James parece haber tenido peor suerte de la que merece la simple necesidad. Dejo para él, por esa razón, toda la compasión que sea posible sentir. En cuanto a mí, confieso que solo puedo tener lástima por la señorita Manwaring, quien —a pesar de haber venido a la ciudad y de haber gastado una fortuna en ropa, quedándose en la miseria durante dos años con el único fin de conquistarlo— vio defraudadas sus expectativas por culpa de una mujer diez años mayor que ella.

FINIS

LOS WATSON

En D., una pequeña ciudad de Surrey, iba a celebrarse el martes trece de octubre el primer baile del invierno, y sus habitantes esperaban que constituyera todo un éxito. De forma confidencial, se corrió la voz de que asistiría una larga lista de elegantes familias de los alrededores y se abrigó la esperanza de que incluso los Osborne hicieran acto de presencia.

Los Watson no tardaron en recibir una invitación de los Edwards. Estos últimos eran gente adinerada que vivía en D. y tenía su propio carruaje; los primeros habitaban en un pequeño pueblo a cinco kilómetros de distancia, eran pobres y carecían de un vehículo cubierto. Durante los meses de invierno, siempre que había alguna celebración en el lugar, los Edwards acostumbraban a invitar a sus amigos a vestirse de gala, cenar y pasar la noche en su casa.

En aquella ocasión, como únicamente había dos hijas del señor Watson en el hogar familiar y alguien debía quedarse con su padre, viudo y enfermo, solo una de las jóvenes podría disfrutar de la amabilidad de sus vecinos. La señorita Emma Watson, que acababa de regresar con su familia tras vivir varios años con una tía que se había ocupado de su educación^[2], se disponía a hacer su primera aparición pública en D.; y su hermana mayor, que seguía tan aficionada a los bailes como diez años antes, tuvo la amabilidad de conducir alegremente a Emma y a su hermoso vestido hasta la casa de los Edwards en el viejo carruaje.

Mientras atravesaban los charcos del embarrado camino, la señorita Watson se dedicó a aleccionar y a dar consejos a su inexperta hermana.

—Yo diría que va a ser un baile magnífico, y asistirán tantos oficiales que no te faltará pareja. Ya verás cómo la doncella de la señora Edwards estará deseosa de ayudarte; y no dejes de pedir a Mary Edwards su opinión si tienes alguna duda, pues su gusto es excelente. Si el señor Edwards no pierde dinero jugando a las cartas, os quedaréis cuanto os apetezca; de lo contrario, tal vez se empeñe en volver pronto a casa... en cualquier caso, tomaréis una sopa deliciosa. Espero que estés verdaderamente guapa. No me sorprendería que te consideraran una de las jóvenes más hermosas de la velada; lo nuevo siempre resulta muy atrayente. Hasta es posible que Tom Musgrave se fije en ti... pero yo te aconsejaría encarecidamente que no le alentaras. Siempre suele prestar atención a las muchachas recién llegadas, pero solo le gusta flirtear y sus intenciones nunca son serias.

—Creo haberte oído hablar de él en el pasado —dijo Emma—. ¿De quién se trata?

—Es un joven con una fortuna considerable, independiente y extremadamente simpático; dondequiera que vaya se convierte en el favorito de todos. La mayoría de las muchachas de los alrededores están enamoradas de él o lo han estado antes. Creo que soy la única de ellas a la que no ha roto el corazón y, sin embargo, fui la primera en quien se fijó hace seis años, cuando llegó a este condado. Es cierto que se deshizo en atenciones conmigo... Según dicen, nadie parece haberle gustado tanto desde entonces, a pesar de que siempre está cortejando a alguna joven.

—¿Y cómo lograste que tu corazón saliera indemne? —preguntó Emma sonriendo.

—Hay una explicación —repuso la señorita Watson palideciendo—. Los hombres no me han tratado muy bien, Emma. Espero que tengas mejor suerte con ellos.

—Perdóname, querida hermana, no pretendía causarte dolor...

—Cuando conocimos a Tom Musgrave —siguió diciendo la señorita Watson sin prestarle atención—, yo me encontraba muy unida a un joven llamado Purvis, un amigo de Robert que solía visitarnos con frecuencia. Todo el mundo pensaba que terminaríamos casándonos.

Un suspiro acompañó sus palabras, que Emma respetó en silencio. Después de una breve pausa, su hermana continuó:

—Te preguntarás por qué no fue así y qué ocurrió para que contrajera matrimonio con otra joven, mientras yo sigo soltera. Pero es él quien debería explicártelo, no yo. O quizá pudiera hacerlo Penélope... Sí, Emma, nuestra hermana Penélope fue la causante de todo. Es capaz de cualquier cosa por conseguir un marido. Yo confiaba en ella, pero puso a Purvis en mi contra, intentando conquistarlo para sí; y solo logró que dejara de venir a vernos y se casara con otra poco tiempo después. Penélope no concedió importancia a lo sucedido, pero yo me sentí terriblemente traicionada. Arruinó mi felicidad y jamás podré volver a amar a otro hombre como a Purvis. No creo que Tom Musgrave le llegue a la suela de los zapatos.

—Me escandaliza lo que acabas de decir sobre Penélope —exclamó Emma—. ¿Cómo puede haber hecho algo así? ¡Rivalidad y traición entre hermanas! Me da miedo conocerla. Pero a lo mejor no fue verdaderamente culpable; las apariencias engañan...

—No conoces a Penélope. Nada la detendría con tal de casarse, y no creo que lo negara si se lo preguntases. No le confíes el menor secreto, haz caso de mi advertencia, no te fíes de ella; sin duda tiene sus buenas cualidades, pero carece de lealtad, de honor y de escrúpulos cuando desea conseguir algo para sí misma. Desearía con toda mi alma que hubiera encontrado un buen marido. Te aseguro que preferiría que se casara ella antes que hacerlo yo.

—¿De veras? Bueno, supongo que tienes razón. Cuando alguien ha sufrido un desengaño como el tuyo, no puede sentir demasiada inclinación hacia el matrimonio.

—Así es; pero ya sabes que no debemos quedarnos solteras. Yo lo haría muy a gusto... Un pequeño grupo de amigos y un agradable baile de vez en cuando resultarían suficientes para mí si pudiera ser eternamente joven; pero nuestro padre no nos dejará la menor fortuna y es muy triste envejecer, ser pobre y convertirte en el hazmerreír de los demás. Es cierto que he perdido a Purvis, pero muy pocas personas se casan con su primer amor. No rechazaría a un hombre por el hecho de que no fuera Purvis; aunque jamás perdonaré a Penélope.

Emma hizo un gesto de asentimiento.

—No obstante, Penélope también ha tenido sus problemas —añadió la señorita

Watson—; sufrió una terrible decepción con Tom Musgrave, quien se dedicó a cortejarla al ver mi indiferencia y al que sin duda adoraba; pero las intenciones de él nunca fueron serias y cuando se hubo cansado de ella, comenzó a flirtear con Margaret, haciendo sumamente desgraciada a Penélope. Desde entonces, está intentando conseguir un marido en Chichester. No querrá decirnos de quién se trata, pero sospecho que es el viejo y rico doctor Harding, un tío de la amiga que suele visitar; son muchas las molestias que se ha tomado por él, aunque, de momento, no le han servido para nada. El otro día cuando se marchó, aseguró que era la última vez que acudía allí. Supongo que desconocías el motivo de su viaje a Chichester y eras incapaz de adivinar qué podía alejarla de Stanton justo en el momento en que regresabas a casa después de tantos años de ausencia.

—La verdad es que no tenía la menor sospecha. Pensé que un compromiso con la señorita Shaw le había impedido, desgraciadamente, estar aquí para recibirme. Había esperado encontrar a todas mis hermanas en casa y poder intimar en seguida con ellas.

—Tengo la impresión de que el doctor tuvo un ataque de asma, por lo que se apresuró a acudir a su encuentro. Los Shaw parecen alentar a Penélope, o al menos eso creo. Lo cierto es que ella nunca cuenta nada; asegura que no necesita los consejos de los demás y afirma, no sin razón, que «demasiados cocineros estropean el caldo».

—Lamento sus preocupaciones, pero me disgustan tanto sus planes como sus opiniones. No podré confiar en ella. Parece tener una naturaleza demasiado atrevida. Perseguir de ese modo el matrimonio, ir tras un hombre únicamente por su posición, es algo que me disgusta sobremanera; soy incapaz de comprenderlo. La pobreza es una gran desgracia, pero para una mujer educada y sensible no puede ser tan terrible. Preferiría ganarme la vida enseñando en una escuela (y no se me ocurre nada peor) que casarme con un hombre al que no amo.

—Pues yo haría cualquier cosa antes que convertirme en maestra —dijo su hermana—. He estado en un colegio, Emma, y sé la clase de vida que tienes que soportar allí; tú jamás has sido testigo de ello. Detestaría tanto como tú contraer matrimonio con un hombre desagradable, pero no creo que existan muchos así. Supongo que me conformaría con cualquier caballero de buen carácter que dispusiera de una buena renta. Imagino que nuestra tía te ha inculcado unas ideas mucho más refinadas...

—Sinceramente, no lo sé. Podréis ver cómo me han educado a través de mi conducta. Soy incapaz de juzgarlo yo misma. No puedo comparar los métodos de mi tía con los de otra persona, pues desconozco estos últimos.

—Pero resulta evidente que has recibido una esmerada instrucción. Es algo que he observado desde tu llegada, aunque me temo que no te ayudará a ser más feliz. Penélope se burlará de ti.

—No hay duda de que eso me entristecerá. Si mis opiniones son equivocadas,

deberé corregirlas; si están por encima de mi situación, intentaré disimularlas. Pero dudo que el ridículo... ¿Acaso es Penélope muy ingeniosa?

—Sí, tiene un gran sentido del humor y dice despreocupadamente cuanto se le ocurre.

—Margaret es más afable, ¿no es así?

—Es toda dulzura y amabilidad cuando hay alguien delante, pero no puedes imaginar lo irritable y obstinada que se vuelve cuando nos quedamos solas. ¡Pobrecilla! Tiene el convencimiento de que Tom Musgrave jamás ha amado a nadie como a ella y siempre está esperando que se le declare. Es la segunda vez en un año que va a pasar un mes con Robert y con Jane, pues desea ponerle a prueba con su ausencia; sin embargo, estoy segura de que se equivoca: él no la seguirá hasta Croydon, de igual modo que no lo hizo el pasado marzo. Tom Musgrave jamás se casará, a menos que pueda hacerlo con una rica heredera; quizá con la señorita Osborne o alguna otra joven de su condición.

—Después de haber escuchado tus palabras, Elisabeth, no tengo el menor deseo de conocer a Tom Musgrave.

—¿Acaso le tienes miedo?

—En absoluto. Solo siento antipatía y desprecio por él.

—¡Antipatía y desprecio! Imposible. No podrás resistirte a su encanto si llega a fijarse en ti. Espero que baile contigo... Seguramente lo hará, a menos que aparezcan los Osborne con su grupo de amigos; en ese caso solo hablará con ellos.

—¡Parece tener unos modales de lo más seductores! —exclamó Emma—. Bien, ya veremos lo irresistibles que nos encontramos el uno al otro. Supongo que le reconoceré nada más entrar en el salón de baile; debe de llevar algo de su encanto escrito en el semblante.

—Te aseguro que no lo encontrarás allí, pues acudiréis muy temprano para que la señora Edwards pueda encontrar un buen lugar junto a la chimenea, y Tom Musgrave siempre llega de los últimos. En caso de que también asistan los Osborne, los esperará en el corredor y entrará con ellos. Me gustaría estar allí para protegerte. Si papá se encontrase bien, me abrigaría y le pediría a James que me acercara después del té; creo que podría estar contigo al inicio del baile.

—¿Y cómo lo harías? ¿Acaso serías capaz de venir en este carruaje por la noche?

—Por supuesto que sí. Ya te dije antes que eras muy exquisita; he aquí un buen ejemplo de ello.

Emma guardó silencio durante unos instantes.

—Me gustaría, Elisabeth —continuó diciendo—, que no te hubieras empeñado en que yo asistiese al baile. ¡Ojalá fueras tú en mi lugar! Disfrutarías mucho más. Acabo de llegar a Stanton y solo conozco a los Edwards, así que no creo que vaya a divertirme mucho. Tú, por el contrario, pasarías un buen rato. Pero todavía no es demasiado tarde para cambiar nuestros planes. Apenas es necesario que nos disculpemos ante los Edwards, que se sentirán mucho más felices en tu compañía, y

yo me apresuraré a regresar con nuestro padre; no me dará ningún miedo conducir este tranquilo animal de vuelta a casa. Ya encontraré el medio de enviarte tu vestido.

—Queridísima Emma —exclamó Elisabeth emocionada—, ¿acaso crees que podría consentirlo? No lo haría por nada del mundo, pero nunca olvidaré tu bondad al proponerlo. No hay duda de que tienes un carácter dulce y cariñoso. ¡Jamás había visto nada parecido! ¿Estarías dispuesta a renunciar al baile para que yo pudiera asistir? Créeme, Emma, no soy tan egoísta como para aceptarlo. A pesar de tener nueve años más que tú, no seré la causa de que continúes siendo una desconocida para nuestros vecinos. Eres muy hermosa y sería injusto que no tuvieras las mismas oportunidades que tus hermanas de encontrar un buen partido. No, Emma, quienquiera que se quede en casa este invierno, no serás tú. Jamás hubiese perdonado a la persona que me hubiera impedido acudir a un baile a los diecinueve años.

Emma expresó su gratitud, y durante algunos minutos continuaron avanzando en silencio al trote. Elisabeth fue la primera en hablar.

—Debes fijarte bien con quién baila Mary Edwards.

—Trataré de recordar a sus parejas, pero no sabré sus nombres.

—Solo observa si concede más de un baile al capitán Hunter; tengo algún temor al respecto. No es que a sus padres les gusten los oficiales, pero si Mary se enamora de él, todo habrá terminado para el pobre Sam. Y he prometido escribirle para contarle con quién ha bailado.

—¿Está nuestro hermano enamorado de la señorita Edwards?

—¿Acaso no lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo podría haber conocido desde Shropshire lo que estaba ocurriendo en Surrey? No hubiera sido muy delicado comentar un asunto así en nuestra escasa correspondencia de los últimos catorce años.

—Me extraña no haberlo mencionado en una de mis cartas. Desde que has llegado a casa, he estado tan atareada con nuestro pobre padre y con la limpieza general que apenas he tenido tiempo de contarte nada. Pero créeme, estaba convencida de que lo sabías. Lleva dos años enamorado de ella y le disgusta profundamente no poder asistir a todos los bailes; pero el señor Curtis a menudo no puede prescindir de él, y en esta época hay muchos enfermos en Guildford.

—¿Crees que la señorita Edwards le corresponde?

—Me temo que no sea así; es demasiado joven y heredará al menos diez mil libras.

—A pesar de ello, quizá le guste nuestro hermano.

—¡Oh, no! Los Edwards tienen otras aspiraciones. Sus padres nunca darían su consentimiento. Sam no es más que un médico^[3]. A veces pienso que ella le ama. Pero Mary Edwards es bastante orgullosa y reservada; no es fácil adivinar sus sentimientos.

—Es una lástima que Sam continúe pensando en ella si no está convencido de su amor.

—Un joven siempre debe soñar con alguien —afirmó Elisabeth—, ¿y por qué no iba a ser tan afortunado como Robert, que tiene una buena esposa y seis mil libras?

—No podemos esperar que la suerte nos sonría a cada uno de nosotros. La fortuna de un miembro de la familia es la fortuna de todos.

—La mía está aún por llegar, estoy convencida —exclamó Elisabeth, suspirando de nuevo al recordar a Purvis—. Ya he tenido demasiada mala suerte en la vida; y tras el insensato matrimonio de nuestra tía, tampoco tú pareces muy afortunada. En cualquier caso, quizá disfrutes de un buen baile. Después de la siguiente curva llegaremos al puesto de peaje^[4]. Puedes ver la torre de la iglesia por encima del seto y el White Hart^[5], junto a ella. Estoy deseando saber qué impresión te ha causado Tom Musgrave.

Y aquellas fueron las últimas palabras inteligibles de la señorita Watson antes de atravesar el puesto de peaje y llegar al pavimento empedrado de la ciudad, pues el traqueteo del carruaje les impidió seguir con su conversación. La vieja yegua continuó trotando pesadamente, sin necesidad de que las riendas le indicaran dónde debía girar, y solo cometió el error de intentar detenerse en la sombrerería antes de parar junto a la entrada del señor Edwards. Este vivía en la casa más elegante de la calle y, probablemente, de la ciudad, si para complacer al señor Tomlinson, el banquero, consideramos una mansión campestre la residencia que acababa de construir en las afueras, con hermosos arbustos y una señorial entrada para carruajes. La casa del señor Edwards era más alta que la de la mayoría de sus vecinos y tenía dos ventanas con columnas y cadenas a cada lado de la puerta; una escalinata de piedra conducía a la entrada.

—Ya estamos aquí —señaló Elisabeth, cuando el carruaje se hubo detenido—; hemos llegado sanas y salvas. A juzgar por lo que marca el reloj del mercado, solo hemos tardado treinta y cinco minutos, que es muy poco, aunque para Penélope no sería ninguna hazaña. ¿No te parece una bonita ciudad? Los Edwards tienen una hermosa casa, como puedes ver, y viven con gran lujo. Ya verás cómo un criado con librea y cabellos empolvados^[6] nos abre la puerta.

Emma solo había visto a los Edwards una mañana en Stanton, así que no eran más que unos extraños para ella, y aunque no era indiferente a las diversiones de tan prometedora velada, le inquietaba pensar en las horas que precederían al baile. Asimismo, las palabras de Elisabeth sobre su propia familia la habían llenado de desasosiego, aumentando su turbación al verse forzada a intimar con unas personas a las que apenas conocía.

El recibimiento que le dispensaron la señora y la señorita Edwards no le ayudó a sentirse mejor. La madre, a pesar de su amabilidad, tenía un aire reservado y unos modales demasiado ceremoniosos; y la hija, una elegante joven de veintidós años con bigudíes en los cabellos, parecía haber heredado la altivez de su progenitora. Emma no tardó en averiguar cómo eran, pues Elisabeth se vio obligada a regresar a Stanton, y algún que otro lánguido comentario sobre la probable brillantez del baile fue lo

único que rompió de vez en cuando el silencio durante la media hora que tardó en aparecer el dueño de la casa.

El señor Edwards era mucho más afable y conversador que las mujeres de su familia; acababa de llegar de la calle y venía dispuesto a contar todas las novedades que pudieran interesarles. Después de saludar cordialmente a Emma, se volvió hacia su hija diciendo:

—Pues bien, Mary, te traigo buenas noticias: los Osborne irán al baile esta noche. En el White Hart han recibido el encargo de llevar caballos para dos carruajes al Castillo de Osborne hacia las nueve.

—Me alegro —señaló la señora Edwards—; su presencia dará mayor prestigio a nuestras reuniones. El hecho de que los Osborne acudan al primer baile de la temporada animará a muchas más personas a asistir al segundo. Sin duda es más de lo que merecen, pues no añaden la menor diversión a la velada y suelen llegar los últimos y marcharse los primeros; pero la aristocracia siempre tiene su encanto.

El señor Edwards continuó relatándoles todo lo que había escuchado en su paseo matutino, y charlaron animadamente hasta que la señora Edwards decidió arreglarse, recomendando a las dos jóvenes que no perdieran tiempo. Emma fue conducida hasta un agradable dormitorio y, tan pronto como la señora Edwards la dejó a solas, comenzó uno de los momentos más felices de todo baile. Como era inevitable, las dos muchachas empezaron a conocerse mejor mientras se vestían en dos estancias contiguas. Emma advirtió que la señorita Edwards era una joven sensata, poco pretenciosa y deseosa de agradar, y cuando regresaron al salón donde la señora Edwards las esperaba elegantemente ataviada con uno de los dos trajes de raso que había comprado para el invierno y el nuevo tocado que había encargado en la sombrerería, ambas se sentían mucho más confiadas y alegres.

Llegó así el momento de examinar sus vestimentas. La señora Edwards reconoció ser demasiado anticuada para aprobar las últimas extravagancias de la moda; sin embargo, a pesar de contemplar con satisfacción la belleza de su hija, se limitó a dar el visto bueno sin demasiado entusiasmo; el señor Edwards, no menos orgulloso de Mary, dirigió algunos cumplidos a Emma con jovial galantería. La conversación fue haciéndose cada vez más íntima, y la señorita Edwards preguntó amablemente a su invitada si no la consideraban a menudo muy parecida a su hermano menor. Emma creyó percibir un ligero rubor en el semblante de la joven, pero lo que verdaderamente le sorprendió fue la reacción del señor Edwards.

—Mary, no estás siendo muy cortés con la señorita Emma —añadió, apresuradamente—. El señor Sam Watson es un joven admirable y, en mi opinión, un médico excelente, pero su tez ha estado demasiado expuesta a las inclemencias del tiempo para que resulte halagador parecerse a él.

Mary pidió disculpas, avergonzada. No había considerado incompatible un fuerte parecido con una mayor o menor belleza. Dos rostros podían asemejarse mucho, incluso teniendo una tez y unos rasgos muy diferentes.

—Desconozco el aspecto de mi hermano —dijo Emma—, pues no he vuelto a verlo desde que él tenía siete años. Sin embargo, mi padre asegura que somos casi iguales.

—¿El señor Watson? —exclamó el señor Edwards—. No sabéis cuánto *me* sorprende. No os parecéis en absoluto. Los ojos de vuestro hermano son grises; los vuestros, castaños; él tiene un rostro alargado, su boca es grande... ¿Acaso encuentras alguna semejanza entre ellos, querida?

—Ni la más mínima. La señorita Emma Watson me recuerda mucho a su hermana mayor, aunque a veces hay algo en su aspecto que me hace pensar en la señorita Penélope; en un par de ocasiones he creído ver la mirada de Robert... pero no guarda el menor parecido con Samuel.

—Solo soy capaz de apreciar una gran semejanza entre ella y la señorita Elisabeth —contestó el señor Edwards—. Creo que es el único miembro de su familia al que se parece; en cualquier caso, estoy completamente seguro de que no hay nada en ella que recuerde a Sam.

El asunto quedó así zanjado, y se dirigieron a cenar.

—Vuestro padre, señorita Emma, es uno de mis más viejos amigos —dijo el señor Edwards, sirviéndole una copa de vino mientras se acercaban a la chimenea para tomar el postre—. Bebamos para que mejore su salud. No sabéis cuánto me inquieta verle tan enfermo. No conozco a nadie que disfrute tanto como él jugando a las cartas; y muy pocos son capaces de hacerlo mejor. Es una verdadera lástima que se vea privado de semejante placer. Ahora tenemos un pequeño grupo de *whist* y nos reunimos tres veces por semana en el White Hart; si estuviera sano, cuánto disfrutaría con nosotros.

—Estoy convencida de que lo haría, señor. ¡Ojalá se lo permitiera su salud!

—Vuestro club sería mucho más apropiado para un inválido si no jugaseis hasta tan tarde —añadió la señora Edwards.

Aquel era un viejo motivo de discordia.

—¡Tan tarde! Pero ¿qué estás diciendo, querida? —exclamó su marido con regocijo—. Siempre volvemos a casa antes de la medianoche. Si te oyeran en el Castillo de Osborne se reirían de ti; a esa hora apenas han terminado de cenar.

—Y eso ¿qué importancia tiene? —replicó la dama sin perder la calma—. Los Osborne no deben servirnos de ejemplo. Sería mejor que os reunierais todas las noches y regresarais a casa dos horas antes.

Era un tema que debatían con frecuencia hasta llegar a ese punto, pero tanto el señor como la señora Edwards eran lo suficientemente prudentes para no seguir insistiendo; así pues, comenzaron a hablar de otras cosas. Los largos años que el señor Edwards llevaba viviendo en aquella tranquila ciudad le habían aficionado a los chismes y, como sentía curiosidad por conocer más detalles sobre su joven invitada, comentó:

—Creo recordar muy bien a vuestra tía hace treinta años, señorita Emma. Tengo

la certeza de haber bailado con ella en los viejos salones de Bath^[7], un año antes de casarme. Entonces era una mujer muy hermosa, pero supongo que desde entonces habrá envejecido algo, como el resto de nosotros. Espero que sea feliz en su segundo matrimonio.

—¡Ojalá tengáis razón! —dijo Emma con un cierto nerviosismo.

—El señor Turner no murió hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Hace alrededor de dos años.

—He olvidado el nombre que lleva ahora vuestra tía.

—O'Brien.

—¡Un apellido irlandés! Ah, sí..., ahora recuerdo. Y se ha instalado en Irlanda. No me extraña nada que no quisierais acompañarla a semejante país, señorita Emma; aunque ha debido de ser muy doloroso para ella verse privada de vuestra compañía. ¡Pobrecilla! Después de haberos criado como si fuerais su propia hija...

—No fui tan desagradecida como para no desear quedarme con ella —exclamó Emma con vehemencia—. Más bien no se ajustaba a sus planes; el capitán O'Brien no quería que viviese con ellos.

—¡Un capitán! —repitió la señora Edwards—. Eso significa que está en el ejército, ¿no?

—Así es, señora.

—En efecto; nadie conquista a las damas, jóvenes o viejas, como nuestros oficiales. Ya sabes que no hay quien se resista a los uniformes, querida.

—Espero que no siempre sea así —repuso la señora Edwards gravemente, al tiempo que lanzaba una rápida mirada a su hija.

Emma, que para entonces había logrado serenarse, advirtió un cierto rubor en las mejillas de la señorita Edwards; y al recordar lo que Elisabeth le había contado del capitán Hunter, comenzó a preguntarse quién sería el joven que gozaba de su favor, el oficial o su hermano Sam.

—Las damas de cierta edad deberían ser muy cuidadosas a la hora de elegir a su segundo marido —observó el señor Edwards.

—No creo que la prudencia y la discreción deban ser un privilegio de las damas maduras o de los segundos matrimonios —añadió su mujer—. Resultan igualmente necesarias para las jóvenes en su primera elección.

—Yo diría que incluso más, querida —contestó el señor Edwards—, pues es muy probable que tengan que soportar las consecuencias durante más tiempo. Cuando una anciana comete una locura, el mismo curso de la naturaleza le impide sufrir muchos años a causa de ella.

Emma pareció enjugarse una lágrima y la señora Edwards, al percibirlo, se apresuró a hablar de algo que resultara menos doloroso para todos.

Teniendo como única ocupación esperar el momento de salir hacia el baile, las horas pasaron muy lentamente para las dos muchachas; y aunque a la señorita Edwards le incomodaba que su madre decidiera llegar tan temprano, lo cierto es que

aguardaba ese instante con impaciencia. Cuando les sirvieron un refrigerio a las siete de la tarde, se sintieron aliviadas; afortunadamente, el señor y la señora Edwards acostumbraban a tomar un plato adicional y un panecillo extra cuando iban a pasar la velada fuera de casa, lo que prolongó la ceremonia del té hasta casi la hora de marcharse. Un poco antes de las ocho oyeron pasar el carruaje de los Tomlinson, momento en el que invariablemente la señora Edwards ordenaba llevar el suyo a la entrada; el grupo no tardó en ser así conducido desde la tranquila quietud de un acogedor y caldeado salón hasta el bullicio, el ruido y las corrientes de aire que se formaban en el amplio pasaje de entrada a la posada.

La señora Edwards, después de abrigarse con esmero y mostrar aún mayor solicitud por cubrir los hombros y la garganta de las dos jóvenes que tenía a su cuidado, subió los anchos peldaños de acceso, mientras las primeras notas de un violín bendecían los oídos de sus seguidores. Cuando la señorita Edwards tuvo el atrevimiento de preguntar si había llegado mucha gente, un criado le respondió lo que ya sabía con antelación: que la familia Tomlinson se encontraba allí. Al atravesar el pequeño corredor que conducía al salón de baile —bellamente iluminado ante ellos—, un joven ataviado con un traje y unas botas de paseo se dirigió a los recién llegados; parecía estar junto a la puerta de entrada de uno de los dormitorios con el único fin de verlos pasar.

—¡Ah! ¿Cómo estáis, señora Edwards? Buenas noches, señorita Edwards —exclamó con aire desenvuelto—. Veo que estáis decididas a llegar a tiempo, como de costumbre. Acaban de encender las velas.

—Ya sabéis que me gusta conseguir un buen lugar junto a la chimenea, señor Musgrave —repuso la señora Edwards.

—Iré a vestirme ahora —añadió el joven—. Estoy esperando a mi necio ayudante. Sin duda, disfrutaremos de un baile magnífico, los Osborne tienen la intención de asistir; podéis tener la certeza de ello, pues he estado con lord Osborne esta misma mañana.

El grupo continuó su camino; la señora Edwards, arrastrando su vestido de raso por el impecable suelo del salón de baile, se encaminó hacia la chimenea, al fondo de la estancia, donde una familia se hallaba formalmente sentada, mientras dos o tres oficiales entraban y salían juntos de la sala de juego contigua. Los vecinos se saludaron ceremoniosamente y, tan pronto como estuvieron acomodados, Emma, hablando entre susurros, tal como exigía la situación, preguntó a la señorita Edwards:

—El caballero con el que nos hemos cruzado en el pasillo era el señor Musgrave, ¿verdad? Tengo entendido que todo el mundo le encuentra sumamente agradable...

—Sí —respondió su amiga—, hay mucha gente que le aprecia; pero nosotros apenas lo tratamos.

—Es un joven bastante rico, ¿no?

—Creo que tiene una renta de ochocientas o novecientas libras anuales. Heredó su fortuna siendo casi un niño, y mis padres piensan que eso estropeó su carácter. Lo

cierto es que no sienten la menor estima por él.

La estancia pronto dejó de parecer desierta y fría, y las señoras no tardaron en abandonar su aire recatado; se oía el sugerente ruido de otros carruajes, y entraban continuamente en la sala corpulentas señoras de compañía e hileras de jóvenes muchachas ataviadas con elegancia, seguidas de vez en cuando por algún caballero rezagado, que si no estaba suficientemente enamorado para situarse cerca de una hermosa criatura, parecía feliz de escapar a la sala de juego. Entre el creciente número de oficiales, uno de ellos se abrió paso hasta la señorita Edwards con un aire de *empresément*^[8] que hizo comprender a Emma que se trataba del capitán Hunter; la joven advirtió un cierto nerviosismo en su amiga, aunque no le pareció en modo alguno disgustada, y después de escuchar cómo se comprometía para los dos primeros bailes, no pudo sino considerar desesperado el caso de su hermano Sam.

Entretanto, Emma no había pasado desapercibida y estaba siendo muy admirada. Un nuevo rostro, y además muy hermoso, no podía ser ignorado; su nombre circulaba de boca en boca, y tan pronto como se dio la señal para que la orquesta atacara la primera danza —lo que pareció convocar a los jóvenes para que cumplieran con su deber y se colocaran en el centro de la sala—, se encontró bailando con un oficial amigo del capitán Hunter. Emma Watson era de estatura media, de armoniosas proporciones sin ser delgada, y con un aspecto saludable. Su tez era morena, pero tersa, suave y luminosa; sus ojos alegres, su dulce sonrisa y su rostro lleno de sinceridad la convertían en una joven muy atractiva, si bien poseía una de esas bellezas que aumentan con el trato. Al no hallar nada que pudiera disgustarle en su pareja, la velada comenzó muy agradablemente para ella; y sus sentimientos parecieron coincidir con la observación que tanto había escuchado repetir a los demás: se trataba de un baile excelente.

Antes de que las dos primeras piezas terminaran, un ruido de carruajes atrajo la atención general y múltiples voces repitieron: «¡Ahí llegan los Osborne, ahí llegan los Osborne!». Tras unos minutos de enorme revuelo en el exterior y atenta curiosidad en el interior, el importante grupo, precedido por el atento posadero para abrirles una puerta que nunca estaba cerrada, hizo su aparición; estaba compuesto por lady Osborne, su hijo lord Osborne, su hija la señorita Osborne, la señorita Carr, amiga de esta última; el señor Howard, antiguo preceptor de lord Osborne y actual clérigo de la parroquia donde se encontraba el castillo de la familia; la señora Blake, la hermana viuda que vivía con él, el hijo de esta, un hermoso niño de diez años de edad, y Tom Musgrave, quien probablemente llevaba la última media hora encerrado en su dormitorio, escuchando impaciente la música. Mientras atravesaban la sala, se detuvieron detrás de Emma para recibir los saludos de ciertas amistades y la joven escuchó a lady Osborne explicar que se habían sentido en la obligación de llegar tan temprano para satisfacer los deseos del pequeño de la señora Blake, que disfrutaba enormemente bailando. Emma los contempló a su paso, observando con especial interés a Tom Musgrave, que sin duda era un joven muy apuesto. Lady Osborne era

con diferencia la más elegante de las damas; a pesar de que tenía casi cincuenta años, seguía siendo muy hermosa y hacía gala de una dignidad propia de su rango.

Lord Osborne era un joven muy distinguido; pero se percibía en él una reserva, una indiferencia, cierta incomodidad, que evidenciaban que en aquel salón de baile no estaba en su elemento. En realidad solo había decidido asistir para complacer a la comunidad, pues no le gustaba la compañía de las mujeres y jamás bailaba. El señor Howard era un hombre de aspecto agradable de treinta y pocos años.

Al finalizar los dos primeros bailes, Emma se encontró, sin saber cómo, sentada entre los Osborne y sus amigos; no tardó en llamar su atención el hermoso rostro y los expresivos gestos del niño, mientras preguntaba a su madre cuándo empezarían a bailar.

—No os sorprendería la impaciencia de Charles si conocierais el nombre de su pareja —dijo la señora Blake, una simpática y menuda mujer de treinta y cinco o treinta y seis años, a una dama que estaba junto a ella—. La señorita Osborne ha tenido la amabilidad de reservarle los dos primeros bailes.

—¡Oh, sí! ¡Me lo ha prometido esta semana! —exclamó el niño—. Y pasaremos entre todas las parejas...

Al otro lado de Emma, la señorita Osborne, la señorita Carr y un grupo de jóvenes caballeros conversaban con animación; no tardó en ver al oficial más apuesto del grupo dirigirse hacia la orquesta para solicitar un baile, al tiempo que la señorita Osborne, pasando por delante de ella, le decía apresuradamente a su pequeño y expectante amigo:

—Charles, te ruego que me disculpes por romper mi promesa, pero bailaré las dos primeras piezas con el coronel Beresford. Sé que me perdonarás, y ten la certeza de que bailaré contigo después del té.

Sin detenerse a escuchar la respuesta, se volvió de nuevo hacia la señorita Carr y, cuando apenas había transcurrido un minuto, el coronel Beresford la invitó a abrir el baile. Si el rostro radiante de felicidad del pequeño había llamado la atención de Emma, lo cierto es que se sintió infinitamente más interesada por el niño al ser testigo de su repentina contrariedad; era la viva imagen de la decepción: sonrojadas las mejillas, temblorosos los labios y clavada en el suelo la mirada. La señora Blake, ahogando su propia mortificación, intentaba calmar el sufrimiento su hijo recordándole la segunda promesa de la señorita Osborne; pero aunque el pequeño tuvo el coraje de pronunciar con gran esfuerzo: «¡Oh, no me importa!», el temblor de sus facciones evidenció su disgusto. Emma no se detuvo a pensar o a reflexionar; sintió el dolor del niño y actuó en consecuencia.

—Me alegraría enormemente bailar con vos, señor, si así lo deseáis —dijo ella, ofreciéndole su mano con naturalidad y buen humor.

En un instante, el pequeño recuperó su inicial alegría; miró regocijado a su madre y, dando un paso hacia adelante mientras contestaba «gracias, señora», se apresuró a atender a su nueva amiga. El agradecimiento de la señora Blake fue aún más efusivo;

la expresión de sus ojos reflejó el placer y la gratitud que sentía, y se volvió hacia Emma dándole repetidas y fervientes muestras de reconocimiento por dignarse bailar con su hijo. La joven le aseguró que su satisfacción no era menor que la del niño, y en cuanto Charles recibió sus guantes y el consejo de llevarlos puestos, se unieron al grupo que estaba formándose rápidamente, casi con idéntica complacencia.

Era una pareja que no podía pasar desapercibida. La señorita Osborne y la señorita Carr lanzaron una mirada a Emma al cruzarse con ella.

—A fe mía que eres un hombre afortunado, Charles —exclamó la primera volviéndose hacia él—. Tienes una pareja más hermosa que yo.

—Así es —respondió el niño, complacido.

Tom Musgrave, que estaba bailando con la señorita Carr, la contempló con curiosidad; y el mismo lord Osborne no tardó en acercarse a Charles y, simulando conversar con él, observó detenidamente a su pareja. Aunque sintió cierta turbación al verse así examinada, Emma no se arrepentía de su decisión, recordando la felicidad que había procurado tanto al chiquillo como a su madre; esta última se dirigía continuamente a ella dando muestras de la mayor cortesía.

Descubrió que su pequeño acompañante, a pesar de concentrar todos sus esfuerzos en el baile, estaba deseoso de atender a sus comentarios y preguntas; se enteró así de que tenía dos hermanos y una hermana, que vivían todos juntos con su tío en Wickstead y que este le enseñaba latín, que le encantaba montar a caballo y que lord Osborne le había regalado un hermoso ejemplar; asimismo, se enorgulleció de haber salido ya en una ocasión a cazar con la jauría de perros del castillo.

Al finalizar las dos danzas, Emma se percató de que había llegado la hora del refrigerio. La señora Edwards le hizo una indicación para que no se alejara de ella, como si deseara trasladarse al salón de té con las dos jóvenes; así pues, Emma se mantuvo alerta con el fin de conseguir un lugar apropiado. A los asistentes siempre les divertía armar algo de bullicio y aglomerarse alrededor de la puerta cuando debían pasar donde se servía el té, una pequeña estancia al fondo de la sala de naipes; al dirigirse allí, teniendo que pasar por entre las apretadas mesas de juego, la señora Edwards y sus acompañantes se vieron obligadas a detenerse durante unos instantes. Ello ocurrió muy cerca de la mesa de *cassino*^[9] de lady Osborne; el señor Howard, que pertenecía al grupo, estaba conversando con su sobrino y Emma, al darse cuenta de que su presencia había llamado la atención tanto de lady Osborne como de este, logró desviar a tiempo su mirada para que no creyeran que había escuchado al niño gritar alborozado: «¡Mirad a mi pareja de baile, tío! ¡Es tan bonita!». Al ponerse nuevamente en marcha, Charles fue apremiado a seguir hacia adelante antes de obtener una respuesta de su tío.

Cuando entraron en el salón de té, donde habían dispuesto dos largas mesas, Emma pudo ver a lord Osborne sentado solo en el extremo de una de ellas, como si deseara alejarse lo más posible del baile para disfrutar de sus pensamientos y bostezar a su antojo. Charles se apresuró a señalar en su dirección, mientras le decía a Emma:

—Allí está lord Osborne. Vamos a sentarnos con él.

—No, no —respondió Emma riendo—; sois vos quien debéis sentaros con mis amigos.

—¿Qué hora es? —se atrevió a preguntar a la joven, ya que había dejado de sentirse cohibido ante su presencia.

—Las once.

—¿Las once? Pues no tengo el menor sueño. Mamá dijo que me quedaría dormido antes de las diez. ¿Creéis que la señorita Osborne mantendrá su palabra y bailará conmigo después del té?

—Supongo que sí —contestó Emma, pensando que lo haría aunque solo fuera porque había roto antes su promesa.

—¿Cuándo vendréis al Castillo de Osborne?

—Probablemente nunca. No soy amiga de la familia.

—Pero debéis venir a Wickstead y ver a mi madre; ella podrá llevaros de visita al castillo. Allí hay un enorme zorro disecado y un tejón... Parecen estar vivos. Es una lástima que no los veáis.

Al terminar el té se organizó nuevamente un cierto revuelo, pues todos parecían querer salir del salón los primeros; el hecho de que más de un grupo de jugadores de cartas se hubiera levantado al mismo tiempo y caminara en dirección contraria aumentó la confusión. Entre ellos estaba el señor Howard, llevando del brazo a su hermana; al encontrarse a la altura de Emma, la señora Blake trató de llamar su atención con una amistosa palmada.

—Vuestra amabilidad con Charles, mi querida señorita Watson, hace que toda su familia esté en deuda con vos —exclamó—. Permitidme que os presente a mi hermano, el señor Howard.

Emma hizo una reverencia y el caballero, después de una ligera inclinación de cabeza, pidió apresuradamente a la joven que le concediera los dos siguientes bailes; ella aceptó con idéntica prontitud, antes de que ambos se vieran obligados a continuar circulando en direcciones opuestas. Emma se sintió muy dichosa con la situación; el señor Howard parecía todo un caballero y su aire risueño agradaba a la joven. Pocos minutos después, su compromiso cobró aún mayor importancia, pues mientras estaba en la sala de juego, semiescondida tras una puerta, escuchó a lord Osborne, sentado en una mesa cercana, llamar a Tom Musgrave y decir:

—¿Por qué no bailáis con la hermosa Emma Watson? Deseo que lo hagáis, y yo me levantaré y permaneceré en pie a vuestro lado.

—Me disponía a hacerlo en este momento, milord; la saludaré en seguida y bailaré con ella.

—Sí, os lo ruego; y si no resulta demasiado habladora, podéis presentármela más tarde.

—Muy bien, milord. Pero si se parece a sus hermanas, solo querrá que la escuchen. Ahora mismo voy; debe de continuar en el salón de té. Esa vieja y estirada

señora Edwards se eterniza tomándolo.

Y allá se fue, seguido de lord Osborne, por lo que Emma se apresuró a salir de su rincón y a alejarse en la dirección opuesta, olvidando con las prisas que dejaba atrás a la señora Edwards.

—Hemos estado a punto de perderos —dijo esta, cuando se reunió con ella cinco minutos después acompañada de su hija Mary—. No hay motivo para que no estéis aquí si preferís esta sala, pero sería aconsejable que no nos separáramos.

Emma no tuvo que molestarse en pedir disculpas gracias a la llegada de Tom Musgrave quien, solicitando en voz alta a la señora Edwards que le hiciera el honor de presentarle a la señorita Emma Watson, no dejó la menor elección a la buena señora, que solo pudo demostrar su desagrado haciendo gala de la mayor frialdad. El joven se apresuró a pedir a Emma que bailara con él, pero esta, por muy grande que fuera su satisfacción al ver que tanto los lores como los plebeyos la consideraban una muchacha de gran hermosura, estaba tan poco predispuesta a favor de Tom Musgrave, que se alegró enormemente de darle a conocer su compromiso.

El joven no pudo disimular su sorpresa y su decepción; es probable que la anterior pareja de Emma le hubiera hecho pensar que no era una muchacha demasiado solicitada.

—Mi pequeño amigo Charles Blake —señaló— no puede pretender acapararos durante toda la noche. Sería inadmisibile; iría en contra de las normas de esta reunión. Además, tengo el convencimiento de que la señora Edwards, vuestra buena amiga, no lo aprobaría; sabe demasiado sobre el decoro para permitirnos semejante capricho.

—No voy a bailar con el señor Blake, caballero.

Tom Musgrave, algo desconcertado, se limitó a desear tener mejor suerte en otra ocasión y pareció resistirse a abandonar a Emma, a pesar de que, tal como advirtió la joven con regocijo, lord Osborne esperaba en la puerta el resultado de su misión. Comenzó así a interrogarla cortésmente por su familia.

—¿Por qué no tenemos el placer de ver esta noche a vuestras hermanas? Siempre han frecuentado con tanto agrado nuestras reuniones que no sabemos cómo interpretar su abandono.

—Elisabeth es la única que se encuentra en casa y debía quedarse con mi padre.

—¿Solo está en casa la señorita Watson? ¡Me deja estupefacto! Creía haber visto a las tres en la ciudad hace un par de días. Sin embargo, me temo que últimamente no he sido demasiado buen vecino. Dondequiera que vaya, no hago más que escuchar quejas sobre mi negligencia, y os confieso que me avergüenza pensar el tiempo que llevo sin aparecer por Stanton; pero ahora estoy decidido a reparar mi error.

Emma respondió al joven con una fría reverencia que llenó a este de sorpresa, pues no se parecía en nada al caluroso recibimiento que siempre le dispensaban sus hermanas; es probable que le hiciera dudar por primera vez de su encanto y desear que ella mostrara más interés por su persona. La música volvió a comenzar y la señorita Carr, impaciente, invitó a todos a ponerse en pie. Cuando el señor Howard

sacó a bailar a Emma, Tom Musgrave vio satisfecha su curiosidad.

—Servirá igualmente a mis propósitos —señaló lord Osborne al conocer la noticia de labios de su amigo.

Y no se separó de su antiguo preceptor mientras duraron los dos bailes. Su continua presencia fue lo único desagradable para Emma, la única objeción que pudo hacer al señor Howard. Lo cierto es que encontró a este tan agradable como parecía; a pesar de conversar sobre los tópicos más comunes, se expresaba con una sensatez y una sinceridad que hacían interesante cuanto decía, y lo único que Emma lamentó es que no hubiera sido capaz de inculcar en su alumno unos modales tan intachables como los suyos.

Los dos bailes parecieron muy breves, tanto para Emma como para su pareja. Cuando terminaron, los Osborne y su cortejo decidieron marcharse.

—¡Al fin nos vamos! —dijo lord Osborne a Tom—. ¿Hasta cuándo os quedáis en este divino lugar? ¿Hasta el amanecer?

—De ningún modo, milord. Ya he tenido suficiente. Os aseguro que no volverán a verme por aquí después de que haya tenido el honor de acompañar a lady Osborne hasta su carruaje. Me retiraré discretamente al lugar más recóndito de la posada, donde me pondré cómodo y pediré unas ostras.

—Espero veros pronto por el castillo; no dejéis de decirme qué aspecto tiene esa hermosa joven a la luz del día.

Emma y la señora Blake se despidieron como dos viejas amigas, y Charles, estrechando su mano, le dijo al menos doce veces adiós. La señorita Osborne y la señorita Carr le hicieron una rápida reverencia al pasar a su lado, e incluso lady Osborne le dedicó una mirada de aprobación. Cuando todos hubieron salido, su hijo regresó a la estancia y, rogándole «que le disculpara», comenzó a buscar detrás de ella, en el asiento de la ventana, los guantes que era fácil adivinar conservaba en su mano.

Puesto que Tom Musgrave no volvió a aparecer por allí, debemos suponer que llevó adelante su plan; y podemos imaginarlo sufriendo ante sus ostras, solo y aburrido, o ayudando alegremente a la posadera a fabricar *negus*^[10] para los felices bailarines del piso superior. Emma no pudo evitar echar de menos al grupo que tanto la había distinguido, si bien es cierto que no siempre le había resultado agradable, y los dos bailes que siguieron antes de que la velada llegara a su fin le parecieron bastante aburridos en comparación con los anteriores. Fueron casi los últimos en marcharse, pues el señor Edwards había tenido suerte con las cartas.

—¡Aquí estamos de nuevo! —exclamó Emma con tristeza mientras entraba en el comedor de sus amigos; la mesa había sido preparada y una criada impecablemente vestida encendía las velas—. Mi querida señorita Edwards, ¡qué pronto ha terminado! ¡Ojalá todo comenzara otra vez!

No hay duda de que había disfrutado enormemente de la velada; y el señor Edwards se mostró tan entusiasmado como ella, alabando el esplendor y la animación

de la fiesta, aunque resulte difícil comprender cómo pudo percibirlo, pues no se había levantado de la misma mesa en el mismo rincón, si exceptuamos una ocasión en que lo hizo para cambiar de silla. Pero había ganado cuatro de los cinco juegos, y todo había transcurrido de forma muy placentera. Mientras tomaban una deliciosa sopa antes de acostarse, los comentarios del señor Edwards hicieron ver a su hija que este se hallaba de un humor excelente.

—¿Por qué no bailaste con ninguno de los jóvenes Tomlinson, Mary? —preguntó su madre.

—Ya estaba comprometida cuando me lo pidieron.

—Pensé que reservarías los dos últimos bailes para el señor James; la señora Tomlinson me dijo que él te lo había pedido, y yo creí haberte escuchado decir dos minutos antes que estabas libre.

—Sí, pero todo se debió a un error. No había comprendido bien al capitán Hunter. Al parecer, eran precisamente esos bailes los que le había prometido.

—Así que tu última pareja fue el capitán Hunter, ¿no es así, Mary? —preguntó su padre—. ¿Y cuál fue la primera?

—El capitán Hunter —repitió ella con timidez.

—¡Vaya! Eso sí que es ser constante. ¿Y con quién más has bailado?

—Con el señor Norton y el señor Styles.

—¿Quiénes son?

—El señor Norton es un primo del capitán Hunter.

—¿Y el señor Styles?

—Uno de sus mejores amigos.

—Todos pertenecen al mismo regimiento —añadió la señora Edwards—. Mary ha estado rodeada de casacas rojas durante toda la noche. Confieso que hubiera preferido verla bailar con alguno de nuestros vecinos.

—Es cierto que no debemos descuidar a nuestros viejos conocidos, pero, si esos soldados son más rápidos, ¿qué otra cosa pueden hacer las jovencitas?

—No creo que debieran comprometerse con tanta antelación, señor Edwards.

—Tal vez no, querida; pero recuerdo cuando nosotros dos hacíamos lo mismo...

La señora Edwards guardó silencio y Mary volvió a respirar tranquila. Continuaron cenando entre alegres bromas, y Emma se acostó feliz con la cabeza llena de Osbornes, Blakes y Howards.

Al día siguiente, las visitas fueron muy numerosas. Era costumbre en el lugar presentarse en casa de la señora Edwards la mañana después del baile, y en aquella ocasión era tanta la curiosidad que todos sentían por conocer a Emma, la joven que había ganado la admiración de lord Osborne, que pareció haber más visitantes que nunca.

Fueron muchos los ojos que la examinaron y muy variados los grados de aprobación. Unos no vieron el menor defecto en ella y otros comentaron su falta de belleza. Para algunos, su tez morena estropeaba todo su encanto y para otros, no era

ni la mitad de hermosa que Elisabeth Watson diez años atrás. La mañana transcurrió apaciblemente mientras comentaban el éxito de la velada con las continuas visitas, y Emma se sorprendió al comprobar que eran las dos en punto y su padre no había enviado a buscarla. Después de dirigirse un par de veces hacia la ventana con el fin de mirar la calle, en el momento en que se disponía a solicitar permiso para llamar a un criado y averiguar qué podía ocurrir, el lejano ruido de un carruaje la tranquilizó. Se acercó nuevamente a la ventana, pero en vez de divisar el cómodo aunque modesto vehículo familiar, advirtió la llegada de una elegante calesa. El señor Musgrave no tardó en ser anunciado, y la señora Edwards lo recibió con enorme frialdad. Sin desanimarse en absoluto por el aire displicente de su anfitriona, presentó sus respetos a cada una de las damas y entregó a Emma una carta de su hermana, afirmando tener algo que añadir a las palabras de Elisabeth.

La nota, que Emma comenzó a leer *antes* de que la señora Edwards la invitara cortésmente a hacerlo, le hacía saber que su padre, al encontrarse inusualmente bien, había decidido de improviso visitar a unos amigos; y su camino estaba tan alejado de R., que Emma no podría regresar a casa hasta la mañana siguiente, a menos que los Edwards la llevaran —lo que era bastante improbable—, o encontrara otro medio de transporte, o no le importara hacer tan larga distancia a pie.

Apenas había tenido tiempo de leer las palabras de su hermana, cuando se vio obligada a escuchar lo que Tom Musgrave deseaba proponerle al respecto.

—La señorita Watson me entregó con sus lindas manos ese mensaje hace tan solo diez minutos —afirmó—. Me encontré con ella en Stanton, donde mi buena estrella me impulsó a dirigir los caballos. En aquellos momentos, vuestra hermana estaba buscando a alguien que os trajera su escrito, y tuve la fortuna de convencerla de que no encontraría un mensajero mejor dispuesto y más veloz que yo. Pero no creáis que he actuado de forma desinteresada; como premio a mis servicios, debéis tener la bondad de dejarme llevaros a Stanton en mi carruaje. A pesar de no haberlo especificado por escrito, vuestra hermana ha ordenado que aceptéis.

A Emma le dio un vuelco el corazón: no le gustaba la proposición, ni quería verse obligada a trabar amistad con aquel joven; pero temía abusar de la amabilidad de los Edwards y deseaba tanto volver a casa, que no sabía hasta qué punto debía declinar su ofrecimiento. La señora Edwards continuó en silencio; quizá no comprendiera bien la situación, aunque también es posible que sintiera curiosidad por conocer la respuesta de la joven. Emma dio las gracias a Tom Musgrave, pero mostró su deseo de no ocasionarle la menor molestia. El joven insistió en que sería un honor, un placer, una satisfacción, pues ¿qué otra cosa mejor podían hacer él y sus caballos? Emma dudaba; sin embargo, rogó que la disculpara por rechazar su ofrecimiento, «pues tenía bastante miedo a esa clase de carruajes». La distancia no era tan grande para no poder ir caminando. La señora Edwards pareció recuperar el habla y, después de preguntar una serie de detalles, exclamó:

—Será para nosotros un verdadero placer contar un día más con vuestra

compañía, señorita Emma; pero si preferís regresar a Stanton, tenéis el carruaje a vuestro servicio, y Mary estará encantada de visitar a vuestra hermana mayor.

Aquello era precisamente lo que Emma había deseado escuchar y aceptó la oferta agradecida, reconociendo que le gustaría cenar en casa, puesto que Elisabeth estaba sola. Pero su visitante se negó a aceptar semejante plan.

—De ningún modo puedo tolerarlo. No debéis privarme del placer de escoltaros. Mis caballos son muy seguros; podéis guiarlos vos misma. *Vuestras hermanas* saben lo tranquilos que son y confían ciegamente en mí, incluso cuando participamos en una carrera. Creedme —añadió bajando la voz—, estáis a salvo conmigo; soy yo el único que corre peligro en vuestra compañía.

Emma no se sintió más inclinada a aceptar su oferta por ello.

—En cuanto al carruaje de la señora Edwards, sería la primera vez que saliera a la calle el día después de un baile, os lo aseguro. El viejo cochero se pondrá furioso. ¿No lo creéis así, señorita Edwards?

Nadie pareció prestarle atención. Las damas guardaron un firme silencio, y el caballero se vio obligado a rendirse.

—¡Qué magnífico resultó el baile de ayer! —exclamó, tras una breve pausa—. ¿Duró mucho tiempo más desde que los Osborne y yo nos fuimos?

—Tocaron otras dos danzas.

—Es demasiado fatigoso quedarse hasta tan tarde. Supongo que seríais un grupo muy reducido.

—Por el contrario; solo faltaban los Osborne. Apenas había espacio para moverse, y todo el mundo bailó con gran animación hasta el final.

Fue Emma quien dijo esas palabras, a pesar de que iban en contra de su conciencia.

—¿De veras? Quizá debiera haber vuelto; de haberlo sabido... Lo cierto es que me agrada más bailar que no hacerlo. La señorita Osborne es una joven fascinante, ¿no lo creéis así?

—Yo no la considero hermosa —repuso Emma, pues Tom Musgrave parecía dirigirse principalmente a ella.

—Tal vez no sea una verdadera belleza, pero sus modales son encantadores. Y Fanny Carr es una criatura llena de atractivo. Es imposible imaginar a alguien más *naïve* y *piquante*. ¿Y qué opináis vos de *lord Osborne*, señorita Watson?

—Que seguiría siendo muy apuesto aunque *no* fuera lord, pero quizá se comportara entonces con más educación, e hiciera algún esfuerzo por agradar y divertirse.

—¡A fe mía que sois severa con él! Puedo aseguraros que lord Osborne es un buen muchacho.

—No discuto sus virtudes, pero detesto su aire displicente.

—Si no temiera con ello abusar de su confianza —contestó Tom, dándose importancia—, quizá pudiera mejorar vuestra opinión sobre el pobre Osborne.

Ante la indiferencia de Emma, el joven se vio obligado a guardar el secreto de su amigo. Asimismo, comprendió que había llegado el momento de despedirse, pues la señora Edwards había ordenado traer el carruaje y Emma debía preparar su marcha. La señorita Edwards la acompañó a Stanton, mas no permaneció allí más que unos minutos, pues era la hora en que los Watson acostumbraban a cenar.

—Y, ahora, mi querida Emma —dijo la señorita Watson, tan pronto como estuvieron a solas—, tienes el resto del día para contarme todos los detalles; si dejas de hablar, me enfadaré. Pero primero dejemos que Nanny nos traiga un refrigerio. ¡Pobrecilla! No será como el que tomaste ayer, pues solo tenemos un poco de carne. ¡Cuánto le favorece a Mary Edwards su nuevo abrigo de piel! Y, ahora, dime ¿qué te ha parecido su familia? ¿Qué debo contarle a Sam? Ya he empezado mi carta, y Jack Stokes vendrá a recogerla mañana, pues su tío pasará muy cerca de Guildford al día siguiente.

Nanny trajo la cena.

—Nos serviremos nosotras mismas —señaló Elisabeth—; así no perderemos más tiempo. De modo que no quisiste venir a casa con Tom Musgrave...

—No. Me hablaste tan mal de él, que no tuve el menor deseo de hacerlo; no quería tener que agradecerle nada, ni trabar amistad con él, algo a lo que me habría visto obligada de haber ido en su carruaje. Tampoco me hubiera agradado ser vista en su compañía.

—Hiciste lo más correcto, aunque me sorprende que hayas podido mostrarte tan comedida; sinceramente, no creo que yo hubiera sido capaz de negarme. Parecía tan deseoso de recogerte, que no pude decirle que no; y conociendo tan bien sus artimañas, no sabes cuánto me contrariaba dejarte venir a solas con él. Pero tenía tantas ganas de verte, que me pareció un buen modo de conseguir que volvieras a casa. Además, no sirve de nada ser muy amable. Nadie hubiera creído posible que los Edwards os dejaran su carruaje, después de lo tarde que sus caballos volvieron a las cuadras. Pero ¿qué debo contarle a Sam?

—Por lo que he visto, no debes animarle a pensar en la señorita Edwards. El padre está decididamente en contra de nuestro hermano, la madre parece ignorarlo y dudo que Mary se sienta atraída por él. Bailó en dos ocasiones con el capitán Hunter, y creo que muestra hacia él todo el interés que su carácter y las circunstancias le permiten. Mencionó a Sam en una ocasión, y es cierto que lo hizo con cierto embarazo, pero quizá se debiera únicamente al hecho de que conoce su amor, ya que es muy probable que esto haya llegado a sus oídos.

—¡Oh, sí, querida! ¡Claro que lo sabe! Se lo hemos dicho en más de una ocasión. ¡Pobre Sam! Es tan poco afortunado como otros muchos. Mi pasado me impide sentir indiferencia ante aquellos que son desgraciados en el amor... Pero, ahora, cuéntame todo lo ocurrido.

Emma obedeció a su hermana y Elisabeth la escuchó sin interrumpirla apenas, hasta que tuvo conocimiento de que el señor Howard había sido su pareja.

—¿Has bailado con el señor Howard? ¡Santo cielo! ¡No puede ser cierto! Si es uno de los grandes señores. ¿No te pareció muy estirado?

—Me siento mucho más cómoda con él que con Tom Musgrave.

—Bueno, bueno, sigue... Me hubiera dado terror tener algo que ver con el grupo de los Osborne.

Emma terminó su narración.

—¿Así que no bailaste con Tom Musgrave? Pero debe de haberte gustado, debe de haberte causado una buena impresión.

—No me interesa en absoluto, Elisabeth. Reconozco que puede ser una buena persona y que tanto sus modales como sus palabras son bastante agradables. Pero no veo nada más en él que pueda despertar mi admiración. Por el contrario, me resulta fatuo y vanidoso; su afán por parecer distinguido es absurdo, y los medios que utiliza para conseguirlo, despreciables. Hay algo ridículo en él que me divierte, pero su compañía no me produce ninguna otra emoción agradable.

—¡Queridísima Emma! ¡Eres única! Es una suerte que Margaret no esté aquí. Tus palabras no *me* ofenden, aunque no sé si creerte; pero Margaret jamás podría perdonarte.

—Me gustaría que nuestra hermana le hubiera escuchado decir que ignoraba su ausencia de Stanton; según afirmó, solo parecían haber transcurrido dos días desde su último encuentro.

—Sí, es algo típico de él; y, sin embargo, es el hombre que Margaret imagina desesperadamente enamorado de ella. Como bien sabes, Emma, no le tengo demasiado aprecio; pero deberías reconocer que es muy simpático. ¿Podrías poner la mano sobre el corazón y negarlo?

—Por supuesto que sí, y no solo una sino las dos manos y además extendidas...

—Me gustaría saber qué hombre te resulta agradable.

—Su nombre es Howard.

—¡Howard! ¡Dios mío! Solo puedo imaginarlo jugando a las cartas con lady Osborne y comportándose con altanería. Reconozco, sin embargo, que es un alivio para mí oírte hablar así de Tom Musgrave; me equivoqué al pensar que te sentirías atraída por él. Hablabas con tanta convicción antes de conocerlo, que temí que tu soberbia fuera castigada. Solo espero que no cambies y que Tom Musgrave no se empeñe en colmarte de atenciones; es muy difícil para una mujer resistirse a los halagos de un hombre cuando este toma la decisión de agradarle.

Al terminar su tranquila y sencilla cena, la señorita Watson celebró lo agradable que había resultado.

—Es tan placentero para mí que todo transcurra en armonía y con buen humor —añadió—. Nadie puede imaginar cuánto detesto las disputas. A pesar de que solo hemos cenado un poco de carne, ¡qué delicioso ha resultado! ¡Ojalá todo el mundo fuera tan fácil de contentar como tú! Pero Margaret es muy irritable, y Penélope reconoce que prefiere pelearse a no hacer nada.

El señor Watson regresó a última hora, sin que el ajeteo del día le hubiera hecho sentirse peor. Por esa razón, se alegró de todo cuanto había hecho y se apresuró a contárselo a sus hijas al amor de la lumbre.

Emma nunca hubiera imaginado que la jornada de su padre pudiera tener el menor interés para ella, pero cuando le oyó mencionar al señor Howard como predicador y hablar del excelente sermón que había pronunciado, comenzó a prestar más atención a sus palabras.

—No recuerdo haber escuchado jamás una homilía que me gustara tanto —continuó diciendo el señor Watson—, o que estuviera mejor expresada. Lee con suma corrección e inspira un enorme respeto; y, al mismo tiempo, no resulta teatral ni excesivamente vehemente. Reconozco que no me gusta ver demasiada acción en un púlpito. Detesto el aire afectado y las inflexiones de voz poco naturales que tanto parecen gustar a vuestros clérigos más populares y admirados. Un sermón sencillo inspira más devoción y evidencia mejor gusto. El señor Howard demuestra al leer que es un erudito, además de un caballero.

—¿Y qué habéis almorzado, señor? —preguntó su hija mayor.

El señor Watson pasó a relatarles los diferentes platos y les contó lo que había comido.

—En conjunto —añadió—, he pasado un día muy agradable. No sabéis cuánto se sorprendieron mis amigos al verme y la atención que me han prestado; parecían tratarme como si fuera un inválido. Me hicieron sentarme junto al fuego, y como las perdices estaban muy picantes, el doctor Richards ordenó que las pusieran en el otro extremo de la mesa para que no hicieran daño al señor Watson, lo que fue muy amable por su parte. Sin embargo, lo que más me agradó fue la solicitud del señor Howard. Hay una escalinata muy empinada para subir al lugar donde almorzamos, que resulta un problema para mi pie gotoso; el señor Howard caminó en todo momento a mi lado y me obligó a apoyarme en su brazo. Me sorprendió gratamente que un hombre tan joven se comportara así; lo cierto es que no tenía por qué hacerlo, pues no nos habíamos visto jamás. Luego me preguntó por una de mis hijas, pero no sé a cuál de ellas se refería. Supongo que es algo que vosotras sabréis.

*

Tres días después del baile, cuando a las tres menos cinco Nanny se disponía a llevar la bandeja y la caja de cubiertos a la sala de estar, escuchó un ligero golpe en la puerta de entrada, como si alguien hubiera llamado con el extremo de una fusta. A pesar de que la señorita Watson había ordenado que no dejara entrar a nadie, regresó medio minuto después, con aire consternado, y abrió la puerta de la sala para dar paso a lord Osborne y a Tom Musgrave.

Es fácil imaginar la sorpresa de las jóvenes. En aquellos momentos ningún visitante hubiera sido bien recibido; pero la aparición de lord Osborne, un aristócrata, un extraño, les llenó de desconcierto. Era evidente que también él parecía algo turbado, y cuando su locuaz y desenvuelto amigo le hizo conocer a las dos muchachas, murmuró algo relacionado con el gran honor que sería para él presentar sus respetos al señor Watson. Aunque Emma no tardó en comprender que era ella el motivo de su visita, estuvo muy lejos de sentir la menor alegría. La sencillez en la que se veían obligados a vivir los Watson le hizo ver la inconsistencia de una amistad así; habiendo crecido en el hogar de su tía en medio de un gran refinamiento, era perfectamente consciente de todo cuanto podría resultar ridículo en la modesta casa de su padre a la gente más adinerada.

Elisabeth sabía muy poco del dolor de tales sentimientos; es posible que su inteligencia más limitada o su mayor sensatez le evitaran semejante humillación, y aunque percibía claramente su inferioridad, no se sentía especialmente avergonzada. El señor Watson, tal como los caballeros sabían ya por Nanny, se encontraba demasiado indispuerto para bajar a saludarlos. Dando muestras de preocupación, los dos jóvenes tomaron asiento; lord Osborne cerca de Emma, y el atento Tom Musgrave, convencido de su propia importancia, al otro lado de la chimenea junto a Elisabeth. No tuvo la menor dificultad en encontrar palabras con las que expresarse; por el contrario, cuando lord Osborne hubo manifestado su confianza en que Emma no hubiera cogido frío durante el baile, pareció no tener nada más que decir y, durante un rato, se contentó con mirar de vez en cuando a su hermosa vecina.

Emma no hizo el menor esfuerzo por amenizar su visita y, después de mucho pensar, lord Osborne hizo un comentario sobre el buen tiempo de que disfrutaban.

—¿Habéis paseado esta mañana? —continuó preguntando.

—No, milord; había demasiado barro.

—Deberíais llevar botines... No hay nada que siente mejor a unos bonitos tobillos que unos botines —añadió tras una pausa—; sobre todo si son de algodón amarillo de Nanking, ribeteados de cuero negro. ¿Acaso no os gustan los botines?

—Sí, pero no resultan nada apropiados para caminar por el campo, a menos que se refuercen de tal modo que ello les haga perder su finura.

—Las damas deberían ir a caballo cuando el suelo está encharcado. ¿Sabéis montar?

—No, milord.

—Me sorprende que no lo hagan todas las damas. Una mujer nunca está tan hermosa como a lomos de un corcel.

—Pero no todas sienten inclinación o tienen medios para ello.

—Si supieran cuánto les favorece sentirían inclinación; e imagino, señorita Watson, que una vez conseguido eso, no tardarían en encontrar los medios.

—Pensáis, pues, que siempre logramos hacer nuestra voluntad. Damas y caballeros llevan largo tiempo sin ponerse de acuerdo en *ese* punto. No es que

pretenda resolver el conflicto, pero yo diría que hay algunas circunstancias que ni siquiera las *mujeres* son capaces de controlar. La economía femenina puede hacer muchas cosas, milord, pero es imposible que convierta en grande una pequeña renta.

Lord Osborne enmudeció. La actitud de Emma no había sido moralizante ni sarcástica, pero tanto su seriedad como sus palabras parecieron invitarle a reflexionar; y cuando volvió a dirigirse a ella, lo hizo con suma corrección, como si se arrepintiera de la frivolidad de sus anteriores comentarios. El deseo de agradar a una mujer era algo nuevo para él; por primera vez en su vida, comprendió el respeto que debía a una joven en la situación de Emma. Y como no carecía de buen juicio y era bondadoso por naturaleza, todo ello le produjo una honda impresión.

—Tengo entendido que no lleváis mucho tiempo en este condado —dijo en tono caballeroso—. Espero que os resulte agradable.

Fue recompensado con una gentil respuesta, y pudo contemplar como no lo había hecho hasta entonces el hermoso rostro de Emma. Poco acostumbrado a hacer esfuerzos y dichoso por poder admirar a la joven, continuó sentado en silencio mientras Tom Musgrave conversaba con Elisabeth; mas no tardaron en ser interrumpidos por Nanny.

—Perdonad, señorita —exclamó esta entreabriendo la puerta y asomando la cabeza—; el señor desea saber qué pasa con su comida.

Los caballeros, que hasta entonces habían hecho caso omiso de la proximidad de la hora del almuerzo, se levantaron de un salto, disculpándose, al tiempo que Elisabeth ordenaba a Nanny decir a Betty «que ya podía servir las aves en el piso superior».

—Siento que debáis marcharos —añadió, volviéndose sonriente hacia Tom Musgrave—, pero ya sabéis que almorzamos muy temprano^[11].

El joven guardó silencio; conocía bien los horarios de los Watson, pero tanta sinceridad le desconcertó. Lord Osborne necesitó algo más de tiempo para despedirse y su deseo de hablar pareció aumentar a medida que se agotaba el espacio de su visita. Recomendó hacer ejercicio desdeñando los charcos y el barro, alabó nuevamente los botines, rogó que permitieran a su hermana enviarles el nombre de su zapatero y concluyó diciendo:

—Mi jauría de perros cazaré por esta zona la próxima semana. Creo que soltarán sus traíllas en Stanton Wood el miércoles a las nueve en punto. Lo menciono con la esperanza de que os acerquéis por allí para verlo. Si el tiempo lo permite, sería un honor para mí que vinierais en persona a desearnos buena suerte.

Las dos hermanas se miraron asombradas cuando sus visitantes hubieron desaparecido.

—¡Qué extraño honor! —exclamó finalmente Elisabeth—. ¿Quién hubiera imaginado que lord Osborne vendría a Stanton? Es verdaderamente apuesto, pero Tom Musgrave, sin lugar a dudas, es el más encantador y elegante de los dos. Me

alegro de que lord Osborne no me haya dirigido la palabra; no me hubiese gustado en absoluto tener que hablar con un caballero de su importancia. Tom ha estado muy simpático, ¿verdad? Pero ¿le habéis oído preguntar a su llegada dónde estaban Margaret y Penélope? Estuvo a punto de acabar con mi paciencia. ¡Menos mal que Nanny aún no había extendido el mantel sobre la mesa! Hubiera resultado muy embarazoso. Solo una bandeja no significa...

Decir que Emma no se sentía halagada por la visita de lord Osborne sería afirmar algo muy poco probable y describir a una joven verdaderamente singular; pero lo cierto es que su satisfacción no podía en modo alguno ser completa. Quizá contentara a su vanidad, pero no a su orgullo; y hubiera preferido saber que lord Osborne deseaba visitarla, mas no se atrevía a hacerlo, que verle aparecer en Stanton. El hecho de que el señor Howard no le hubiera acompañado en su visita aumentó aún más su desasosiego; pero supuso que no había tenido conocimiento de ella o que se había negado a participar en algo que pudiera encerrar al mismo tiempo tanta impertinencia como buena educación.

Cuando se enteró de lo ocurrido, el señor Watson estuvo lejos de alegrarse. El dolor le volvía algo irritable y no resultaba fácil de contentar. Se limitó a comentar:

—¡Bah! ¿Qué motivos podría tener lord Osborne para aparecer por aquí? Llevo viviendo catorce años en este lugar sin que ningún miembro de su familia haya reparado en mi existencia. Debe de tratarse de alguna tontería del inútil de Tom Musgrave. No puedo devolver la visita y, aunque pudiera, tampoco lo haría.

Y cuando volvieron a encontrarse con el joven, le encargaron que excusara al señor Watson en el Castillo de Osborne, valiéndose del pretexto de su mala salud.

Transcurrieron apaciblemente una semana o diez días hasta que un nuevo acontecimiento vino a interrumpir, aunque solo durante media jornada, la tranquila y afectuosa relación de las dos hermanas, cuyo cariño crecía a medida que iban conociéndose mejor. El primer suceso que irrumpió en su pacífica existencia fue la llegada de una carta de Croydon, anunciando el inminente regreso de Margaret y la visita de dos o tres días de duración del señor Robert Watson y su esposa, quienes se ocuparían de traer a la joven de vuelta a casa y deseaban ver a su hermana Emma.

La noticia ocupó el pensamiento de las dos hermanas en Stanton y mantuvo al menos a una de ellas muy atareada, pues Jane había sido una mujer de gran fortuna y eran numerosos los preparativos que exigía su llegada; al tener Elisabeth más voluntad que método en el gobierno de la casa, era incapaz de hacer el menor cambio en ella sin ocasionar un auténtico revuelo.

Una ausencia de catorce años había convertido a sus hermanos en unos extraños, pero Emma no tenía solo esa desagradable sensación cuando pensaba en Margaret: había oído decir cosas sobre ella que le hacían temer su regreso. Por ese motivo, el día que el grupo hizo su aparición en Stanton, pensó que tal vez hubiera llegado el final de su vida apacible en aquella casa.

Robert Watson era un abogado de éxito en Croydon; y no solo se sentía satisfecho

de sí mismo por ello, sino también por haber contraído matrimonio con la única hija del abogado para el que había trabajado anteriormente, con una renta de seis mil libras. La señora Roberts no se hallaba menos complacida con su persona por el hecho de haber poseído semejante fortuna y de tener en la actualidad una casa muy señorial en Croydon, donde ofrecía elegantes fiestas y llevaba ricos vestidos. No había nada extraordinario en ella, pero se comportaba con arrogancia y descaro. Margaret no carecía de belleza, pues su figura era esbelta y bien proporcionada; y, sin embargo, a pesar de que sus facciones eran correctas, a su rostro le faltaba atractivo. Es muy posible que su expresión arisca y mordaz hiciera olvidar su belleza. Al reencontrarse con una hermana tanto tiempo ausente, se mostró sumamente cariñosa y se dirigió a ella con gentileza, tal como solía hacer siempre que se sentía observada; cuando pretendía agrandar a alguien, sonreía sin cesar y articulaba lentamente sus palabras.

Estaba tan «encantada de ver a su queridísima Emma», que apenas pronunciaba una palabra por minuto.

—Creo que seremos grandes amigas —dijo, con gran emoción, mientras se sentaban juntas.

Emma no supo qué contestar; se sentía incapaz de hablar en el mismo tono que ella. Entretanto, su cuñada la contemplaba con curiosidad, atrevimiento y conmiseración. Cuando fueron presentadas, solo pudo pensar que aquella joven acababa de perder la fortuna de su tía; y no pudo sino alegrarse de ser la hija de un caballero adinerado de Croydon, en lugar de la sobrina de una anciana que se había arrojado en brazos de un capitán irlandés.

Robert mostró la amabilidad propia de un hombre de su posición, además de hermano mayor; y pareció más preocupado por arreglar sus cuentas con el muchacho de la posta, lanzar invectivas contra la subida exorbitante de los precios y discutir hasta la última media corona, que por dar la bienvenida a una hermana que con toda probabilidad ya no iba a heredar una fortuna que él pudiera administrar.

—El camino que atraviesa el pueblo es intransitable, Elisabeth —afirmó—; jamás había estado tan mal, ¡qué diablos! Si viviera cerca de aquí, lo solucionaría. ¿Quién es ahora el supervisor?

Había una pequeña sobrina en Croydon, por la que preguntó cariñosamente la bondadosa Elisabeth, lamentando que no la hubieran traído con ellos.

—¡Qué amable eres! —repuso la madre—. Os aseguro que ha sido muy difícil dejar a Augusta. Me vi obligada a decirle que solo íbamos a la iglesia y luego pasaríamos a recogerla. Pero ya sabéis que no puedo traerla sin su doncella; siempre he deseado que esté bien atendida.

—¡Qué pequeña tan adorable! —exclamó Margaret—. Casi se me ha roto el corazón al separarme de ella.

—Entonces, ¿por qué tenías tantas ganas de salir corriendo? —inquirió la señora Watson—. ¡Qué miserable eres! De ahí que haya ido discutiendo contigo todo el

camino... ¡Jamás había visto una visita como la tuya! Ya sabes cuánto nos gusta tener a alguna hermana en casa, incluso durante meses; y solo por eso, lamento que no hayamos sido capaces de hacerte Croydon más agradable este otoño —terminó diciendo con ironía.

—Mi querida Jane, no me abrumes con tus burlas. Ya sabes por qué motivo deseaba volver a casa; ten piedad de mí, te lo ruego. Soy incapaz de competir con tus maliciosas ocurrencias.

—Está bien; solo te ruego que no hables mal de Croydon. Quizá Emma sienta deseos de regresar con nosotros y quedarse hasta Navidad, si tú no la convences de lo contrario.

Emma mostró su agradecimiento.

—Puedes estar segura de que allí nos movemos entre la alta sociedad. Yo no asisto a muchos bailes, pues a ellos acude gente de toda clase y condición; pero nuestras reuniones son muy selectas y exquisitas. La semana pasada tuve siete mesas en mi salón. ¿Te gusta la vida campestre? ¿Qué opinas de Stanton?

—Me encanta —contestó Emma, pensando que era la respuesta más adecuada para la ocasión.

En seguida se dio cuenta de que su cuñada la menospreciaba. La mujer de Robert Watson se preguntaba qué clase de hogar habría habitado en Shropshire, llegando al convencimiento de que su tía jamás habría podido tener seis mil libras.

—¡Qué encantadora es Emma! —susurró Margaret a la mujer de su hermano, en su tono más lánguido. Emma deploró su actitud; pero cinco minutos después se sintió aún peor, cuando oyó a Margaret decir a Elisabeth con una voz chillona, nada parecida a la que había utilizado hasta entonces:

—¿Has tenido noticias de Penélope desde que se marchó a Chichester? Recibí una carta suya hace unos días. Y no creo que consiga nada. Imagino que no tardará en volver tan «señorita» como se fue.

Y comprendió que aquella sería la verdadera voz de Margaret cuando su llegada dejara de ser una novedad; la sensible artificiosidad no armonizaba con sus ideas. Las damas fueron invitadas a subir y prepararse para la cena.

—Confío en que encuentres las cosas a tu gusto, Jane —dijo Elisabeth mientras abría la puerta del dormitorio de invitados.

—Pero criatura —respondió Jane—, no seas tan ceremoniosa conmigo, te lo ruego. Soy una persona fácil de contentar. No me pasará nada por dormir en una pequeña habitación durante dos o tres noches. Ya sabes que siempre he deseado ser tratada como una más de la familia. Y, ahora, querida Elisabeth, confío en que no hayas preparado una gran mesa. Recuerda que nosotros nunca cenamos.

—Supongo que dormiremos juntas —dijo precipitadamente Margaret a Emma—; Elisabeth siempre se las arregla para dormir sola.

—No, ella comparte su habitación conmigo.

—¡Oh! —exclamó dulcificando su voz, algo ofendida al ver que Elisabeth no se

aprovechaba de ella—. Lamento no poder gozar de tu compañía, especialmente porque me pone nerviosa estar mucho tiempo sola.

Emma fue la primera dama que regresó al salón; allí encontró a su hermano.

—Así que ahora, Emma —exclamó este—, eres como una extraña en tu propio hogar. Debe de resultarte bastante raro estar aquí. ¡Vaya conmoción ha organizado tu tía Turner! ¡Es algo que clama al cielo! Nunca se debería confiar dinero a una mujer. Siempre dije que debería haberte asignado parte de la herencia cuando murió su marido.

—Pero eso habría supuesto confiarme dinero —respondió Emma—, y yo también soy una mujer.

—Podría haber asegurado que solo accedieras a él en el futuro, sin que ahora pudieras utilizarlo. Ha debido de ser un duro golpe para ti. En lugar de continuar siendo la heredera de ocho o nueve mil libras, quedarte sin nada y volver a ser una carga para tu familia... Espero que le remuerda la conciencia.

—No quiero que le faltes al respeto. Siempre fue muy bondadosa conmigo; si ha cometido una imprudencia, no hay duda de que sufrirá mucho más que yo por ello.

—Lamentaría disgustarte, pero como bien sabes todo el mundo cree que ha perdido el juicio. Turner era considerado un hombre extraordinariamente sensato e inteligente. ¿Cómo demonios pudo dejar un testamento así?

—Jamás dudaría del buen juicio de mi tío por haberse sentido tan unido a su mujer. Ella fue una excelente esposa para él. Los espíritus más generosos e instruidos son siempre los más confiados. Es cierto que su nuevo matrimonio no ha sido un acierto, pero puedo aseguraros que el recuerdo de mi tío es aún más precioso para mí por haber demostrado de ese modo el respeto y la ternura que sentía hacia mi tía.

—¡Qué cosas más raras dices! Podría haber legado una gran fortuna a su viuda, sin necesidad de dejarle todos los bienes.

—Es posible que mi tía no haya obrado bien... es cierto que no lo ha hecho —añadió Emma con vehemencia—, pero la conducta de mi tío fue intachable. Yo era la sobrina de su mujer, y quiso que ella tuviera la facultad o el placer de mantenerme.

—Desgraciadamente, es un placer que ha preferido dejar en manos de nuestro padre, aunque este no pueda hacerlo. Y no hay que darle más vueltas al asunto. Después de haberte tenido alejada de tu hogar tanto tiempo, consiguiendo con ello que apenas quede cariño entre nosotros, y de educarte (supongo) para una vida más refinada, te aparta de su lado dejándote sin un penique.

—Ya conoces la penosa enfermedad de mi tío —dijo Emma, tratando de contener sus lágrimas—. Su salud era mucho peor que la de nuestro padre. No podía salir de casa.

—No deseaba hacerte llorar —afirmó Robert, ligeramente conmovido.

Y tras un breve silencio, tratando de cambiar de tema, añadió:

—Acabo de regresar de la habitación de nuestro padre y no parece que nada pueda interesarle. Su muerte será una triste pérdida. ¡Es una lástima que ninguna de

vosotras se case! Debes venir a Croydon como tus hermanas y ver si encuentras algún marido por allí. Había un joven que se hubiera enamorado de Margaret si esta hubiese tenido mil o mil quinientas libras.

Emma se alegró de que llegaran los demás; era mucho más agradable contemplar las galas de su mujer que escuchar a Robert, cuyos comentarios la habían irritado y entristecido. La señora Watson, vestida con la misma elegancia que en sus reuniones de Croydon, entró en el salón pidiendo disculpas por su traje.

—No quería haceros esperar —explicó—, así que me he puesto lo primero que he encontrado. Me temo que mi aspecto es deplorable. Mi querido señor Watson —dijo a su esposo—, no te has empolvado de nuevo los cabellos.

—No, ni tenía intención de hacerlo. Creo que tengo ya suficiente para toda la familia.

—Deberías cambiarte de ropa antes de cenar cuando estás de visita, aunque no lo hagas en casa.

—¡Tonterías!

—Es extraño que no te guste hacer lo mismo que otros caballeros. El señor Marshall y el señor Hemmings se cambian de traje antes de cenar todos los días. ¿Y qué sentido tiene que haya traído tu nueva chaqueta si no piensas ponértela?

—Preocúpate de tu vestimenta, y deja en paz a tu marido.

Para acabar con su disputa y suavizar el evidente disgusto de su cuñada, Emma (a pesar de no tener humor para aguantar tanta necedad) comenzó a alabar su vestido. La satisfacción de la señora Watson fue inmediata.

—¿Te gusta? —preguntó—. No sabes lo feliz que me hace. Lo cierto es que ha sido un vestido muy admirado. Sin embargo, a veces pienso que su estampado es demasiado grande. Creo que preferirás el que me pondré mañana. ¿Has visto el que le he regalado a Margaret?

Llegó la cena, y excepto cuando miraba la cabeza de su marido, la señora Watson conversaba con alegría y atrevimiento, reprendiendo a Elisabeth por la abundancia de alimentos y protestando enérgicamente contra la inminente llegada del pavo asado, que era lo único que faltaba en aquella mesa.

—Te ruego que no nos ofrezcas pavo. Me va a dar algo con tanto plato. Nada de pavo asado, te lo suplico.

—Ya está preparado, querida —respondió Elisabeth—, así que da lo mismo traerlo que dejarlo en la cocina. Además está cortado, y tengo la esperanza de que mi padre se anime a comer un poco, pues es uno de sus platos favoritos.

—Puedes decir que lo traigan, pero te aseguro que no lo probaré.

El señor Watson no se encontraba suficientemente bien para cenar con sus hijos, pero le convencieron para que bajara a beber el té con ellos.

—Me gustaría que jugáramos a las cartas esta noche —dijo Elisabeth a su cuñada, después de ver al señor Watson cómodamente instalado en su sillón.

—No cuentes conmigo, querida, te lo ruego. Ya sabes que no soy demasiado

aficionada. Prefiero con mucho una agradable charla. Siempre digo que me parece muy bien jugar a las cartas para romper el hielo en un círculo muy formal, pero jamás entre amigos.

—Estaba pensando que sería divertido para nuestro padre —respondió Elisabeth—, siempre que no te desagradara. Dice que su cabeza no puede soportar el *whist*, pero tal vez si nos sentáramos a jugar, se vería tentado a unirse a nosotros.

—Por supuesto, criatura. Estoy a tu total disposición. Pero te pido que no me obligues a elegir el juego. En Croydon únicamente jugamos al *speculation*^[12], pero me es indiferente lo que decidas. Cuando solo estáis una o dos hermanas en casa, debe de resultaros difícil entretener a vuestro padre. ¿Por qué no le convencéis para jugar al *cribbage*? Margaret y yo lo hemos hecho casi todas las noches que no teníamos algún compromiso.

En aquel momento, oyeron el lejano ruido de lo que parecía ser un carruaje; todos guardaron silencio; el sonido era cada vez más nítido; no había duda de que se acercaba. Era algo poco frecuente en Stanton a cualquier hora del día, pues el camino principal no pasaba por el pueblo y el único caballero que vivía allí con su familia era el rector. El vehículo se aproximó a gran velocidad; dos minutos después, los presentes vieron colmadas sus expectativas; el carruaje se detuvo a la entrada del jardín de la rectoría.

—¿Quién puede ser? —se preguntaron.

Parecía la silla de posta. Debía de tratarse de Penélope. Quizá se le hubiera presentado una oportunidad inesperada de regresar.

Hubo unos momentos de incertidumbre. Escucharon el sonido de unas pisadas, primero en el camino empedrado que bordeando la fachada llevaba hasta la entrada de la casa, y después en el corredor. Eran los pasos de un hombre. No podía ser Penélope. Debía de tratarse de Samuel.

La puerta se abrió y Tom Musgrave apareció con una capa de viaje. Había estado en Londres y, de camino hacia su hogar, se había desviado medio kilómetro para hacerles una visita de diez minutos. Le gustaba sorprender a la gente con sus llegadas repentinas en los momentos más insospechados; y aquella tarde tenía un motivo más para acudir a Stanton, pues deseaba poder contar a las señoritas Watson —a quienes pensaba encontrar dedicadas tranquilamente a sus labores después del té— que regresaba a casa para almorzar a las ocho.

Ocurrió, sin embargo, que su sorpresa no fue menor que la de los demás cuando, en lugar de ser conducido a la pequeña sala de siempre, le abrieron la puerta del salón principal —ligeramente más grande—, donde divisó cerca del fuego a un grupo de personas elegantemente ataviadas, a las que tardó en reconocer. Elisabeth se encontraba sentada junto a la más valiosa mesa Pembroke^[13], ante un delicado servicio de té. El recién llegado se detuvo unos segundos, mudo de asombro.

—¡Musgrave! —exclamó Margaret con dulzura.

El joven, recuperando la compostura, se adelantó, dichoso de encontrar a un

círculo de amistades como aquel, mientras bendecía su buena suerte ante tan inesperado placer. Estrechó la mano de Robert, saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa a las señoras, y se mostró verdaderamente encantador; pero Emma, que le observó con atención, no advirtió nada que no justificara la opinión de Elisabeth, aunque las discretas risitas de Margaret evidenciaban que la joven estaba convencida de ser el motivo de su visita.

No fue difícil persuadirle de que se quitara la ropa de abrigo y bebiera un té con ellos, pues «qué importancia podía tener si almorzaba a las ocho o a las nueve». Y aunque no hiciera nada por procurarlo, aceptó sentarse en la silla que Margaret le ofrecía insistentemente a su lado. La joven consiguió así ponerlo a salvo de sus hermanas; mas no estuvo en su mano impedir que Robert reclamara su atención, pues había escuchado a Tom Musgrave afirmar que solo había dejado Londres cuatro horas antes, y mientras él no conociera las últimas noticias sobre la marcha del país, no le permitiría atender las menos importantes demandas de las señoras.

Finalmente, sin embargo, quedó en libertad para escuchar la dulce voz de Margaret, mientras esta le comunicaba sus temores de que hubiera tenido el más espantoso, frío y siniestro de los viajes.

—De ningún modo deberíais haber salido tan tarde.

—No he podido hacerlo antes —contestó él—. Me entretuvo con su charla un amigo en Bedford. Cualquiera hora es buena para mí. ¿Cuánto tiempo habéis pasado en el campo, señorita Margaret?

—Hemos llegado esta misma mañana. Mi hermano y su mujer han tenido la gentileza de acompañarme. Es admirable por su parte ¿no creéis?

—Pero habéis estado fuera muchos días, ¿verdad? Yo diría que casi quince...

—Quizá para vos una quincena sea mucho tiempo, señor Musgrave —se apresuró a añadir la señora Watson—, pero para nosotros un mes es muy poco. Puedo aseguraros que la devolvemos a casa después de un mes, en contra de nuestra voluntad.

—¡Un mes! ¿Habéis estado realmente fuera un mes? Es asombroso cómo vuela el tiempo.

—Ya podéis imaginar lo que siento al hallarme nuevamente en Stanton —dijo Margaret entre cuchicheos—. Como sabéis, no soy una visita muy animada. Y estaba tan impaciente por ver a Emma. Lo cierto es que me asustaba conocerla, pero al mismo tiempo lo deseaba tanto... ¿Podéis comprender un sentimiento así?

—De ningún modo —exclamó en voz alta—. Nunca podría temer un encuentro con la señorita Emma Watson... o cualquiera de sus hermanas.

Fue una suerte que añadiera ese final.

—¿Me hablabais a mí? —preguntó Emma, que había oído su nombre.

—En absoluto —respondió él—, pero estaba pensando en vos, como quizá estén haciendo muchos otros que no se encuentran aquí en estos momentos. ¡Qué buen tiempo hace, señorita Emma! Encantadora época para cazar.

—Emma es adorable, ¿verdad? —susurró Margaret—. Ha superado mis más entusiastas expectativas. ¿Habíais visto alguna vez una belleza tan perfecta? Seguro que incluso vos preferís ahora una tez morena...

El joven dudó; la piel de Margaret era muy clara, y no deseaba halagarla especialmente; pero también la señorita Osborne y la señorita Carr eran muy pálidas, y se dejó arrastrar por su devoción hacia ellas.

—Vuestra hermana es tan hermosa como pueda serlo una belleza morena —dijo finalmente—; pero continúo sintiendo predilección por las mujeres de tez pálida. ¿Habéis visto a la señorita Osborne? Ella es mi modelo de belleza femenina y su piel es muy clara.

—¿Incluso más que la mía?

Tom no respondió.

—A decir verdad, señoras —afirmó, mirándose a sí mismo—, habéis sido muy comprensivas al admitirme en semejante *déshabille* en vuestros salones, y siempre me sentiré en deuda por ello. No me detuve a pensar en lo inadecuada que era mi vestimenta para visitaros; de otro modo, habría continuado mi viaje. De haberme visto así, lady Osborne hubiera comentado que estaba volviéndome tan descuidado como su hijo.

No faltaron las amables y educadas réplicas de las damas; y Robert Watson, echando una rápida ojeada a su cabeza en el espejo de enfrente, exclamó con idéntica cortesía:

—No podéis estar más en *déshabille* que yo. Hemos llegado tan tarde, que ni siquiera he tenido tiempo de empolverarme los cabellos.

Emma no pudo evitar ponerse en el lugar de su cuñada e imaginar cuáles serían sus sentimientos.

Una vez que el servicio de té fue retirado, Tom comenzó a hablar de su carruaje; pero cuando prepararon la vieja mesa de juego y Elisabeth trajo unos naipes tolerablemente limpios y unas fichas, se vio tan apremiado por todos para unirse a la partida, que decidió concederse a sí mismo otro cuarto de hora. Hasta Emma se alegró de su permanencia, pues estaba empezando a comprender que una reunión familiar podía ser la peor de las reuniones; los demás se mostraron encantados.

—¿A qué vais a jugar? —preguntó el joven, mientras se situaban alrededor de la mesa.

—Al *speculation*, según creo —repuso Elisabeth—. Mi hermana así lo aconseja, y supongo que a todos nos gusta. Sé que a vos también, Tom.

—Es a lo único que jugamos ahora en Croydon —señaló la mujer de Robert—; no se nos ocurre nada mejor. Me alegro de que tenga tanto éxito entre vosotros.

—¡Oh! ¡Bueno! —exclamó Tom—. Cualquier cosa que decidáis *me* parecerá bien. La verdad es que he pasado horas muy felices con el *speculation*, pero hace mucho tiempo que no tomo parte en una partida. El juego preferido en el Castillo de Osborne es el *vingt-un*^[14]; últimamente no he jugado a otra cosa. Os asombraría

escuchar el alboroto que armamos. El antiguo y elegante salón de elevados techos parece retumbar. A veces lady Osborne dice que no puede ni oír su propia voz cuando habla. Lord Osborne se divierte muchísimo; es el mejor jugador que he conocido en mi vida. ¡Es tan rápido y tan osado! Ojalá pudierais ver cómo engaña a los demás con sus cartas, os aseguro que merece la pena.

—¡Por amor de Dios! —dijo Margaret—, ¿por qué no jugamos al *vingt-un*? Creo que es mucho más entretenido que el *speculation*. Lo cierto es que no soy muy aficionada a este último.

La señora Watson no pronunció una sola palabra más en defensa del juego. Había perdido la batalla, y la moda del Castillo de Osborne se impuso a la de Croydon.

—¿Veis a menudo en el castillo a la familia de la rectoría, señor Musgrave? —preguntó Emma, mientras tomaban asiento.

—¡Oh, sí! Casi siempre están allí. La señora Blake es una mujercita encantadora y jovial, ella y yo nos hemos jurado amistad eterna; y Howard no puede ser mejor persona, además de todo un caballero. Puedo aseguraros que ninguno de ellos se ha olvidado de vos. No me extrañaría que sintierais un ligero rubor en las mejillas de vez en cuando, señorita Emma. ¿Acaso no os sonrojasteis el sábado pasado hacia las nueve o las diez de la noche? Os diré lo que ocurrió. Veo que os morís de curiosidad por saberlo. Howard le dijo a lord Osborne...

En aquel momento tan interesante, los demás reclamaron su presencia para organizar el juego y aclarar algún punto discutible; y su atención fue absorbida de tal modo por el asunto y más tarde por la partida, que nunca volvió a retomar la conversación en el punto en que la había dejado. Emma, a pesar de su impaciencia por conocer el final de su historia, no osó recordárselo.

La incorporación de Tom Musgrave a la mesa resultó muy útil. Sin él, el juego podría haber adolecido de falta de interés y hasta de falta de cierta cortesía, al tratarse de una partida entre familiares muy cercanos; pero su presencia dio mayor animación a la velada y aseguró los buenos modales de todos. No hay duda de que tenía excelentes cualidades para brillar en los juegos de cartas, y pocas situaciones le hacían aparecer bajo una luz más favorable. Jugaba con animación y tenía una gran facilidad de palabra; a pesar de no ser un hombre de ingenio, podía hacer agudos comentarios sobre los amigos ausentes y sabía repetir con gracia algunos tópicos o decir cualquier tontería, que los demás jugadores acogían con humor. Las costumbres y las anécdotas más divertidas del Castillo de Osborne se sumaban a su habitual repertorio; imitaba los elegantes comentarios de una dama, contaba con todo detalle los errores de otra e incluso los divertía copiando el modo en que lord Osborne engañaba a todos con sus cartas.

El reloj dio las nueve mientras continuaba enfrascado en tan agradable ocupación; y cuando Nanny entró con el plato de gachas del señor Watson, afirmó complacido que dejaba a su anfitrión cenando mientras él se dirigía a casa a almorzar. Ordenó entonces que le trajeran el carruaje hasta la puerta; y nadie pudo convencerle de que

prolongara su visita, pues sabía muy bien que si lo hacía no tardaría ni diez minutos en sentarse a cenar, algo insoportable para un hombre que llevaba tanto tiempo obsesionado con llamar «almuerzo» a su siguiente comida.

Al ver que estaba decidido a marcharse, Margaret comenzó a hacer señas a Elisabeth para que le invitara a almorzar al día siguiente; y esta, incapaz de resistirse a unos deseos que tan bien armonizaban con su naturaleza sociable y hospitalaria, siguió las indicaciones de su hermana.

—Nos sentiríamos muy felices si pudiera reunirse con Robert —señaló.

—Con verdadero placer —fue la primera respuesta de Tom—. Si consigo llegar a tiempo, claro está... —añadió poco después—; mañana cazaré con lady Osborne, así que no debo comprometerme. No contéis conmigo, a menos que me veáis aparecer.

Y se marchó así, encantado de dejarlos en medio de aquella incertidumbre.

*

Margaret, radiante de alegría ante unas circunstancias que consideraba especialmente propicias, habría convertido muy gustosa a Emma en su confidente cuando a la mañana siguiente pasaron un rato juntas.

—Mi querida Emma, el joven que estuvo aquí ayer por la noche y que hoy se reunirá de nuevo con nosotros me interesa más de lo que quizá imaginas...

Pero eso fue todo cuanto pudo decir, pues Emma, fingiendo no advertir nada extraordinario en sus palabras, se apresuró a responder algo irrelevante y, levantándose de un salto, huyó de un tema que le resultaba especialmente odioso.

Margaret no permitió que existiera la menor duda de que Musgrave acudiría a comer, por lo que se hicieron numerosos preparativos para recibirle, superando con creces cuanto había sido considerado necesario el día anterior; y ocupando el puesto de su hermana mayor, Margaret pasó media mañana metida en la cocina dando órdenes y reprendiendo a la criada. Tras hacer muchos platos en balde y esperar con ansiedad la llegada del invitado, se vieron obligados a sentarse a la mesa sin él. Tom Musgrave nunca apareció, y Margaret tuvo que hacer un enorme esfuerzo para disimular su decepción o reprimir su mal humor.

La paz que debía presidir la vida familiar durante la visita de Robert y de Jane — el resto de aquel día, así como el siguiente— se vio continuamente perturbada por su irritación y por sus quejumbrosos ataques. Elisabeth fue su blanco preferido. Margaret sentía suficiente respeto por la opinión de su hermano o de su cuñada para no hablar mal de ellos, pero estaba convencida de que Elisabeth y las criadas jamás hacían nada bien. Y Emma, a la que parecía haber olvidado, advirtió que su dulce voz había desaparecido mucho antes de lo que ella hubiera podido prever. Deseosa de pasar el menor tiempo posible con sus hermanos, Emma se mostró encantada de

quedarse en el piso superior con su padre y rogó encarecidamente a Elisabeth que le permitiera pasar las tardes con él. La mayor de los Watson era demasiado sociable para no preferir quedarse en el salón con los demás, a pesar de los riesgos que corría; pues disfrutaba más hablando de Croydon con Jane, aunque Margaret los interrumpiera con sus perversos comentarios, que haciendo compañía a su padre, quien con frecuencia ni siquiera podía hablar. Tan pronto como Emma convenció a Elisabeth de que no era ningún sacrificio para ella, el asunto quedó arreglado.

Para Emma, el cambio resultó de lo más beneficioso y la llenó de alegría. Su padre, si bien enfermo, solo requería algo de amabilidad y de silencio; y al ser un hombre juicioso y educado, era una compañía muy agradable cuando se sentía con fuerzas para conversar.

En sus habitaciones, Emma se sentía a salvo del sufrimiento que le ocasionaba no solo aquella compañía tan dispar, sino también la discordia existente entre los miembros de su familia. Asimismo, se libraba de soportar una prosperidad inhumana, una presunción vulgar, una locura obstinada, propias de una naturaleza indigna. Analizar su vida, tanto pasada como futura, continuaba siendo una fuente de sufrimiento para ella; mas en aquellos momentos dejaba de torturarse. Estaba tranquila y podía leer y meditar, aunque su situación se hallaba lejos de resultar reconfortante. Eran muchas las desdichas que habían sucedido a la muerte de su tío, y no parecía que nada fuera a mejorar. Después de permitir que su imaginación volara contrastando el pasado con el futuro, se refugiaba en un libro; pues la lectura era lo único que podía hacerle olvidar sus preocupaciones.

El regreso al hogar paterno y el cambio de estilo de vida, como consecuencia de la muerte de un pariente y de la imprudencia de otro, no habían resultado nada fáciles para ella. De ser objeto de todas las esperanzas y cuidados de un tío —que la había instruido con el mismo cariño que un padre— y de la ternura de una tía —cuya naturaleza amable se había deleitado en concederle todos los caprichos—; de ser el centro y la alegría de una casa donde todo habían sido comodidades y elegancia, y la supuesta heredera de una fortuna que le permitiría vivir con desahogo, Emma se había convertido en una joven a la que nadie parecía querer, en una carga para aquellos cuyo afecto no podía esperar, en una boca más que alimentar en una familia demasiado numerosa, rodeada de inteligencias de un nivel inferior, con tan escasas probabilidades de sentirse cómoda en su nuevo hogar como de encontrar a alguien en quien apoyarse en el futuro. Era una suerte para ella ser de naturaleza alegre, pues el cambio era tan grande, que habría sumido en la desesperación a cualquier espíritu más débil que el suyo.

Robert y Jane insistieron en que volviera con ellos a Croydon y se resistieron bastante a aceptar su negativa, pues estaban tan convencidos de su amabilidad y de su posición, que ello les impedía suponer que su oferta pudiera aparecer bajo una luz menos favorable a los demás. Elisabeth respaldó sus deseos, a pesar de que era evidente que se oponían a los suyos, apremiando a Emma para que los acompañara.

—No sabes lo que estás rechazando —dijo a su hermana menor—, ni lo que tendrás que soportar en casa. Te aconsejaría que no dudarás en aceptar su invitación; en Croydon siempre hay algún entretenimiento, pues casi todos los días llegan invitados, y Robert y Jane serán sumamente amables contigo. En cuanto a mí, no estaré peor que antes de tu llegada; no estás acostumbrada a las malas formas de la pobre Margaret y, si te quedaras en casa, te disgustarían más de lo que piensas.

Emma no se dejó influenciar por las palabras de Elisabeth, que solo consiguieron hacer aumentar su estima por ella, y los visitantes se marcharon solos.

Cuando Cassandra, la hermana de la autora, mostró este manuscrito a unas sobrinas, les relató el final de la historia que su tía había tenido la intención de escribir; pues todo parece indicar que era la única persona con la que Jane hablaba libremente de cualquier obra en la que estuviera trabajando. El señor Watson no tardaría en morir, y Emma se vería obligada a depender de su mezquino hermano Robert y de su mujer. Rechazaría una oferta de matrimonio de lord Osborne, y gran parte del interés de la obra residiría en el amor de lady Osborne por el señor Howard, que se enamoraría de Emma y terminaría casándose con ella.



JANE AUSTEN nació en 1775 en Steventon (Hampshire). En 1811 conseguiría publicar *Sentido y sensibilidad*, a la que pronto seguirían *Orgullo y prejuicio* (1813), *Mansfield Park* (1814) y *Emma* (1816), que obtuvieron un gran éxito. Después de su muerte, acaecida prematuramente en 1817, aparecería *Persuasión* (1818), junto con la inédita *La Abadía de Northanger*.

Notas

[1] Esclarecimiento de la verdad. <<

[2] Era una costumbre bastante extendida en la época enviar a un hijo a vivir con otros parientes más adinerados. En la propia familia de la autora, su hermano Edward fue educado por Thomas Knight, un primo lejano sin hijos, del que terminaría heredando una considerable fortuna. <<

[3] Los médicos tenían entonces un estatus social bastante bajo y la medicina no se consideraba una profesión de caballeros. Esta mentalidad fue cambiando a lo largo del siglo XIX. <<

[4] El sistema de peaje fue introducido en el siglo xvii. El dinero así obtenido se utilizaba para el mantenimiento de los caminos, cuyo estado era normalmente penoso.

<<

[5] Probablemente el *Red Lion* de Dorking, donde Jane Austen solía acudir cuando visitaba a los Cookes en Great Bookham. <<

[6] En 1804-1805, cuando presumiblemente Jane Austen escribió este manuscrito, la costumbre de empolvarse los cabellos comenzaba a estar pasada de moda. Ello hace suponer que la autora deseaba situar la acción de *Los Watson* en una época anterior.

<<

[7] Se refiere a los *Lower Rooms*, construidos en North Parade en 1708 y demolidos en 1933. Era en ellos, así como en los *Upper Rooms*, construidos en 1769-1771 por John Wood, el Joven, y restaurados después de sufrir grandes daños en la segunda guerra mundial, donde se celebraban los grandes bailes y las recepciones. <<

[8] Jane Austen solía equivocarse al acentuar las palabras en francés. Hemos preferido respetar a la autora y dejarlas tal como aparecen en su manuscrito. <<

[9] El *cassino* era el juego de moda entre la gente elegante. <<

[10] Bebida en la que se mezclaba normalmente oporto o jerez con agua caliente, azúcar y algunos condimentos. Se consideraba un buen remedio contra los resfriados que las jóvenes solían coger en los bailes. <<

[11] En la segunda mitad del siglo XVIII se puso de moda entre la gente elegante hacer las principales comidas cada vez más tarde. Así, mientras los Watson cenan a las nueve, Tom Musgrave y los Osborne almuerzan a las ocho de la tarde y cenan a la una de la madrugada. La situación llegó a ser verdaderamente absurda, tal como relata Horace Walpole en sus *Letters to Mann*, vol. 3. <<

[12] Juego de gran éxito en las tres últimas décadas del siglo XVIII. <<

[13] Elegante mesa de dos patas con dos alas abatibles. <<

[14] *Vingt-et-un.* <<